EL PUDOR
LA CACHONDEZ

JULIO HERRERA Y REISSIG

EL PUDOR
LA CACHONDEZ

edición crítica, prólogo y notas
Carla Giaudrone - Nilo Berriel

ARCA

Andes 1118, Tel. 900318, Montevideo
Hecho el depósito que marca la Ley
Printed in Uruguay –Hecho en Uruguay

PROLOGO

"El pudor" y "La cachondez" (1901-1902) están comprendidos dentro del conjunto de los manuscritos inéditos de Julio Herrera y Reissig reunidos en un tratado inconcluso que se conoce con el nombre de Los nuevos charrúas[1]. El más extenso de sus manuscritos en prosa está escrito con prisa y nunca fue corregido definitivamente por su autor. Los distintos temas se suceden desordenadamente con el principal elemento en común de la crítica demoledora a sus compatriotas contemporáneos.

La importancia fundamental de estos escritos radica primeramente en revelarnos un Herrera y Reissig muy informado de los acontecimientos de su época, tanto de su país como del resto de América y Europa. Es posible advertir a través del ensayo una preocupación e interés general por la política, la economía y la sociedad. Su filiación por ese entonces a los ideales positivistas lo

---

1. El título definitivo de los olvidados manuscritos nunca llegó a establecerse. "Los nuevos charrúas" es el nombre que Herrera y Reissig dio a uno de los capítulos más extensos del también denominado "Psicología de los uruguayos", "Parentesco del hombre con el suelo" y "Tratado de la imbecilidad del país, por el sistema de Herbert Spencer". Este último título es el que el autor manejó más frecuentemente, como se comprueba en la correspondencia con Edmundo Montagne (1976:158) y en el "Epílogo wagneriano" (1978:315). Angel Rama (1969:151) es tal vez el primero en titular al ensayo "Los nuevos charrúas" . Otros críticos que trabajaron directamente en los manuscritos, transcribiendo algunos de sus fragmentos, fueron Marcelo Pareja (1989:23) y Abril Trigo (1991).

impulsaron a la aplicación de los métodos de las ciencias físico-naturales a las categorías sociales y lo indujeron a una detenida, aunque parcial y subjetiva -pese al pretendido empirismo- observación del medio social de su país. Los nuevos charrúas, por lo tanto, nos aleja totalmente de la versión tradicional que presenta al escritor apartado en su literatura del pasado y presente del Uruguay y su gente. Si bien es cierto que en "El epílogo wagneriano a La política de fusión" podemos encontrar igual crítica e interés por el medio, es en Los nuevos charrúas (del cual "El epílogo wagneriano" es sólo una pequeña parte) donde, ambiciosa e ingenuamente, el escritor intenta reunir todas las características de sus compatriotas con el objetivo de descubrir las causas del aferramiento a un pasado "bárbaro" que, según él entiende, nada positivo puede brindar ya. Allí desarrolla confusamente temas que abarcan desde lo cultural (música, literatura, teatro) hasta lo sicológico, disertando, por momentos, con soltura sobre antropología cultural, geología y sociología. Asimismo se preocupa por la fealdad arquitectónica de su ciudad, por la ausencia de salubridad en sus tambos y por la suciedad de sus calles. Denuncia los abusos que debe soportar la mujer en un medio donde se la reprime y relega al papel de reproductora y criada. No descuida prácticamente sector alguno de la sociedad: aristócratas, obreros, empleados públicos, militares, políticos, prostitutas, escritores, estudiantes, niños, médicos; para todos tiene un juicio en su extensa diatriba.

En Los nuevos charrúas el escritor señala la semejanza del uruguayo con el salvaje en determinadas conductas y caracteres, como por ejemplo en la predilección por lo insignificante. Los principios de psicología de Herbert Spencer son citados extensamente y posteriormente ilustrados con ejemplos locales. Emmanuel Kant es el autor que le sigue en importancia junto con Federico Nietzsche, Cesare Lombroso, Augusto Comte, John Stuart Mill, Arturo Schopenhauer, Jean Guyau, Hipólito Taine, Carlos Saint Beuve. La predilección por pensadores de filiación positivista no es casual ni exclusiva de Herrera ya que "fue el positivismo filosófico -en su versión spenceriana- el ingrediente de más volu-

men en ese ambiente intelectual de fin de siglo" (Real de Azúa, 1950: 3).

Como bien señala Octavio Paz (1981) no debemos olvidar que el positivismo en América Latina "más que un método científico, fue una ideología, una creencia" (1981: 105) que influyó en mayor medida sobre la mente y la sensibilidad que sobre la ciencia. Como un producto del desarraigo cultural, resultó la contradicción que unió en nuestro continente al positivismo (el empirismo, el cientificismo) con el modernismo (la sensibilidad, la imaginación). Es por esto que Arturo Ardao (1971) señala que en América no existió la ruptura sino la integración entre estos dos movimientos de ideas; integración que se aprecia, más que en ningún otro escritor del Uruguay, en Julio Herrera y Reissig.

En la redacción de Los nuevos charrúas y del "Epílogo wagneriano" se advierten "procedimientos de construcción" pertenecientes al discurso positivista que coexisten con elementos de un modernismo todavía incipiente. El tono dominante en ambos escritos es la exaltación de los por Herrera y Reissig denominados "Principios científicos", aunque aún persiste un "ingenuo fervor catecúmeno en toda esta euforia cientificista, propia de una de las direcciones en que se diversificó el originario positivismo de escuela" (Ardao, 1971: 293).

Los nuevos charrúas está escrito en un estilo muy directo, coloquial, a excepción de aquellos fragmentos en los cuales cita a los pensadores positivistas y naturalistas. Allí Herrera y Reissig pretende desarrollar un discurso empírico de mayor "seriedad", pero en el momento de aplicar esos principios positivistas en el medio compatriota, el estilo recupera su espontaneidad. El escritor parte de la teoría de que los uruguayos del novecientos son directos descendientes de los charrúas y que, por lo tanto, actúan del mismo modo, sin que se advierta evolución alguna, pese a todos los años transcurridos desde que los aborígenes eran los únicos seres humanos que habitaban el territorio.

El problema de la co-autoría

Algunos críticos han señalado que Los nuevos charrúas fue escrito en colaboración con Roberto de las Carreras pero ninguno de ellos prueba ésta afirmación con elementos que resulten contundentes. Así, por ejemplo, Zum Felde (1966), en el "Prólogo" a Obras poéticas, aclara que la influencia que de las Carreras ejerció sobre la obra en general de Herrera y Reissig se aprecia más en el plano ideológico que en el estético, señalando, prudentemente, como "versión no confirmada" que el escritor entre 1901 y 1902 "trabaja en colaboración con Roberto de las Carreras en un libro de terrible sátira contra el ambiente social e intelectual del país" (Zum Felde, 1966: XIX). Roberto Ibáñez (1967), por su parte, niega que Los nuevos charrúas haya contado con la colaboración de Roberto de las Carreras. El crítico no brinda ninguna explicación que sostenga tal argumento: simplemente se limita a señalar que la colaboración se frustró (1976: 23). Emir Rodríguez Monegal (1969), en cambio, sostiene que el resultado inmediato de la amistad entre los dos escritores fue "un interminable disparadero erótico-literario que adoptó la forma de un manuscrito en que ambos se burlaban de la 'toldería de Tontovideo'" (1969: 29). Rodriguez Monegal cita como fuente principal de esta afirmación, una nota que, según asegura, habría aparecido en El Siglo el 7 de junio de 1901 donde se anunciaba la aparición de un futuro libro de "crítica literaria". Angel Rama (1967) señala que la participación de Roberto de las Carreras en los manuscritos se limita a la incitación y al aporte ideas, por lo que estos "respiran admiración" por el autor de Sueño de Oriente (Rama, 1967: 27). Tanto Rama como Rodríguez Monegal relatan con variantes el episodio en el cual, enterado Carlos Reyles de que Herrera y de las Carreras preparaban un libro de "crítica literaria" donde aparecía su nombre, los amenaza de muerte. Rama no señala que la amenaza se debió a la publicación de un libro en coautoría; da a entender que Reyles se refirió a proyectos separados pero que partieron de un mismo grupo de intelectuales liderados por Roberto de las Carreras. Para Rodríguez Monegal la existencia de la obra en conjunto no pasaba de un

mero anuncio en la prensa porque "escribirla, publicarla, ya daba pereza" (R. Monegal, 1969: 30).

Si nos remitimos a los documentos que dejaron ambos escritores, comprobamos que la ambigüedad persiste. En cartas que dirigiera Herrera y Reissig a su amigo Edmundo Montagne encontramos varias referencias a un libro en el cual el poeta se encontraba trabajando en forma entusiasta y que posiblemente, ya que no siempre lo llama por su nombre, se trate de Los nuevos charrúas. Roberto Ibáñez (1976:23) cita la carta fechada el 13 de febrero de 1901 señalando que en ésta Herrera refiere a Los nuevos charrúas. Sin embargo no encontramos en el documento una referencia siquiera indirecta al ensayo. Se trata de un pedido de Herrera a Montagne, intentando impedir la publicación de una carta que le dirigiera el poeta a éste (y que se encuentra perdida), donde critica duramente a "los imbéciles literatos de este país trivial". Entre otras razones por las que aduce su voluntad de no publicar, señala la intención de querer "modificar dicha carta en el sentido literario -y hacerlo mejor para que Ud. lo inserte en la segunda edición de su libro" (Herrera y Reissig, 1976: 153). Pero inútil es buscar en la carta algún indicio que nos permita afirmar que la intención de Herrera fuera la de escribir un futuro libro. Por ello creemos que la cita de Ibáñez es incorrecta ya que en otras cartas, como veremos a continuación, sí es posible hallar referencias a un próximo libro del escritor al cual titula "El tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer". Este error lo repiten otros críticos como Antonio Seluja, quienes muy probablemente extrajeron el dato del artículo de Roberto Ibáñez.

Son tres las cartas en las cuales aparece mencionado un nuevo libro de crítica de Herrera. Probablemente la primera de ellas sea una sin fecha, escrita, según Wilfredo Penco (Herrera y Reissig, 1976:158), en 1901. Allí el escritor le cuenta a Montagne que se encuentra trabajando con ahínco en su "futuro libro en prosa", "El tratado de la imbecilidad del país", y del cual augura su aparición "para principios de año". La segunda está fechada el primero de junio de 1902 y allí le anuncia una postergación en la conclusión de su "tratado" por motivos de salud.

Pero es particularmente en la carta fechada el 8 de diciembre de 1901 donde Herrera se refiere a su inminente libro en forma más específica. Quejándose de la mediocridad reinante en el ambiente literario de la época, de la falta de originalidad, señala que ya nadie escribe cosas propias, que nadie es capaz de arriesgar:

> "¡Oh, cuando aparezca mi libro de crítica, qué revolución en América! Aguardaremos hasta entonces, querido Montagne. Todo esto hay que ponerlo en la picota (...) Hacer una obra de demolición, de crítica es inmortalizarse. Eso es lo único que sobrevivirá. ¡Creo que mi libro será una de las obras más originales y valiosas de cuantas se hayan escrito sobre un país, una época y una raza! Creo de veras que no morirá y tendrá resonancia en Europa, pues la haremos traducir al francés y al italiano."(Herrera y Reissig, 1976:159)

Por último le explica que aún le quedan unos seis meses de trabajo para limpiar y pulir la "joya literaria".

Como hemos podido comprobar, en ninguna de estas cartas Julio Herrera y Reissig menciona a de las Carreras como colaborador y mucho menos como co-autor de la obra proyectada. Aún así, Penco, en una nota a la carta sin fechar, señala que "El tratado de la imbecilidad del país, por el sistema de Herbert Spencer" refiere al "proyectado libro escrito en colaboración con Roberto de las Carreras" (Hererra y Reissig, 1976: 158).

Sin embargo, en otro breve manuscrito inédito, titulado "Prolegómenos a una epopeya crítica (A la manera de Platón)", Herrera desarrolla un diálogo irónico entre él y de las Carreras donde ambos se refieren a "un manuscrito próximo a imprimirse de Roberto y Julio". Allí se intercambian elogios sobre la obra que "apresura el levantamiento" del país que se "halla en formación geológica".

Aunque se refieren al libro en común como a un insulto a "la América del Sur desde el Uruguay hasta el istmo de Panamá", hablan por separado de las obras de uno y otro escritor:

> Roberto (con épico arranque aludiendo al Sueño de Oriente y a Las Cantáridas de Julio Herrera y Reissig): Cristo hizo la Revolución Social, Lutero la religiosa, Voltaire la crítica, Dantón la política, Darwin la científica, Comte la filosófica, Wagner la musical, Marx la económica, Baudelaire la literaria. ¡¡Nosotros la Revolución sensual!!".

Y más adelante:

> "Julio (sentencioso): Tu obra es la patología de la parálisis intelectual de este pueblo.
> Roberto (con elogio): ¡La tuya es el monumento levantado a su hiperbólica imbecilidad!"

En este caso no aparece el título del manuscrito aludido por lo cual no podemos aseverar que se trate de Los nuevos charrúas.

Con lo hasta ahora expuesto resulta imposible afirmar tajantemente una contribución efectiva de Roberto de las Carreras en estos escritos. Podemos decir que posee un cierto privilegio aquella versión que propone a de las Carreras como colaborador parcial de la obra (aún cuando su ideología se respire, como dice Rama, en todo el manuscrito). Donde más se advierte su presencia es en aquellos fragmentos en los cuales se habla del comportamiento sexual de los uruguayos. Aquí la influencia no sólo se manifiesta en lo filosófico sino también, y fuertemente, en lo estilístico. En tanto que los fragmentos que tratan específicamente de la hipocresía de sus contemporáneos y de sus costumbres "aldeanas", son más auténticos de Herrera y Reissig. Aún más, Roberto de las Carreras, en una carta abierta publicada en El Trabajo (de las Carreras, 1967:63), hace mención a "nuestra obra

futura"; sin embargo cita un pasaje perteneciente a Herrera en el cual "tú pruebas que las mujeres de Montevideo se entregan exclusivamente a los hombres de matrimonio". En uno de los últimos párrafos se refiere exclusivamente a esa obra que, según afirma, enviará a la horca a los "tilingues burgueses, reos de imbecilidad". Los términos que utiliza para referirse a "esa obra colosal" son muy similares a los de Herrera en el "Prologómeno a una epopeya crítica"

Debemos tener en cuenta también que Los nuevos charrúas está escrito en primera persona y que el nombre de Roberto sólo aparece cuando se registra alguna anécdota que ilustra las afirmaciones de Herrera.

Sin embargo, la real influencia que ejerció de las Carreras en el poeta se evidencia en aquellos pasajes de Los nuevos charrúas donde es reivindicada la sensualidad de la mujer en nuestra sociedad. Si bien muchos de sus escritos revolucionariamente reconocen el derecho erótico de ésta, aún es posible detectar el tradicional dominio conferido al hombre en el tema. Sin embargo, es en el manuscrito de Herrera donde se testimonia con mayor claridad la insatisfacción erótica que reinaba en la época, producto de una educación católica intolerante, que condenaba el placer sexual especialmente en las mujeres.

Si comparamos determinados pasajes de la obra de Roberto de las Carreras con otros de la prosa inédita de Herrera, de inmediato podemos advertir las semejanzas tanto temáticas como estilísticas. Tal es el caso de los fragmentos donde los escritores refieren a la forma en que se descuidan las uruguayas una vez que contraen matrimonio y comienzan a procrear. Las imágenes empleadas por ambos son muy parecidas entre sí.

Pero del conjunto de la obra de Roberto de las Carreras, es Amor libre la que posee más puntos en común con Los nuevos charrúas y particularmente con "El pudor". Las expresiones utilizadas por los escritores en ambos textos son muy similares y revelan una influencia recíproca. El siguiente fragmento de Amor libre muy bien podría pertenecer a Los nuevos charrúas, tanto por el tono como por el contenido:

> "Los uruguayos son unos salvajes que apenas lo disimulan... inferiores desamparados, cogidos de los cabellos por las Euménides de sus partidos impulsivos! Ralea inmigratoria!" (De las Carreras, 1967:72)

Uno y otro coinciden en considerar a los uruguayos salvajes e inferiores, así como con el deseo de ver a la mujer liberada del dominio de ese "estúpido tirano que (le) exige lo que no puede concederle a su arcilla ideal" (de las Carreras, 1967:75). Comparando los siguientes fragmentos correspondientes a Roberto y Julio respectivamente, es posible apreciar hasta qué punto la coincidencia no es meramente conceptual:

> "El Amor Libre es un canto a la Especie!
> Roberto, de pie, con un gesto de proclama:
> -Esclava del hombre, libérate. La hora ha llegado. Los eslabones de tu cadena han sido entreabiertos por la Idea, nuestra sublime aliada. Un esfuerzo y eres libre. No creas en la Virtud, no creas en el Deber, no creas en el Honor.
> El tirano te engaña para oprimirte. Rebélate!
> Te pertenece como al hombre la Tierra y el Cielo." (De las Carreras, 1967:86)

> "Pobres mujeres! Víctimas seculares del sofisma monstruoso de la impostura de los charlatanes, de la sugestión de esas fieras celosas que se llaman hombres! Rebelaos! Romped de una vez la servil cadena que durante largas centurias os ha hecho padecer vigilias dolorosas! Odiaos menos entre vosotras, no reparéis en las libertades de vuestras compañeras, no queráis ver siempre los gansos del capitolio los cómplices de la delatación, ayudando a vuestros déspotas en sus planes egoístas! Nadie más que los hombres son vuestros enemigos. (...) Pensad que la

> honra, ese mamarracho de la barbarie contraria a la naturaleza no puede bajo ningún pretexto tener ubicación en vuestro organismo. (...) Sonó la hora de vuestra libertad esclavas deliciosas; no tenéis más que pedir y el mundo será vuestro." (Herrera y Reissig, "El pudor")

Por más que se pueda advertir una explícita y más amplia intención de escandalizar en Roberto de las Carreras, cuyos escritos poseen un aire de manifiesto que dista bastante de la prosa herreriana, orientada más a la información que a la proclama, tanto en Amor libre como en "El pudor" se insiste en reivindicar el derecho al placer en la mujer y prácticamente con las mismas palabras. Teniendo en cuenta que ambos textos fueron escritos más o menos por la misma época y que, por lo tanto, es muy difícil comprobar quién recibió la influencia de quién, nos resulta un tanto inverosímil la tradicional versión que sotiene la disputa acerca de la autoría de una metáfora como único motivo de la definitiva separación de estos incondicionales amigos.

"El pudor" y "La cachondez": el incipiente modernismo de Herrera y Reissig

"El pudor" y "La cachondez" por su extensión y su contenido son capítulos independientes dentro del conjunto de los manuscritos que integran Los nuevos charrúas.

"El pudor", subtitulado "Psicofisiología de los uruguayos. Conformación de los caracteres emocionales", comprendía en un principio a "La cachondez" dentro de su temática, tal como se puede observar en el índice elaborado por el propio autor. Sin embargo Herrera entendió que este punto requería una mayor atención y lo desarrolló separadamente. Ambos escritos, que poseen la común intención de retratar con irónica crudeza los "primitivos" comportamientos sexuales de hombres y mujeres del Uruguay, evidenciando su hipocresía, están comprendidos dentro de un particular impulso erótico que briosamente recorrió

el ambiente cultural del novecientos montevideano. Angel Rama, tal vez el primero en abordar el estudio de Los nuevos charrúas de una manera seria aunque breve, advierte la eclosión a nivel social de lo que él llama el "deseo" en una "doble faz de apetito de goce y apetito de poder, en un tiempo en que habían sido abatidas las barreras religiosas y éticas, y parecía presenciarse una ilimitada libertad dentro de los sectores superiores de la sociedad" (1985:87). Este "deseo" en su faz erótica adquiere gran importancia en el campo del arte, especialmente de la litertura. El modernismo ofrecía a nuestros escritores, en oposición al discurso erótico sentimental del romanticismo, un discurso erótico sensual y carnal en franco enfrentamiento con los valores impuestos por las instituciones religiosas y educativas. Creemos que Los nuevos charrúas, especialmente "El pudor" y "La cachondez", está comprendido en el movimiento modernista, en primer lugar, porque la totalidad del ensayo es un ejemplo extremo de ese desgarramiento y vacío de una época, que se refleja en todas las literaturas modernistas. Desgarramiento espiritual e intelectual causado por el desmoronamiento de los valores aceptados hasta entonces como tradicionales. Iván Schulman (1974) refiere al estado de inseguridad y de insuficiencia en la intelectualidad originado por ese "vacío creado por la época, el desgaste de tradicionales contextos filosóficos y religiosos, sin que pudiera reemplazarlos la ideología cientificista de la era, ni el espíritu burgués campante" (1974:47). Por todo esto no debe resultar extraña la producción de una "literatura escéptica", fundamentalmente en la prosa, la cual adopta, como señala Pedro Henríquez Ureña (1949:182), en la mayor parte de las veces, el género ensayístico y la forma de artículos, crónicas, libros de viajes y especialmente crítica literaria. Este mismo autor explica que no se tardó en pasar de la crítica literaria a la crítica de la vida pública, local e internacional y destaca lo radical e implacable que resultaron los juicios a la sociedad moderna. Los modernistas se convierten así en los precursores de los movimientos de denuncia de problemas sociales de nuestro continente, lo que derrumba la tradicional versión que presenta al modernismo como un movimiento meramente esca-

pista, evadido de la realidad y volcado a lo extranjero.

Pero Los nuevos charrúas, aunque se inscribe dentro de la corriente del modernismo que se interesa por el medio social, contiene pasajes caracterizables dentro del "modernismo canónico esteticista", como lo denomina Hugo Achugar (1985). Estos pasajes se visulizan especialmente en los textos de "El pudor" y "La cachondez".

Así, por ejemplo, el particular sensualismo modernista se revela a través de aquellos fragmentos que relatan las costumbres sexuales de los uruguayos. Este tema no podía ser desarrollado con la objetividad que exigía el discurso positivista que el autor intentaba aplicar en su libro. Herrera, en este caso, se pone a la par de otros escritores modernistas proponiendo un amor libre y universal. En este sentido la desacralización del acto sexual es exigida por medio de un discurso que ironiza permanentemente aspectos del código romántico: el amor puro y virginal como paradigma.

La provocación a los valores morales de la época que este tipo de sensualidad supone, se encuentra estrechamente vinculada a la posición antiburguesa que asumieron los modernistas. Podemos advertir en estos escritos esa convicción, tan común en los seguidores de este movimiento, de pertenecer a un grupo que no tiene cabida en una estructura socio-económica que rechaza la creación artística por considerarla una producción inferior. De ahí los intentos de escandalizar al burgués por medio de exhortaciones desafiantes como las que incitan a la práctica de un amor hedónico y lujurioso.

Esa marginación que sufre el poeta deriva en otro rasgo característico del movimiento modernista: la investidura de un discurso aristócrata que es posible advertir a través de sus poses burlescas y despreciativas hacia las personas de poca espiritualidad. La exaltación de los valores de la cultura europea, por otro lado, generalmente viene acompañada por el desmérito de lo nacional y lo americano. Asimismo, es posible detectar un peculiar cosmopolitismo en "El pudor" y "La cachondez". Sobresale como

ejemplo la idealización del ars erótica europea que de alguna forma nos rememora la "Divagación" de Rubén Darío:

> Amame así, fatal, cosmopolita,
> Universal, inmensa, única, sola
> Y todas; misteriosa y erudita:
> Amame mar y nube, espuma y ola
> (1964:14)

La exaltación de la libertad en todos los órdenes, pensamiento, creación, acción y movimiento, es otro elemento que caracteriza al modernismo y que se manifiesta en la prosa herreriana. Esta exhortación a la libertad se advierte especialmente en los manuscritos de "El pudor" . A causa de una hipócrita pudicia los uruguayos viven temiendo al "que dirán"; actúan con falsedad y esta artificialidad se manifiesta no sólo en su conducta social sino también en la vida cultural. La literatura, el teatro, el arte en general están marcados por una "mentalidad de aldea", como la llama el escritor, que rechaza todo tipo de cambio. Este último aspecto se encuentra estrechamente relacionado con el ansia de renovación que expresaba el movimiento modernista en América. Desde esa gran libertad frente a la lengua, el estilo de Herrera, sin llegar a extremos subjetivos inapropiados para el discurso positivista, conserva en varios puntos de la prosa el peculiar lirismo de los modernistas canónicos.

La presencia de neologismos y de abundantes adjetivos en estos manuscritos se relaciona con la libertad y la innovación creativa. La excesiva adjetivación, típica del criterio estético acumulativo del modernismo, se aprecia particularmente en aquellos fragmentos donde el autor caracteriza tipos humanos (así por ejemplo la clasificación que realiza sobre las mujeres en "La cachondez"). Otro elemento innovador muy común en su prosa es la presencia de adjetivos sorprendentes (v.g. en "La cachondez": "temperamento glúteo", "concupiscencia elefantiásica").

Propio de la heterogeneidad discursiva del modernismo es

el insertar en un discurso empírico como el positivista, modismos populares o de conversación. Algo muy similar ocurre en la poesía de Julio Herrera y Reissig donde "el lenguaje sufre un repentino vaivén, de la expresión aristocrática y elevada a la expresión sencilla y popular, produciendo así sorpresa y obligando a instantáneos cambios de actitud espiritual en el lector"(Bollo, 1976:79). Los dichos populares también aparecen frecuentemente en el manuscrito. Así, en "La cachondez", encontramos un capítulo especial titulado "Literatura cachonda" donde Julio Herrera enumera una serie de expresiones, "un bosteo popular de retórica de basura" que, según el autor, comprende la verdadera literatura nacional. La heterogeneidad discursiva en Herrera (donde se combinan irreverentemente la crónica, el periodismo pasquinesco, el panfleto, el ensayo antropológico, la crítica literaria y el naturalismo) responde mayormente a las inquietudes intelectuales múltiples del escritor entre las cuales podemos contar su interés por la música culta y popular, por sus lecturas científicas y por las nuevas tendencias culturales. Dentro de la diversidad de estilos que se observan en sus manuscritos, con un disfraz obsceno, actúa como elemento reunificador su ironía cruel bajo el "monóculo insolente" y perpicaz de principio de siglo.

La heterogeneidad discursiva que posee esta prosa en particular se acerca al "humorístico desparpajo", como lo llama Saúl Yurkievich (1976:80), de la poesía herreriana, cuya poética "omnívora" intenta "involucrarlo todo, todas las épocas, todas las voces, todos los ámbitos" (1976:79). La polifonía llega a tal grado, continúa el crítico, que limita siempre con la parodia y el pastiche. Por ese motivo, el humor en Herrera opera, en su poesía y especialmente en algunos fragmentos de Los nuevos charrúas, como "disruptor que desbarata el ordenamiento convencional, la previsibilidad de lo consuetudinario"(1976:81).

De lo expresado anteriormente se infiere que estos textos funcionan como ilustración del discurso positivista central de Los nuevos charrúas, describiendo una época en "proceso de modernización". Herrera enuncia el período del novecientos uruguayo en juicios lúdicos, seleccionando anécdotas del ámbito popular,

sintiendo especial atracción por aquellos casos de perversión psicopatológica. La descripción naturalista de este escenario escandaloso y "conventillero" sirve para ejemplificar las características bárbaras y primitivas que el autor advierte en las costumbres uruguayas. Se destaca, asimismo, en su estilo directo, la voz "del otro", la del silenciado por el discurso oficial (la partera, la prostituta, la mujer en general) a través de los reportajes y las anécdotas.

Esta audaz y cruda prosa, más allá de su pobre calidad literaria, nos revela un perfil hasta ahora escasamente conocido de Herrera y Reissig quien, al igual que otros escritores modernistas (Lugones y Casal, por ejemplo), desarrolló algo más que un arte decadente de cisnes, princesas y paisajes exóticos. Asimismo, una crítica fácil de su discurso lo puede llegar a calificar tan sólo como una escéptica y desesperanzada visión de su país desde retirados pedestales marmóreos.

La publicación de estos manuscritos cuestiona, por otro lado, a los biógrafos del escritor, quienes atenuaron la nerviosa personalidad de Herrera describiendo un personaje pasivo y moroso. Este hecho tal vez se deba a la cercanía temporal que existe entre la época en que vivió el escritor y en la que fueron escritas la mayor parte de sus biografías (décadas del '40 y '50). Muchos de los personajes, fuentes de esos trabajos, que se relacionaban con Herrera aún estaban vivos: parientes, amigos cercanos, rivales y amantes. Particularmente estas últimas, que casi en su totalidad pertenecían al patriciado montevideano, no deseaban que salieran a la luz hechos ya pasados, que revivirían viejos escándalos. Por esta razón se advierte en muchos trabajos sobre su vida la supresión de nombres o la recurrencia a los sobrenombres.

Carla Giaudrone
Nilo Berriel

Referencias bibliográficas

Achugar, Hugo, Poesía y sociedad (Uruguay 1880-1911), Montevideo, Arca, 1985.

Ardao, Arturo, Etapas de la inteligencia uruguaya, Montevideo, Universidad de la República, Departamento de publicaciones, 1971.

Bollo, Sarah, El modernismo en el Uruguay, Montevideo, Universidad de la República, División publicaciones y ediciones, 1976.

Darío, Rubén, Prosas Profanas, Montevideo, Librería Técnica, 1964.

De las Carreras, Roberto, Psalmo a Venus Cavalieri y otras prosas, Montevideo, Arca, 1967.

Henríquez Ureña, Las corrientes literarias en la América Hispánica, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

Herrera y Reissig, Julio, "Correspondencia con Edmundo Montagne", en Revista de la Biblioteca Nacional, número 13, 1976.

Herrera y Reissig, Julio, Poesía completa y prosa selecta, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

Ibáñez, Roberto, "La torre de los panoramas", en Revista de la Biblioteca Nacional, número 13, 1976, pp.19-42.

Pareja, Marcelo, "Dos textos: Julio Herrera y Reissig", Revista de la Biblioteca Nacional, número 26, 1989, p.23.

Paz, Octavio, "Traducción y metáfora", en El modernismo, Madrid, Taurus, 1981.

Rama, Angel, "Prólogo" a Roberto de las Carreras, Psalmo a Venus Cavalieri y otras prosas , Montevideo, Arca, 1967.

_____ "La belle epoque", Enciclopedia Uruguaya, 28, 1969, pp. 143-158.

_____ Las máscaras democráticas del modernismo, Montevideo, Arca, 1985.

Real de Azúa, Carlos, "Ambiente espiritural del novecientos",

Número, II, junio, 1950.
Rodríguez Monegal, Emir, Sexo y poesía del novecientos, Montevideo, Arca, 1969.
Schulman, Iván, Martí, Darío y el modernismo, Madrid, Gredos, 1974.
Trigo, Abril, "Psicología de los uruguayos, un texto inédito de Julio Herrera y Reissig", Hispamérica, 59, 1991, pp. 58-98.
"Una olvidada página sociológica de Julio Herrera y Reissig", Hispanic Review, 59.1, 1991, pp. 25-36.
Yurkievich, Saúl, Celebración del modernismo, Cuadernos Infimos 72, Editorial Barcelona, 1976.
Zum Felde, Alberto, "Prólogo" a Julio Herrera y Reissig, Obras poéticas, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966.

Sobre la transcripción de los textos[1]

Los escritos comprendidos en la presente edición contienen en sus originales la totalidad de ciento catorce folios de los cuales ochenta y siete pertenecen a "El pudor" y los restantes a "La cachondez".

De los ochenta y siete que integran "El pudor" cincuenta y ocho se encuentran numerados y veintinueve sin numerar. El texto consiste en un borrador escrito totalmente a mano por el propio Julio Herrera y Reissig, en tinta negra, y ocupa sólo una de las caras de las hojas. La mayor parte del papel utilizado son hojas de libro contable (cincuenta y ocho), de 242 milímetros por 365 y hojas blancas rayadas con filigrana (quince), de 278 por 218 milímetros. También emplea el reverso de segmentos de planos de Montevideo (cuatro) de 359 por 180 milímetros en cuyo reverso se lee la siguiente inscripción : "por el Ing. A[...] De acuerdo con el antepr[oyecto]. Por la comisión especial de [...] Año 189[..]". Igualmente son utilizados los reversos de dos recibos de La Revista (119 por 272 milímetros). La interlínea oscila entre los 4 y 10 milímetros y el estado general de los manuscritos es bueno. Como gran parte de los folios se haya sin numeración hemos optado por aplicar la ordenación que el autor describe en la introducción a la segunda parte de "El pudor", que es la única que se conserva. En esta segunda parte Herrera realiza un listado de los temas ya tratados (que aparentemente se hallan extraviados) y detalla los que desarrollará en los siguientes capítulos. Los "pudores" sin numerar que no se encuentran en la lista de la introducción han sido situados al final del capítulo de "El pudor".

---

1. Los originales se encuentran en el Archivo Julio Herrera y Reissig (Carpetas 5-6 y 7-8) del Archivo Literario de la Biblioteca Nacional. Agradecemos la generosa disposición del personal de dicha sección y muy especialmente a su Jefa, la señora Mireya Callejas.

"La cachondez" no ofreció mayores dificultades en su ordenación ya que se encuentra completamente numerada. Los breves fragmentos que el autor agregó posteriormente sin especificar su concreta ubicación, fueron intercalados con facilidad siguiendo el orden temático. El texto de "La cachondez" presenta similares características a las de "El pudor": es un borrador manuscrito en tinta negra con una interlínea de 7 a 10 milímetros. Escrito en hoja blanca, rayada, con filigrana (218 por 280 milímetros) ocupando una sola carilla, el texto se conserva en buen estado.

La transcripción tanto de "El pudor" como de "La cachondez" no ha sido del todo sencilla por tratarse de borradores primarios, escritos con prisa y descuido, en donde se aprecian numerosas correcciones. A continuación se describe el criterio filológico seguido para el traslado de estos textos:

a) Han sido suprimidas las tildes de preposiciones y monosílabos que no la requieren actualmente.

b) Se han repuesto las tildes y la puntuación ausente por descuido.

c) Se respetaron los subrayados del autor así como también las sangrías.

d) Ha sido normalizada y actualizada la ortografía aunque manteniendo lo característico y singular. La escritura de los números fue conservada.

e) Aquellos errores ortográficos de palabras que no pertenecen al idioma español, fueron mantenidos sucedidos por un "[sic]".

f) Los nombres propios de científicos, pensadores u otros personajes reconocidos, cuya escritura es incorrecta, se corrigieron.

g) En cuanto a lo testado, si se trató de variantes, no se consignaron; si agregaron un nuevo concepto, se transcribieron en nota a pie de página. (v.g.: si el autor eliminó la palabra "acuático" del texto, la palabra testada se leerá en la nota a pie de página de la siguiente manera: ([acuático]).)

h) Aquellas palabras o fragmentos de palabra que resulten ilegibles ya sea por letra borrosa o ruptura de hoja se representaran con el siguiente signo: "[...]".

i) A lo largo del manuscrito se encuentran numerosos agregados

o "agregaciones", como dice el propio autor, que complementan los distintos capítulos. Herrera no especifica a que texto corresponden algunos de ellos. Por tal motivo han sido señalados en nota a pie de página cuáles agregados fueron reordenados por el autor y cuáles por los transcriptores.
j) Las palabras que se encuentran entre dos paréntesis rectos han sido agregadas por los transcriptores y corresponden a omisiones involuntarias del autor por distracción.
k) Si bien el estado general de conservación de los manuscritos es bueno, se advierte la ausencia de algunos folios así como también el deterioro de otros. Cualquiera de los dos casos serán señalados en notas a pie de página.
l) Los interlineados, debido a su abundancia, fueron transcriptos sin ninguna clave que los distinga del texto primario.

Finalmente es preciso aclarar que la investigación de la prosa de Herrera y Reissig no culmina con el presente trabajo. El estudio prosigue por lo que no descartamos la posibilidad de que se detecten nuevos manuscritos que correspondan a "El pudor" y "La cachondez".

EL PUDOR

EL PUDOR

Psicofisiología de los uruguayos
Conformación de los caracteres emocionales
Agregación sobre "El Pudor"

Sus distintos grados. El Pudor es el país. Delirio absurdo de este sentimiento. Anomalías monstruosas. Faz antitética del Pudor: reverso de este vicio. Sus relaciones con la moral, la estética, el temperamento, las costumbres y la cultura. Hipocresía que determina en hombres y mujeres. La cachondez como oposición a la frialdad. Vulgarismo en los afectos.

Se observan distintos grados de pudor en nuestras uruguayas teniendo en cuenta que dicho sentimiento disfrazado de moralidad reúne toda la pauta primitiva desde la estupidez hasta el absurdo.

A más de los pudores huraños, religiosos, felinos, guerreros, selváticos, matrimoniales, enemigos del lecho, volivos [sic], cimarrones, de que he tratado en el capítulo antecedente[1], existen otros más originales, de origen indio-cantábrico, a saber, los octogenarios, los de ultratumba, los periodísticos, los asociacionistas, los anti-estéticos, los ingenuos, los temerosos, los gazmoños, los anti-filiales, los sucios, los zoológicos, los jurídicos, los inhospitalarios, los municipales, los policiales, los incrédulos, los envidiosos, los compasivos, los ásperos, los apáticos, los virgófagos[2], los morfeicos, los prostibulares, los galantes, los saturnianos,

1. Se refiere el autor a un capítulo que se encuentra extraviado (Nota de los transcriptores).
2. ([cuantitativos])

los religiosos, los parentales[1] , los injustos, los espías, los indumentarios, exofagal, exclusivista de arrepentimiento, los políticos, los literarios[2] , los consejales[3] los conventilleros[4], los turistas, los antidiuréticos, los entontecidos, los parteriles y los dogmáticos feudales. A todos voy a referirme en el capítulo presente por orden de clasificación para que los lectores retengan lo más posible en su memoria las distintas faces de este sentimiento hipócrita y fingido que reina en nuestra sociedad.

Ejemplo de pudor octogenario.

Una anciana de setenta y cinco años se expresaba en estos términos: "¡Yo acostarme delante de mi marido! ¡En la vida lo haré, señora! Aunque tiene casi un siglo no por eso es menos pícaro. Siempre acecha la ocasión de mirarme las pantorrillas. Sepa Ud. que cuando me desnudo tengo buen cuidado de ocultarme bajo las sábanas".

Esta misma señora al tener noticias [que] su nuera hallábase en situación interesante, exclamó roja de vergüenza: "¡Qué escándalo, por Dios! ¡Vaya con la cochina! ¡Quién los ve tan zorros!"

Pudor de ultratumba o póstumo.

He conocido una señora que apenas era madre de catorce hijos, la cual llegó a decir en cierta ocasión en que fulminaba sus maldiciones contra unas prójimas enfermas que no habían tenido reparo en dejar tocarse los muslos por el médico: "A mí ni muerta me tocará ningún hombre: serán mis hijas las que me vestirán para ponerme en el ataúd". El marido no la había tocado, se sobreentiende.

---

1. ([anatómicos])
2. ([los geométricos, los matemáticos])
3. ([los antidescorteses])
4. ([los melindrosos... andaluces])

Pudor periodístico.

Se sabe que a ciertas representaciones, comunes en Europa, no asiste por pudor la sociedad montevideana. Cuando Sará [sic], El Bien, diario católico amenazó a las señoritas que tuvieren la poca delicadeza de asistir al drama, con publicar sus nombres al siguiente día, exponiendo a la execración del público el ignominioso pecado de las rebeldes. Era de suponer que el fondo del castigo fuese en realidad que excomulgadas por El Bien, las señoritas perdieran por lo menos 99 probabilidad[es] de encontrar un novio religioso. Palpitaba en la sombra de la [...] con que fue impreso dicho auto, el dedo terrible de Fouquier-Terville.

Ultimamente cuando Iris se repitieron dichas amenazas. El mismo diario se ocupó en extensos editoriales de la inmoralidad de la obra empleando en sus apreciaciones términos subidos. Parecía dar a entender que los uruguayos son capaces de dar una lección a Europa en materia de gusto y de placer estético. Muchas familias se abstuvieron de pecar porque creían ofendían con esa obra la suceptibilidad pundonorosa [sic] de sus virtudes astringentes. Un diario defendiendo la obra dijo que Iris se hallaba por encima de Manón, La Dama de las Camelias, Rigoletto y Boheme debido al mayor encubrimiento de las escenas corruptivas y al perfume virginal que se escapa de la protagonista la que, como se sabe, prefiere las mordeduras de los gusanos a los zarpazos de la deshonra. Este argumento pareció, al entusiasmo que los escritores rinden a la castidad, el colmo de la grandeza artística por aquello de Guyau "de que las ideas determinan los sentimientos". El cronista aludido se permitió con todo lujo hacer alusiones despreciativas a la Gautier y a Manón, hallando a estas poco simpáticas.

Cuando la representación de Coralié y Cía, los periódicos se desataron en protestas enloquecidas contra la desvergüenza de la obra. Y todo porque la escena ocurre en una casa amueblada, donde más de un redactor y una señora habrán estado de paseo, siquiera una vez al año. Las familias se pasaron la voz para no concurrir y así pasó, con gran júbilo de El Bien y varios periódicos

que se congratularon porque el país hubiera dado la lección que se merecen los pueblos europeos. Esto tiene que ver con lo que aconteció en Buenos Aires antes de ponerse en escena la nueva ópera de Mascagni. Las señoras de los abonados presentáronse en grupo a la Compañía al saber que Iris iba a representarse. Exigieron enérgicamente que se excluyera del abono dicha obra- y así se hizo. Al parecer la América no desperdicia oportunidad de corregir a la Civilización. Mire que tiene gracia!

Cuando surge alguna polémica los relatores se encargan de encubrir lo más posible las expresiones que ellos encuentran desnudas por el pudor de los lectores. Las poesías y demás trabajos literarios en que hay apenas un vislumbre de sensualidad son desechados incontinenti. Las Revistas Literarias son fermentaciones de azúcar, de una falsedad chafalonía y un afeminamiento repugnantes. Llega a tal extremo el índice de estos periódicos que en caso de publicar algún trabajo de los aludidos con un desconocimiento absoluto de los derechos del autor, se mutilan sin piedad el verso o el párrafo sospechoso y se presenta al público con la mayor buena fe la obra mordida.

Otra faz del poder periodístico.

Un montevideano que ejerce en Buenos Aires la profesión de periodista dio a luz un artículo sobre la Cher de Marat, la reine de bélle, la Emile D'Allencon y otras magas de la galantería parisiense cuya toilette aparece en la crónica junto a la de las princesas, en este orden: Grand Monde- Demi Monde-, a quienes acatan las señoras y cuyas mansiones inverosímiles hacen antesala los millonarios y los príncipes que llegan a París para quemarle su incienso, para rendirse a su gracia. El bárbaro de Montevideo escupía sus nombres hablando de las estrellas del chic con un candombe de guitarra, con una risilla ultrajante de moralista, con una sorna canallesca. Mujeres de tal jaez, decía el bárbaro en uno de los pasajes. Sauvage Americain.

[...] no faltan sin embargo las excepciones. La impulsividad puede más que el pudor ya lo hemos dicho, y en prueba de nuestro acierto

lo que acontenció con motivo de unas denuncias de mal referentes a castigos aplicados en los cuarteles. El Día de [sic] publicación purpurina en un ataque de impulsividad al que denunciaba sobre defensa de los jefes acusados [sic] explicando las causas por las cuales sufrieron los delincuentes, los rigores de la disciplina.

Orgullo de naturalidad, con aire de absoluta candidez, de no saber que [es] lo que hace, dicho diario (sin cuidarse en absoluto de velar los hechos, y con prescindencia [...] el pudor de las señoras) daba cuenta de toda una pornografía de género masculina en las que intervinieron los cazadores del batallón No4. Se hablaba de concúritos [sic] en las tuberías bajo el túnel, de oficinistas a domicilio, de becerradas nocturnas, de enfermedades posteriores en un lenguaje zafio, soez, de relator de prostíbulo. Fue tan agudo el ataque de impulsividad que El Día no pensó siquiera en los propios intereses, (en que las familias que [...] escandalizarse) y al efecto de coser la boca al periódico nacionalista, hizo una descripción que hubiera escandalizado a Zolá.

El pudoroso "Día" se bajó los pantalones en plena calle. ¡Trogloditas púdicos!

Pudor asociacionista.

Los clubs y distintas agrupaciones del país [...] intervienen con frecuencia en la vida privada de los asociados. A continuación van dos ejemplos:

Florencio Sánchez perteneciente a un círculo social de la colonia, paseaba un día con una amante por las pastosas de aquel [...] calles histórico. En posesión del hecho la Directiva del Club llamó al imprudente para someterlo a juicio.

Apenas hubo entrado Florencio, [...] con gravedad una silla y los jueces, poniéndose a distancia, dieron principio al interrogatorio.

Sánchez ignorando hasta entonces lo que significaba aquella ceremonia se apercibió por fin de lo que acontecía; tomó el sombrero y esquivando toda respuesta abandonó sonriente el banquillo de los acusados.

No ha mucho que varios jóvenes de Montevideo obsequiaron con un banquete a unos marinos norteamericanos. Terminada la comida se resolvió dar esparcimiento al ánimo como llaman los uruguayos al matreraje nocturno de la Calle Santa Teresa. Consecuentes con su educación charrúa y para que el esparcimiento hiciera época en los anales terencinos, los[1] alegres penetraron en lo de Juana[2] Mestoy y se entregaron al bandolerísmo. Pusieron alas a las copas, hicieron leña con las sillas sobre las cabezas de las mujeres, despedazaron los espejos, lo que como era natural dio origen a la prisión de los Fra Diarolos [sic]. Días después Juana Mestoy entabló demanda contra los pudorosos quienes pertenecían, como después se supo, al Centro Moralista de la calle Cerrito. Sabedora la Comunidad del Club-Católico del público pecado de sus socios, se propuso hacer una investigación con el objeto de comprobar la culpabilidad de los héroes y en consecuencia inducirlos a que cumplieran con el sexto mandamiento de Moisés. Citados a comparecer se les sometió inmediatamente a un interrogatorio inquisitorial, con el propósito edificante de hacer un proceso más célebre que el de Dreyfus.

Después de un hora de silencio y hallándose los acusados en el banquillo, preguntó el juez que era, según se nos asegura, el más ferviente de los socios:

El juez: "¿Reconoce Ud. haber estado en la calle Santa Teresa?"
El reo (con altivez): "¡Sí!"
El juez: "¿Piensa Ud. frecuentar esa calle?"
El reo (indecente orangután): "No señor. Muy bien señor, no volveré; me haré la paja; voy a subir al palo enjabonado."

Con otro acusado.
El juez: "¿Piensa Ud. delinquir en esa calle?"
El reo (negociante): "¡No señor, si Ud. me paga una hembra, no volveré, lo juro!"

1. [(Don Juanes del bajo])
2. ([la vasca])

Después de una hora [de] deliberación resolvióse expulsar del Centro a los hipócritas. Mas aquí no termina la comedia pues -según se nos afirma- el Club, que no anda bien en sus negocios, los ha llamado a su seno, el Padre del Hijo Pródigo, ofreciéndoles toda clase de franquicias y liberalidades. Las bases del perdón consisten en que los socios demuestren su arrepentimiento pagando las cuotas atrasadas. Por su parte el Club [que] otorga indulgencia plenaria a los que satisfagan la deuda, se compromete a no averiguar la vida privada de los Musolinos- dejando a los confesores de los reincidentes la tarea de lavar con misteriosa legía las manchas seminales de los enemigos de Juana Mestoy.

Pudor anti-estético.

Es notoria la acritud que se tiene al naturalismo en la literatura, como en las artes plásticas. El gusto almibarado y la crítica pudorosa execran hasta el fanatismo los libros en que palpitan la desnudez, aunque tengan estos un mérito subido. Se prefieren los mamarrachos de biblioteca, sahumados con el perfume virginal de la Edad Media, a los manjares modernos de los sibaritas de la sensualidad, los enternecimientos de sacristía a las visiones pecadoras del misticismo baudeleriano, las perfecciones aéreas de la inverosimilitud romántica a los modelos palpitantes de la forma antigua. Se prefiere Lamartine a Marcel Prevert, Jorge Onet a Paul Adam, José Zorrilla a Richepin, Etchegaray a Luderman, Camprodóm a Sardou, Alejandro Dumas a Flaubert. Desde que Mauricio Zabala fundó Montevideo, la obra que más repre[...] La belleza no vale para los uruguayos serios [...] moralidad. Horroriza el humo de las [...] de un día" [...] orgias, el benjuí de los gabinetes secretos, la encrucijada de las citas, los misterios de la enagua.

La notable Sará [sic] se representó sin el primer acto, arreglada por Samuel Blixen, para el pudor del país. La amputación de la obra es lo de menos cuando se trata del gusto del público ya que nada se tiene en cuenta, la tésis y el resultado.

Cuando se desliza en la escena algun pasaje de dudosa mora-

lidad, las señoras se ponen a discurrir sobre temas indiferentes. Miran con aire de discreción para la platea o el cielorraso, haciéndose las desentendidas.

Las uruguayas tienen horror a la elegancia, a lo nuevo, a lo que viene de París; pues les parece que esto amenaza la pureza de los hogares. Las señoras de Montevideo no viven para el mundo, este tercer enemigo del voto matrimonial. En opinión de las uruguayas los elegantes sólo gustan a las mujeres del mal vivir. También suelen llamar a los elegantes, siendo estos bien parecidos[1], afeminados, con un tonillo de moralidad autoritaria. En este país en que los hombres no saben caminar, ridículamente las uruguayas se ríen de un elegante que lleva el paso como es debido, y el cuerpo aplomo, llamándole agresivamente marica. Toda la sociedad se exaspera por ese modo de caminar tildado de presunción femenina por las serranas de Montevideo. Esto nos recuerda la fábula del europeo en el país de los jorobados. Estos se reían del intruso y le gritaban a cada paso, "Contrahecho, monstruo, ridículo". Del mismo modo consideran la limpieza en el hombre como un afeminamiento de los más ridículos. Se advierte desde ya que los uruguayos no usan bideles [sic]. Volviendo al horror, a la novedad, han llegado de París unos juegos de porcelana para matrimonios compuestos de tres tacitas, una de las cuales es para el amante. Bueno es que los maridos de Montevideo se acostumbren a admitir esta tercer tacita.

Igualmente se juzga deshonesto, provocador, como de mal vivir, el modo erguido de una mujer cuando pasea. Las uruguayas que andan como a tropiezos, como cerdos en el barro, haciendo ángulos con las piernas inclinadas, flojas, echando ancas atrás como si fueran a sentarse, miran como los jorobados del cuento a los de cuerpo airoso, elance, de remos sólidos y de cabeza a lo Estuardo. Dicen con agresivo desprecio refieriéndose a las elegantes: "Que modo de andar de loca; lo hace para buscar hombres". Ellas dicen de su desvencijo:"Aire modesto de señorita".

---

1. ([maricas])

Unas montevideanas aconsejaron a una señorita de formas elocuentes que caminaba con el cuerpo aplomo, que mirara para el suelo y que no se ciñera por lo mismo que tenía esa mirada [sic] de caminar sospechosa. He aquí el reproche: "¿En dónde has aprendido a caminar así? ¿No sabes que es el modo que usan las locas para que los hombres las sigan? ¡Encógete, inclina la frente, baja los ojos; dame el brazo; de esta manera no se te conoce tanto!"

Por más brillante que una artista sea, sino es [...] serio se conserva pura la sociedad de Montevideo la mira con desdén y el público indignado le niega sus favores.

Algunas actrices sobresalientes que han trabajado en Solís, la Della Guardia por ejemplo, se han ido decepcionadas, con la impresión de que esta gente si no es salvaje lo anda cerca.

Y todo porque la distinguida actriz, desagradó con sus blasones de amante (siendo casada) al pudoroso público uruguayo y cometía, en concepto de este, una inmoralidad representando las obras naturalistas de los grandes dramaturgos. No faltó periódico que opinase con énfasis del agravio a las condiciones de la artista tildándola de mediocridad con fama. En cambio la Guerrero, por ser esposa con documento y representar las comedias moralistas de Calderón y de Lope, mereció los mimos de la sociedad y las aclamaciones de la crítica adulona. Todas a una aspiraban con fruición los azahares de la heroína y opinaban con elogio de sus mejores talentos. El teatro mereció un lleno absoluto y la noche de su beneficio recibió la casta esposa infinidad de obsequios. Se advierte para el caso que el público del país no entiende un ápice de drama. La Compañia Leiget-Reiter, que es sin duda la más completa que haya pisado el escenario, vendió apenas el día del debut treinta localidades de platea y unos pocos palcos. Las gentes no quieren saber nada con el drama modernista. Lo revolucionario, en punto a moralidad, les estorba sobremanera. Su pudor no aplaude sino las obras bendecidas por la Iglesia - y en cuanto a las artistas, todas son detestables sino exhiben sus maridos o viajan con sus papás. A propósito la Tonia Dilorenzo, la adorada, la mimosa, el chiche del público de Montevideo, especialmente de las mujeres. El virgo le conquistó a la Tonia los afectos

calurosos de la crítica y la concurrencia en masa de la sociedad que asistía embobada a sus representaciones llenando a la ninfa de flores y regalos en homenaje al cinturón de oro de la invencible fanciulla. Como se sabe la Tonia, una verdadera uruguaya nacida por casualidad en Roma, se ha casado recientemente. Nuestro público tiene el mejor olfato cuando se trata de aplaudir a quienes por sus propensiones burguesas no llegarán a humillarlo. Preveíase que el final de la talentosa vírgen no podía ser otro que el casamiento. El pudor, que es el sexto sentido de los uruguayos, no se equivoca nunca: es infalible. La Tonia lo acaba de corroborar.

Pudor ingenuo

Abundan en Montevideo las demi-vierges. Merecen este calificativo la mitad, por lo menos, de las señoritas. Por un convencionalismo de los más ridículos se dejan tocar y retocar sin que por ello cedan. Sus fiebre alterna entre los 39 y 40 grados sin que llegue a los soñados 41, que es cuando sobreviene el delirio delicioso y la paciente ignora lo que se hace. Consideran ingenuamente nuestras demi-vierges, hijas de María, que lo único que les arrebata la diadema sacra de la castidad, es el acto de la posesión. Otra de las razones de la purísima es que se la júzga una virtud aristocrática. ¡Qué parodoja indígena! Se finge ignorar la conducta de las grandes mujeres de Paris, de la nobleza pecadora de Saint Germain. Una señora no cede porque cree con eso dejar de ser señora. Las mujeres del pueblo que tienen mucho orgullo, por igualar a las clases altas, poseen el mismo concepto del honor y en consecuencia no aflojan, como dicen los uruguayos.

Pudor temeroso

Otra de las razones porque no ceden las señoritas, es el pánico del qué dirán. Un pánico tan intenso [...] sus deseos. Hace que las palomas del divino cazador se duerman en sus nidos, trémulas de miedo. Temen perder su cetro de representación, las demi-vierges, entregando la otra mitad a sus pletóricos galanteadores.

Pudor[1] Gazmoño[2]

Algunos jóvenes que, aunque reconocen el estilo magistral de Pierre Louis y otros autores sensualistas, declaran que no les gusta el género, son enviados a la campaña por prescripción facultativa, al poco tiempo de su matrimonio, a consecuencia, como se comprende, de los excesos del tálamo. Dichos jóvenes aunque se conservan sobrios en el hablar y poco dados a transigir, se empinan el tálamo hasta las heces.

Las señoras uruguayas, aunque tengan catorce hijos, gustan del estilo romántico y exclaman ante la obra de un sensualista, con gesto de asco[3] : "¡Qué chanchos[4] !". Por lo común son lacrimosas, sentimentales, gustan de Lamartine y de Dumas. Su moralidad se detecta en esas obras. Se enternecen cuando leen estos autores. Cuando se publicó Sueño de Oriente hombres y mujeres bramaban escandalizadas. El pudor de unos y otros se revolvía con espanto en una epilepsia de maldiciones y sonrojos. Esto no quita que por lo bajo todos se regocijaron y buscaron avidamente la clave del libro. Durante días y días indagaron con gran secreto acerca de la heroína y su esposo. En todo lo cual ostentaban una risilla canalla que parecía decir:"¡Nos gusta!" Un ex-redactor de un diario católico, casado y con hijos, que se distingue por su exaltación pudorosa, se ofreció a una artista como amante oficial, exponiendo que se había hecho cargo de un puesto importantísimo y que esto lo ponía en condiciones de responder a su compromiso. Agregó que era soltero y poco después envióle una carga de dulces del Telégrafo, como para que la señora diese cuenta de su elevada posición. No hemos podido averiguar el resultado de la golosina.

---

1. ([hipócrita])
2. El Pudor Gazmoño está integrado en los originales por numerosas agregaciones, escritas en distintos folios, encabezadas por la inscripción "6x". Para su transcripción estas han sido dispuestas teniendo en cuenta su temática y el orden fijado por el archivador.
3. ([como si nunca hubieran conocidos tales cosas])
4. ([¡Qué infamia!])

Seguimos con el pudor gazmoño

Los jóvenes como he dicho son esencialmente pudorosos. Alardean de moralidad; son pletóricos enemigos de la carne. Durante el noviazgo, se abstienen de besar a sus vírgenes. Son tan ideales! Sin embargo se ceban para casarse con tres meses de anticipación. Toman copetín, chunco, huevos, candiales, depurativos para la sangre, aceite de bacalao. ¡Y todo con tan buen gusto! Guardan asimismo abstinencia y se ponen alcanfor bajo el vientre para no excitarse por la noche; pues en ese caso perderían[1] los ahorros testiculares que acumulan prudentemente para obsequiar a sus prometidas con un regalo de bodas que vaya bien a su castidad. La primer noche que asi se titula el sueño de oro de su juventud, es para ellos una causa de preocupación constante. "¿Cómo haré para desnudarme? ¿Quién lo hará primero? Yo me muero de vergüenza. ¡Qué horror! Ella tan pura. ¡Me da lástima!" Esto no quita que posterguen un solo día el divino descorchamiento. La primer noche del planetario ellos se entregan a Venus con un deleite[2] de azúcar.

Es algo pavoroso lo que ocurre sobre el tálamo . Los muebles se sacuden violentamente como si se tratase de una sección [sic] espiritista. Los autores del terremoto en un rapto de pudor se abalanzan sobre sus víctimas las que[3] despeinadas y sudorosas, ruedan entontecidas por el lecho bajo el empuje de un cañón hidráulico.

Otro caso de pudor gazmoño

Una señorita mientras tenía un hijo con un hombre casado aprontaba el ajuar para enlazarse con otro. Se observa que muchas niñas se dan a los hombres casados por un exceso de pudor, pues juzgan como una ignominia tener tales confianzas con un soltero, quien no constituye para ellas un hombre de respeto. A más porque desconfían de la discreción de los célibes y en materia de

1. ([y perder en espermatomas])
2. ([sobrehumano, divino])
3. ([pidiendo socorro])

honra se hace preciso mucho disimulo, una reserva de ministro[1]. Otra señorita, muy celosa del pudor, se despidió de su novio para un viaje a la Exposición de Paris, en compañía de sus hermanas. De Buenos Aires dio vuelta cambiando de vapor en la dársena y echó anclas triunfalmente en casa de la partera. A los seis meses del caso de San Francisco saludaba Palestrina el triunfo de su regreso de la Exposición, bendiciendo a la recién llegada y a su esposo con inefables armonías del divino epitalamio celeste. Casarse muchachos!

Contrasta con el lenguaje bajo que usan los uruguayos por calles y plazas con sus agresiones a mano a la virginidad de las mujeres y con la calumnia de que las hacen objeto en sus conversaciones, la olímpica indignación que muestran por un término violento en una polémica, por un giro pornográfico. El terror de ellos es que esas palabras sean leídas por sus mujeres, por sus novias, por sus hermanas. Tales expresiones, dichas en público y envueltas por lo común en oropeles de retórica afectan en su concepto la integridad de sus mujeres. Temen celosamente que estas cosas provoquen en las puras ardores lúbricos y puedan las Santas Cecilias pecar con el pensamiento. Qué sensualidad tan refinada la de estos creófagos enmascarados!

Se observa a pesar de todo que nuestras mujeres son menos moralístas que los hombres. Se ve que Nietzsche tiene razón cuando asegura que la mujer es más natural que el hombre.

Se debe saber que algunas uruguayas no se disgustaron de Sueño de Oriente. Mientras los hombres se enfurecían ellas, en

---

1. Roberto de las Carreras cita textualmente en su carta abierta a Julio Herrera y Reissig una variante de este fragmento de "El Pudor": "Nuestras niñas se dan a los casados por un exceso de pudor. Conceptúan indecoroso, de muy poca delicadeza tales confianzas con un célibe que no constituye para ellas un hombre de respeto. Desconfían nuestras vírgenes, con perspecacia celeste de la discreción de los inconyugados. A la verdad, convengo que en materia de honra se hace indispensable mucho disimulo, una reserva de ministros!" (Roberto de las Carreras, **Psalmo a Venus Cavalieri y otras prosas**, Arca, 1967). De las Carreras atribuye el fragmento a Herrera aunque sin mencionar que pertenece a "El Pudor". (Nota a los transcriptores).

secreto, enviaban por el libro a un mensajero de confianza. Casi no faltó una que no leyese el divino sueño a horas en que el esposo no las veía.

¡Ojo maridos!

Varios señores aconsejaron a una casada que no leyera tal obra por ser un libro monstruoso. Ella no hizo caso y, por el contrario, se nos afirma que lo[1] halló del todo bien.

¡Un aplauso a la señora!

¡Mis felicitaciones a Roberto!

Una señora de la sociedad fue abandonada por su marido quien huyó en compañía de una mujer de teatro con rumbo a Guatemala. Unos meses después la señora hizo acto de presencia en la Opera de Solis. La indignación del público llenó la sala. Sus relaciones dejaron de visitarla. Hizósele el vacío. Se la maldijo.

La sociedad opinó que era una desvergüenza que una mujer abandonada por el esposo tuviera ánimo de divertirse. Se exclamaba: "Merecería que el esposo no se acordase más de ella". Se habló de un mensaje a Guatemala dándole cuenta al marido de la probable infidelidad de la viuda.

Se advierte que muchas personas morales, entre quienes se notan excelentes maridos, tienen por amantes a las capatazas de los prostíbulos. Es lógico: les gusta variar. Por regla general los amantes oficiales de las mujeres más frescas de Santa Teresa son diputados. Estos tienen derecho a estar con ellas dos noches a la semana y los Domingos por la tarde a la siesta. Los jóvenes distinguidos tienen también por amantes a las teresinas; las dejan para casarse ofreciéndoles, al despedirse, una comida romántica.

Los fisiologistas declaran que los salvajes poseen órganos inferiores sumamente desarrollados. El vientre y el aparato generador asumen proporciones hiperbólicas, al contrario de las fun-

1. ([aprendió de memoria])

ciones cerebrales cuya organización es reducida. Los ventrudos uruguayos no desmienten esta regla. Su pene constituye la credencial más gloriosa de su rango primitivo. Cierto que a dar crédito a una teoría el triunfante pene de los uruguayos debe su importancia fisiológica al amasijo de la masturbación. Es salvaje sólo por artificio ... Hecho a mano, desde la edad mas tierna, representa un milagro de la gimnasia, fruto indiscreto del pudor de nuestras mujeres. La potencia de los uruguayos, su vanidad irracional, es la gran excepción al ázoe, al elemento omnipotente en que flota todo el país, es una paradoja fulgurante del organismo que da en pleno rostro una bofetada a la [natu]raleza. Juzgando por inducción, los órganos de los hombres [...] de sensualistas armoniosamente con los voluminosos esdrújulos masculinos. A tales armas tales panoplias. Aunque parezca extraño, un pene da la medida de una civilización. Los parisienses y los japoneses, dos razas superiores, dos razas cerebrales que se han impuesto en la Humanidad, poseen, según un naturalista, el pene más reducido entre todos los grupos de los hombres: un pene culto, un chiche, un pene oficial como dicen en Roma las refinadas.[1]

Un joven de nuestra sociedad esconde un monstruo bajo su pretina; un guanaco[2] arisco que escupe a torrentes en la calle Santa Teresa. Se considera al joven una eminencia prolífica y se le dirigen cumplimietos a Su Majestad zoológica que él recibe lisonjeado con inclinaciones de coquetería.

Por esta gracia de la naturaleza es conocido alguien con el nombre de Bergalli. Un admirador ha fotografiado al pene.

Otro caballero es el terror de los serrallos de Montevideo. Tiene que pagar el doble. Para connubiar el niño es necesario que cuatro almohadas se interpongan infiernescamente entre su cuerpo y el de la mujer. Se le mide de este modo un pene natural y la suave vaselina atempera sus furores haciendo del machete un palo

---

1. Este folio particularmente se encuentra en muy mal estado. La parcial destrucción de la hoja hace imposible la lectura de aproximadamente unos seis renglones (Nota de los transcriptores).
2. ([fabuloso])

enjabonado. Cuando el joven asiste a un baile usa cierto pantalón-bombacha. Se entablilla el muslo con el[1] pene prisionero de una venda que abarca hasta la rodilla; queda inmóvil toda la noche.

Se cuenta de una novia despavorida durante la iniciación. Su marido, un gran lancero[2] , penetraba en su carne como en manteca. (Proclama del mariscal Ney) En un momento de pánico la víctima se desvanece diciendo: "¡No me pongas la rodilla, bárbaro!"

Por una aberración de la naturaleza, existe un uruguayo de pene exiguo[3] que vive atormentado constantemente por la preocupación de que no es hombre. Considera que la pequeñez de su miembro lo rebaja y para disimular el ridículo abulta el bolsillo del pantalón con dos pañuelos anudados que[4] apedantean su pretina.

Allá en Florida las mujeres huyen espantadas de un joven Pichón que según las malas lenguas se enrosca el pene en la cintura como si fuera una faja. Las mujeres le dan con la puerta en las narices poseídas de un temor supersticioso. El descubrimiento del fenómeno se debe a una sirvienta que vio al joven en la bañadera por el agujero de una cerradura. La noticia cundió por la ciudad en menos de un relámpago.

Otra faz de la gazmoñería

Se hacen apuestas entre los jóvenes al que tiene mas aguante para echar diez vainas en la calle Santa Teresa. Recorren todos los hoteles sirviéndose un vermouth en cada uno. El vencedor es aclamado y el vencido satisface con deleite los gastos de la guerra. El mayor orgullo de los jóvenes montevideanos consiste en la longitud de la jabalina. El que es armado, el de visuaga [sic] más voluminosa como ellos dicen , goza de un prestigio inverosímil entre los compañeros, como asimismo entre las cellencas. Todos dicen de él con tono de admiración: "Es demasiado hombre para

---

1. ([sable arma])
2. ([hacía estragos en su carne])
3. ([inquieto])
4. ([le enorgullecen])

una sola mujer; qué buena lanza!". Se armó recientemente en un baile aristocrático una interesante discusión entre varios jóvenes acerca de quien poseía el fusil de más calibre (la potencia de los uruguayos merecería un capítulo aparte). Uno de ellos invitó a los circunstantes para la letrina y acto continuo se trasladaron[1]. Ruído de fuga en el vestíbulo. Cuchicheos en la cocina (sombras en el tercer patio escondidas en la carbonera).

El vencedor, que era un estudiante, sacó por el cuello, por encima de la corbata, algo asi como un pez raro. Los testigos en medio de una estupefacción admirativa se descubrieron respetuosamente felicitando al púgil. Alguno dijo:"Me ganaste raspando por media pulgada".

[...] por confesión se debe de médicos a la falta de consumo cerebral; todo sale por el pomo. Es por esto que no son artistas. Estos pomos, estos monumentos, estas hipérboles de Boccaccio son muy del gusto de las uruguayas, las cuales lo primero que miran en un hombre es lo que llaman el bulto. Una señora expresaba a una señorita: refiriéndose a un caballero que por lo visto no podía entrar en competencia con el poseedor del pez: "¡Mire con disimulo; ese mozo no parece hombre!" Y ponía, en guardia a su protegida contra la probabilidad peligrosa de un marido poco lancero. Se comprende que acostumbradas a estas violencias las uruguayas[2], a estas vigas no les haga efecto en minci. Pasó lo que con el borracho que cocido por el aguardiente no gusta de los licores.

Se sabe que algunos uruguayos[3] matan a sus mujeres a poco del matrimonio. Hay casados que han muerto dos y se preparan para la tercera. ¡Las infelices[4] sucumben de peritonitis, reventa-

1. ([La sala se despobló. Las señoritas desconcertadas. Los dueños de casa])
2. ([a estas catapultas temporales])
3. ([de gran alzada])
4. ([mueren reventadas])

das por un monstruo legendario, por un cabalgador furioso que le destroza las vísceras[1] Un delincuente de este género discutía con un colega sobre quién de los dos merecía ser condecorado por virilidad, diciendo: "Yo he muerto dos". El otro repuso: "Con esta es la cuarta". Esto recuerda los dos caballeros que al ponerse en guardia para batirse se dijeron: "Es el diez y ocho que mato; con que asi aprontaos"; "Y yo el ciento veinte".

Las cocottes extranjeras se asombran de la potencia asnal de los uruguayos y de de sus órganos monumentales, aunque con un pero: "Ils ne sont pas vraiment des artistes!".... La potencia de los uruguayos.

Cuéntase de un joven que echó 11 la primera noche. Se advierte que los primeros tres sin sacar, como dicen los uruguayos. Ella, con el objeto de recuperar las fuerza y por consejo del anfitrión, tomaba en los intervalos bizcochitos de oporto, mientras él llegó a consumir en poco tiempo media botella de cognac.

Al otro día, consecuencia de los excesos, no pudieron abandonar el tálamo; tenían las piernas como de trapo y unas barrancas negras bajo los ojos. Por consejo del médico fueron disminuyendo la dosis, plantándose regularmente en cinco, lo que era para el moralista un colmo de exigüidad.

Se sabe que los uruguayos solicitan una licencia para casarse, sin la cual no podrían prepararse para la comida sensual ni comer a gusto, ni hacer sultanescamente las digestiones. Por lo demás, se considera como un impudor de ridículo monstruoso que los recién casados se presenten elegantemente en público durante el misterioso pleni[...] de la iniciación, cuando los novios, a juicio de la hipocresía, deben esconder la vergüenza de la alcoba, los secretos del [...] en lo más profundo de la soledad de una cartuja.

Natural es que la recién casada teniendo que sufrir la condena de tan largo encierro, no resista a la tentación de[2] expe-

---

1. ([Un coronel uruguayo])
2. ([alargar la noche en veinte y cuatro horas, y dejarse estar])

rimentar una noche de [...] abandonándose cómodamente en el lecho, sobre emplumadas de carne, sobre edredones vellones, sobre hamacas de moaré y elásticos de marfil. El secreto de que muchos vayan a pasar la luna de miel en el campo, no es otro que sustraerse durante una quincena a las visitas de la familia las cuales, por un etiquetismo inoportuno, interrumpían el abandono lánguido de los gastrónomos. El dueño de un restaurant de Santa Lucía nos refirió no ha mucho que unos novios, pertenecientes a la primera sociedad de Montevideo, pasaron la luna de miel en la cama, haciéndose llevar la comida a la pieza donde ellos no se vistieran más que una vez durante las dos semanas de su permanencia en el campo. En el hotel de Villa Colón donde debutan por lo regular los conyugados de Montevideo, ocurre frecuentemente que las parejas no se dejan ver sino por el servicio. Esto hace pensar en las hambrientas de Santa Lucía.

[Otra faz] de la gazmoñería

La juventud disfruta [...] quien ha ligado más enfermedades venéreas en sus excursiones por el bajo. En esto y en burlar bien con quebrada en quien jugarle pierna con elegancia mas orillera. Cifran toda su vanidad, los asísticos de Montevideo. Los Don Juanes de Santa Teresa, los conquistadores de cinco reales pasan el Domingo tomando mate, en animada tertulia, con los Leones de los Marineros de nuestros misteriosos prostíbulos, entre perfumes de puesto de pescado que se respira en sus compartimientos.

Cuéntase de un joven melancólico, desolado porque todos sus camaradas habían obtenido, por lo menos, la condecoración de un chanclo [sic], mientras él, hasta entonces, no podía vanagloriarse de tan lumónica honra. El nostalgioso [sic] aspiraba con ansiedad fiebrosa a ser un elegido de la sífilis, del hada lúgubre que precipitó al cínico lusobano en las cloacas de la miseria[1] . Sospechando vivamente que una prostituta podía hacerle este regalo (Lord Byron) dirigióse a la infectada y poco después, el

1. El Don Juan de Guerra Junqueiro. (Nota de autor)

incólumne caballero pavoneábase enorgullecido con una placa conmemorativa bajo la lengua.

Ellas se saben de memoria el gracioso cuento de Catulle Mendés; la historieta pícara del cántaro que se rompió; y del hábil cirujano que compone las rupturas de la vasija materna. Las eruditas católicas no son ajenas a los secretos extringentes del alumbre, así como a los eyaculantes en "Punzó Mayor" del amuleto de hígado.

Aumentan las luzmadas nocturnas a nuestro asilo de huérfanos. Un empleado nos manifestó que las señoritas de la aristocracia hechan en [...] por el buzón, adjuntándoles una seña. La seña [...] en un hijo de fotografía de la madre [...] si se le antoja reclama [...] retrato. Existe en esa Institución sag[rada] [...] en la que figuran las estrellas de la [...] Dolce School [...]. Unos padres muy honrados [...] doctor; ni [...] señorita, falta de [...] al Expósito, con la seña [...] de una sífilis contagiada [...] por la honradez de las po[...] [...] a propósito de [...][1]

Otra faz del pudor gazmoño

Una señorita aconsejaba a otra que no se dejase galantear por un joven hijo bastardo a quien ninguna que se preciara podía aceptar. [En] efecto nadie miraba al joven deshonrado por una infámia de la naturaleza.

Una vez casados los padres del hijo de la vergüenza, éste, que pasó a ser legítimo, fue disputado por las señoritas.

Distintas cosas

Dos hijas naturales eran mal recibidas [en] los salones. Cuando hacían su presentación las mujeres las evitaban riendo estrepitosamente.

Una señorita reprochaba a otra que se metiera desnuda en la bañadera; la pudorosa tiene la costumbre de coleccionar estampillas obscenas. Muchas personas de la buena sociedad sacan niñas del Expósito de 10 a 12 años para traficar con ellas. Las

1. Este fragmento del texto se encuentra en muy mal estado. (Nota de los transcriptores)

ofrecen a sus íntimos por dinero. Esto da lugar a que en el asilo tomen muchas precauciones para ceder una niña; los varones se entregan más fácilmente, sin requisitos complicados.

Una señorita dejó de saludar a una amiga porque ésta se acercaba demasiado a su novio cuando hablaba con él en el teatro. Se debe saber que toda la familia de esta pudorosa, escandalizada, la ha corrido afanosamente. Una envió dos hijas al Expósito- la otra no era ajena a los alquileres ambulantes; a propósito se nota que muchas señoritas muy devotas juegan a las escondidas por dinero en las amuebladas con personas ya provectas. Algunas señoritas tienen un perrito cachondo aleccionado de marido para todas ellas. Se turnan el perrito. De ese modo transigen con el novio.

Se debe saber que algunas señoritas de Montevideo que no asistieron a la representación de Iris en Solis, se embarcaron poco después para Buenos Aires con el objeto de ver en esa ciudad la impudicia de Mascagni.

Las familias que tuvieron rubor de asistir a Iris en Montevideo, no tienen inconveniente de realzar con su presencia el éxito de algunas zarzuelas españolas de chiste desnudo y grueso, en que abundan las alusiones a los distintos alveólos del organismo[1]. La obra predilecta de las montevideanas es La Trilla. He aquí un pasaje:"Después de la rodada del patrón le enjarreté la untura en la vena que se le ablandaba y ahora está tan dura que nuestro amo sirve hasta para el amor: ¿Qué les parece a todos mi ungüento? ¡Víale Uds. ahora la vena al patrón!"

Al oír esto los solteros aplauden locamente; se pide el bis en medio de una orgía de carcajadas. Los maridos guardan discretamente una circunspección de censura y escrutan con disimulo el rostro de sus mujeres para notar el efecto. Las señoras y las señoritas se hacen las que no advierten; un ligero rubor tiñe sus rostros; algunas se sonríen mirando al suelo con un recato de

---

1. El autor aclara que el siguiente fragmento de el Pudor Gazmoño que aquí comienza y concluye en "Hay bis indefectiblemente", viene "después de lo de Iris". (Nota de los transcriptores).

mimosa coquetería otras con disimulo práctico se dirigen seriamente en actitud normal a sus compañeras.

Cierto que más tarde le toca el turno a la moralidad: hay una compensación matemática en la obra y obtiene un éxito estruendoso en ambos sexos, la siguiente frase: "La honra es lo más grande, es lo más sublime; sin la honritá, adiós, adiós!" Las mujeres al oír esto se hinchan de satisfacción; hallan el triunfo de sus cadenas seculares, el apoteosis de su virtuosa exclusividad, el salmo teatral de su inexpugnable fortaleza, la sanción lírica de sus candados de vírgenes. Los maridos sonríen con mesura[1] , con un placer coquetón de propietarios felices a quienes se elogia su ingenio...

Las esposas sonríen orquestalmente, fraternizan con sus maridos. Hay bis indefectiblemente.

No ha mucho se dio en el Ateneo de esta ciudad una conferencia sobre la Emancipación y derechos de la mujer. Se prohibió la entrada a las víctimas. Titulóse la conferencia:"Para hombres solos". Un estudiante, excelente moralista, estigmatizador de oficio, se ofrece exclusivamente para hombres solos a quienes da conferencias sobre el [...] derecho fisiológico de la mujer. Es sultán de varios amigos. Todos los que se le acercan perecen sin [....] El homófago no se explica cómo pueden gustar al hombre los alveólos femeninos. Es muy armado. Es el Patrono de los [...] pederastas.

Cuando murió la madre de una amante aristocrática, Montevideo distinguido concurrió al sepelio. Sin embargo ninguno de los acompañantes entró a la casa que parecía infectada por la deshonra .A una señora mientras era amante de un conocido hombre público, nadie la distinguía, todos la despreciaban llamándola con acritud la concubina. Una vez casada la mejor sociedad de Montevideo le rindió homenaje concurriendo a sus recibos. Falleció poco después de su matrimonio. Todo el mundo lamentó la irreparable perdida, los diarios labraron las más her-

1. ([agradecidos al actor])

mosas diademas fúnebres elogiando las virtudes privilegiadas de la extinta.

Cesado [sic] que a los famosos bailes ecuménicos de máscaras que se efectúan en Solís, concurren bajo el disfraz señoras y señoritas de la más alta aristocracia. Las primeras se les escapan a sus maridos con pretextos ingeniosos. No obstante nadie piense en una carnavaleada de las eximias Lucrecias. Su objeto es curiosear un rato, es darse cuenta de los hervores de la orgía, sin peligro de que nadie las critique.

Hay quien augura sin embargo (vox populi, vox dei) que las mujeres salen sin calzones en carnaval. Estos días de locura son una especie de saturnal cristiana, una vacación de la abstinencia, un descanso a [...] las pasadas tareas de los deberes conyugales[1].

Es la única época del año en que las uruguayas hechan una canita ...

Cierto que también en la fiesta de los españoles la clase menos elevada se permite unas ojeras cislace -episcopales (traslado a Tiberio). Los asilos se enriquecen a los nueve meses de estas grandes alegrías; las parteras y nodrizas ganan para todo el año; los tambos no alcanzan a satisfacer las necesidades del consumo.

Durante el carnaval las amuebladas lucen una tablilla como la de los trenes que dice: completo.

Pudor sucio

Se sabe que nuestras mujeres se descuidan el cuerpo debido, más que todo, a un escrúpulo de pudor. Si no se lavan ciertas partes con la prolijidad necesaria es porque lo consideran un pecado. Pueden mientras dura el lavaje tener un mal pensamiento. No usan irrigadores ni otros aparatos de limpieza por miedo a la fractura de la virginidad, esta aureola matrimonial que representa para ellas el precio de su liberación. Muy al contrario creen ingenuamente que la antisepsia prolija y el lavado interior son impropios de una señorita, y no tienen más uso que en las locas

1. ([un recreo afrodisíaco])

como dicen ellas. Las señoras no se lavan al acostarse porque en su concepto es un impudor cuidar excesivamente de la flor maldita de Satanás. Todo está en tener limpia la conciencia y en lavarse el alma en los confesionarios cada siete dias. Respecto a las señoritas, el perfume virginal impide que se perciba[n][1] los olores desagradables. Este deprecio por la carne, nacido en el pesebre de Bettleem, conserva toda su integridad en nuestra gente pudorosa. Consecuente con este mito se comprenden las defecaciones con los sublimes efectos genitales debido a la mínima distancia que existe entre los alveólos. En las casas todos se ocuparán de los salones y piezas de recibo, pero nadie repará en la letrina. Es un impudor ocuparse del lujo higiénico de las comunes. Estos, que nada saben de water clow [sic], cañerias, baños, videtes, jabón y tohalla, son unas cuevas de dos metros de largo, por medio de anchura, en las cuales el protagonista navega en un océano de bacterias, nada en una Venecia[2] inmunda y sale luego medio asfixiado por el pudor que allí se respira. Cambiar estas letrinas con las de última moda de Paris en las cuales hay perfumadores y bibliotecas. Estos templetes de promiscuidad cular, levantados por la pureza necia de nuestra gente, tienen una ubicación muy racional, razonable y orgánica pues, como se sabe, distan apenas dos metros de la cocina. La falta de cámaras higiénicas y cuartos de baño en los domicilios de Montevideo no simboliza otra cosa que un exceso de escrúpulos de moral la cual, severa como es, desprecia dignamente las funciones de la materia. ¡Qué gesto de repulsión hubieran hecho las [...]!

(nota) Apunte para el pudor sucio.

Tal confunden la inmundicia con la sensualidad que se oye con frecuencia decir a los uruguayos: "Una vez que se me entregó le tomé asco, perdí completamente la ilusión". Efecto del olor a chivo como diría Javier de Viana. ¡Petronios del paganismo, los adoradores de su cuerpo, los perfumados varones de Atenas,

1. ([el mal olor de las carnes])
2. ([excrementicia])

Roma y Alejandría, los poetas de los baños, ante la suciedad salvaje de este pudor hispano indígena que fermenta en nuestros uruguayos!

Otro ejemplo de pureza sucia

No hay nada más complicado en metafísica que la media pulgada que existe entre los alveólos. Nuestro público gusta locamente del chascarrillo repugnante; de esa gracia zarzuelesca de caño maestro que ellos aplauden en la conversación, en el escrito, en el teatro, con desbocamiento de hilaridad como si se tratase de un sprit hermoso. Esta clase de chistes les parece inocente y de ahí el entusiasmo que le profesan. Hasta las mujeres se muestran complacidas con el carambus inmundo que desemboca en el más grueso de los intestinos. Tratándose de la ojiva neutra, el pudor, lejos de sentirse agraviado, se sonríe con malicia como un chiquillo precoz. Pero si el chiste se equivoca de alveólo, nos guarde Mahoma de la tempestad de furias, de los crujimientos de dientes, de los sordos hamaqueos de indignación, de que son víctimas los que minutos antes platillaban a dos manos las chufletas malolientes del protagonista. En los corrillos o en el teatro las mujeres enmudecen atemorizadas o toman sus abrigos para retirarse; los hombres se agitan como víboras furiosas con la lengua afuera. ¡Válganos Dios por media pulgada, cuanto barullo! El pudor que transige con el alveólo neutro pierde los estribos, en cuanto el actor suelta las riendas a su Pegaso y este resbala por el bosque sagrado de la Diosa. Como se ve la moral uruguaya que huele castamente a cebolla y a cocina, se yergue como un Moisés con las Tablas en la mano apenas Afrodita descubre una postura.

La media pulgada es también la causa de que los uruguayos entiendan ingenuamente que la sensualidad es una inmundicia.

¿Para qué habrá colocado Dios ambas cosas tan juntas en vez de arreglarlas a gusto de los uruguayos? En el cuerpo humano como en los domicilios de Montevideo la letrina está cerca del comedor. Los sensualistas dicen, sin embargo, que esto va bien.

A pesar de todo es cosa que enternece los pudores antihigiénicos de nuestras cándidas Clarisas, sus virtudes diamanti-

nas, su cristiano poco aseo. ¡Oh moral sucia, embrollada! ¡Oh pureza inaccesible, inmutable como las nieves eternas! ¡Oh el sacro fuego de sus corazones, la cera de sus inocencias, el tabernáculo de sus virginidades, la miel de sus ternuras, el musgo de sus dientes, la noche de sus uñas, el oro de sus orejas, el zorrillo de sus sobacos, la aceituna de su cabeza, la perdiz refinada, francesa de su aliento, por donde han venido a resultar franceses los uruguayos! ¡Todo se une en santa paz! ¡El pudor es el país!

Pudor zoológico

Una señora de mucho pudor a quien le regalaron varias gallinas y un solo gallo, consecuente con su moral monógama, se propuso celebrar el casamiento[1] de dichas aves y para el efecto compró un gallo para cada gallina. Naturalmente que los varones se hicieron pedazos, con lo cual la dueña no se disgustó gran cosa, ni se decidió a transigir con el harén pues según dijo, era una desvergüenza[2] un solo gallo para muchas gallinas.

[...] como las yeguas [...] las cuales (como [...]) gozan de la misma forma que las pupilas de los gallos. Es también una gran calumnia de los orientales. Las yeguas por lo común nacen y mueren vírgenes, abdicando sus funciones generadoras en las mulas que las representan dignamente. A semejanza de las mujeres del país, las yeguas nacionales son reacias a la cópula divina. Se defienden a patadas como las señoritas de Montevideo. ¡Oh si nuestras mujeres fueran castas como las palomas! No habría paraninfos ni masturbadoras, ni cloróticas, ni neurasténicas, ni histéricas, ni hipocondríacas, ni neuropáticas, ni idiotas, ni dementes, ni místicas, ni epilépticas, ni anémicas, ni degeneradas, ni medulares! No existiera por fortuna la juventud sifilítica de la calle Santa Teresa, de las crerófulas [sic] y en los fétidos tumores se albergara en el Expinto. No nacerían como los niños de la caridad; condenados indirectamente al vejamen y al mártir [...] [....]nencia yeguariza de

1. ([católico])
2. ([semejante orgía])

nuestras zafias mujeres. No pasearon tan orgullosas con aire [...] [...]ridor de Montevideo pensando en la aventura del [...] seminales que las trompas de [...] . No bracearíamos locos de fiebre los hijos de Afrodita chapoteando en el deseo, entre una muchedumbre de cenicornios [sic] rates .

¡Cuántos óvulos fecundos, cuántos úteros colmados, cuántos repliegues mimosos, cuántos clítoris eréctiles, cuántos pubis satisfechos, cuánto licor vaginal se uniera con el esperma! ¡Cuántos himenes preciosos disputados a la baba del repugnante insecto de las tumbas!

La vampírica espermatorrea no chupara los cerebros, no destruyera la mente precipitando a este pueblo en la más [...] estulticia y el chisme. Tendríamos la literatura en vez de vicios de tinta y de neurosis de aplausos, tendríamos hombres y no parodias del sexo (chafulorías [sic] humanas) tendríamos [un] país (en vez de una necrópolis de imbéciles) [...] Qué vínculo filosófico liga a los seres de nuestra naturaleza; todas tienen una misma alma, todas las mismas tendencias, el mismo temperamento. Unicamente las yeguas de rango, (en cuyas venas corre sangre aristocrática) gozan de los sublimes privilegios de la sensualidad y se abandonan, como las mujeres de raza, como las parisienses, como las españolas, como las turcas, como las inglesas, a los deleites lascivos, al culto de la carne[1].

Se dicen en cambio aludiendo los temperamentos fríos: tener sangre de pato, cuando este animal es tan fogoso como el cerdo. Después del connubio el pato sufre un desmayo violento una epilepsia lasciva. Y como no goza tanto como la paloma un Balast de Montevideo podría parodiar la cuarteta del lisófono de su familia: v. y g.

Granada como una espiga
Al trabajo no dio tregua,
Guardera como una hormiga
Y casta como una yegua.

---

1. ([Las mulas representan en nuestras estancias el papel de paraninfos... hubiera estado en lo cierto el poeta catalán: Casta como])

O de otro modo,

> Granada como una espiga
> Fuerte como una atalaya,
> Guardera como una hormiga
> Casta como una uruguaya.

O bien,

> Yegua como una uruguaya
> (Dos términos iguales a un
> tercero son iguales entre sí)

Pudor jurídico

Unos doctores en jurisprudencia, entre los cuales hay jugadores tramposos y libertinos, se han presentado a un señor de mucha autoridad rogándole que encabezara un petitorio dirigido al Tribunal con el objeto de que este suspendiera en sus funciones a un abogado pederasta; petición que se fundaría en el pudor de las leyes.

Pudor municipal

Se sabe que por una reglamentación del Municipio, atentatoria a la libertad, existe un radio para las prostitutas, cosa inocua que no rige en ningún país. El comercio de las mujeres es tan considerable como libérrimo. Esta costumbre se remonta a la época de los Papas en Roma, cuando se creyó posible moralizar de un golpe la sociedad, suprimiendo la prostitución. Este atentado prohibitivo se basa en que es un impudor que la vecindad honrada tenga que sonrojarse a la vista de esas[1] pecadoras infames que deberían esconder su vergüenza en las tinieblas de un claustro.

1. ([reses abyectas])

Habiéndosele preguntado a un miembro de la Junta acerca de esa disposición czarina, este se limitó a responder: "No tiene Ud. hijas?"

Se debe saber a esto que no ha mucho se habló con entusiasmo de un proyecto de la Municipalidad referente al ostracismo de las prostitutas convertidas, por otra gracia del Julio Verne administrativo, en Escipiones montevideanas. Entiéndase por ostracismo el aislamiento insular de que iban a ser gracia las cellencas como si se tratase de pasajeros presuntos de Bubónica. Por el tal proyecto se obligaba a las prostitutas a trasladarse en éxodo al peñasco carbonífero llamado Islas de Ratas. Hubiera sido cómico que los graves uruguayos, al resplandor de la casta luna, fuesen a coger en vaporcito.

Un periodista liberal halló exagerado el proyecto y limitóse a decir que lo que convendría por ahora es que se les diese por cárcel el Barrio Reus. Estos pobrecitos uruguayos no saben que todo un Papa como Sixto V sentía el mayor respeto por las cellencas a quienes expulsó de Roma. Pero en vista de los crímenes y desórdenes sociales, que se produjeron en ausencia de esas válvulas a que se da el nombre de prostitutas, tuvo que reconocer su falta y abrióles solemnemente las puertas de la ciudad divina con indulgencia plenaria, Te-Deum, y bendición de San Pedro.

Pudor policial

Existe una disposición policial por la que se prohíbe terminantemente salir a la calle y ni siquiera asomar a la ventana mientras alumbre el sol a las pupilas de Santa Teresa. Esta prohibición gemela casta de la municipal que hemos referido, se funda como aquella en las inmunidades que [el] pudor de las familias debe gozar. Dicho pudor a juicio de la Jefatura, debe ser garantido por los sables y las multas pues, fuera escandaloso que la autoridad no veláse por la buena conservación de los perfumes virginales. Los guardianes[1] del orden tienen derecho a llevar presas a las

1. ([castidad pureza])

buscadoras de marchantes, como llaman los uruguayos a las prostitutas nocturnas que se lanzan de paseo. Se advierte que para salir en libertad las pecadoras tienen que ceder a los empleados de policía, lo que se juzga más moral que andar de paseo escandalizando cuando la gente ni las ve. También no deja de ser muy pudoroso que en las comisarías se ejerza clandestinamente la prostitución. Por lo demás se sabe que ésta no se permite fuera del radio. No obstante hay excepciones; los comisarios la permiten a cambio de que la dueña los acaricie[1] cuando hace frío una que otra vez o les agencie algunos budines como dicen ellos.

Noticia de última hora

Los agentes de policía de extramuros tienen orden terminante de disolver las parejas[2] después de las once de la noche. En el Parque Urbano, Playa Ramírez y puente del Ferro-Carril del este, donde los amantes pululan y se solazan a escondidas, bajo el auspicio de la sombra, los rufianes de uniforme, como los frailes del San Bernardo de perros [sic], misioneros que husmean [a] las libertinas a saltos entre las pilas y los zanjones donde los pajes de la lujuria improvisan sus alcobas. "¡Eh, sepárense; cada uno por su lado!", es el grito de guerra que espeluzna a los matreros. A unos novios sorprendidos por los perros en las arenas de Ramírez les cupo una suerte lúgubre. A él se le redujo a prisión; a ella se le acompañó hasta el tren.

Pudor[3] incrédulo

Si por casualidad un amigo hace a otro una confidencia de género galante el camarada parece no oírlo. Pocas horas después ha olvidado que tal confidencia le ha sido hecha. Su rostro expresa una incredulidad de hielo. Los uruguayos, en fuerza de no tener nunca una conquista, han llegado a considerar ingenuamente que es imposible que un hombre tenga amores libres fuera de la

1. ([clandestinamente cuando hace frío])
2. ([de enamorados nocturnos])
3. ([compasivo])

consabida Santa Teresa. Quejándose Roberto de su desengaño del placer se le contestó con gesto de disgusto que esto se debería a la baja condición de las mujeres con que él tiene amistad y le aconsejó la misma persona que se casase ... A un hombre que manifieste desvío por Santa Teresa se le considera pedante y se sonríe de su pretensión.

Pudor[1] envidioso

Si contrariamente el amigo logra que se le escuche porque se ha expresado con un misterio dramático, el oyente se aflije, ostenta un aire compungido, parece implorar con un gesto de amargura suspenso de una desesperación infinita, que se le desengañe cuanto antes, que se le diga que todo ha sido una broma. Le sucede como a los niños a quienes se ha referido un cuento doloroso y los que se tranquilizan luego con el clásico engaña pichanga.

Pudor compasivo

Cuando se oye hablar de alguna aventura galante ocurrida en Europa, Buenos Aires o Montevideo las señoras compadecen a la heroína exclamando:"¡Pobrecita! ¡Qué deshonra, se ha perdido toda la vida. ¡Y él qué pícaro, qué infame!

Otro caso de pudor compasivo:

Algunos jóvenes uruguayos, que se distinguen en sus modos por una bonomia de farináceos, ostentan en las casas de prostitución un alma cándida que llega al extremo de condolerse por la suerte de la damisela. Su primer palabra es preguntarle: "¿Cómo se ha perdido? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¡Y su familia no sabe nada! ¿Tiene Ud madre y hermanos?", haciendo de la entrevista una ceremonia fúnebre. Al cabo de un momento están los dos tristes en actitud hierática.

---

1. ([compasivo])

Pudor áspero

Los hombres son respetuosos con las mujeres casadas. Acatan la dignidad del matrimonio y creen ingenuamente que cualquier libertad les está permitida con una amante a la que consideran una prostituta y califican con el nombre de hembra. En su concepto las amantes no tienen derecho a la consideración social. Se mofan de ellas con una risilla canalla que hace pensar en los virajes picarescos de los niños cuando aluden a cosas de la carne que impresionan su sensibilidad. Las amantes son tratadas como esos indios de la Tierra del Fuego a quienes por un caprichoso desprecio se acribilla a disparos desde los buques que costean aquellas regiones.

No hay que decir que ningún hombre se atrevería a salir de paseo o a presentarse en público con una amante. Tal audacia le divorciaria de la sociedad. El y su compañera no serían mirados. A este respecto un sentimento de solidaridad intuitivo pone en comunicación eléctrica todas las voluntades para que el vacío se produzca alrededor de los escandalosos profanadores del respeto social. Los conocidos pasarían junto a la pareja bajando los ojos, con aire jesuítico, para evitar el saludo. Al día siguiente 50.000 personas condecorarían con epítetos agresivos a los audaces enamorados. A más evitan el saludo por un sentimiento que ellos llaman delicadeza. Creen los ingenuos pudorosos que una cortesía en tales casos equivale a una sanción o, de otro modo, a un complicidad rufianesca que ellos están lejos de ejercer.

Hay también algunos que por envidia manifiestan su irritación a las amantes de otros dirigiéndoles impertinencias y alusiones indelicadas con un aire suspicaz de altura principesca.

Al hablar de mujeres que hacen vida galante, las estigmatizan con el nombre de ovejas. Es una manera de moralizar.

¡Pudibundos bellacos!

En oposición a esto se halla la acometividad a las mujeres en las fiestas de Momo. Los puros echan entonces una cana al aire. Se ceban, por lo general, con las mujeres que no pertencen a la creme. Con un cinismo de lazzaroni se abalanzan sobre sus víctimas a las

que acosan por todos lados con manotones de hambriento, despedazándoles las ropas, deshaciéndoles los peinados. Y esto con la particularidad de que lo hacen para que el público vea, para que todos admiren su desenvoltura conquistadora, el toupe Terroriano de que ellos hacen gala.

¡Onanistas hidrófobos!

Cuando las mujeres se arriesgan a salir después de las 9 de la noche por las calles oscuras vuelven a su domicilio machucadas, con las raíces del cabello doloridas por las agresiones a mano de que son objeto. Los uruguayos llaman[1] a esto salir a matrerear.

¡Camastrones carnívoros!

Estas monadas impolutas ofician con frecuencia la ceremonia del becerro[2] , trátese de cualquier mujer, negra o amarilla, jactándose alegremente de estas hazañas de corsario, de estos abusos brutales con las infelices.

Trogloditas púdicos.

También es de notar la pederastia[3] in crescendo por parte de estos predicadores de moralidad. Los comunes son por lo regular los templos venusinos en que se efectúan tales holocaustos. La universidad es, según se asegura, una Babilonia de pederastas. Este vicio es consecuencia del[4] excesivo pudor de los uruguayos, de la falta de ejercicio de sus órganos genitales, del desprecio que guardan por todas las mujeres que no son esposas. El onanismo, según declaraciones de muchos facultativos, consume diariamente a nuestra juventud moralista desarrollando su imbecilidad.

Esperan casarse los inocentes Gonzagas para efectuar un acto que determina la naturaleza desde cierta edad sin intervención de sacerdotes ni jueces.

¡Connubiar mastuerzos!

---

1. ([a semejantes hazañas])
2. Becerro-Consiste en que varios individuos se aprovechan por fuerza de una sola mujer. (Nota del autor).
3. ([en pasajes secretos])
4. ([la falta de virilidad])

A propósito de la pederastia, un catedrático hacía gala de no haber tocado una mujer hasta el día en que se casó.

Como serán nuestros caballeritos que en los bailes que durante las carnestolendas se afectúan en varios Clubs, no se les permite el disfraz con el objeto de evitar[1] sus piraterías, desmanes que consisten, como ya he dicho, en manotones[2] y en bromas a cual más puro.

¡Catonianos Babuinos![3]

Otra faz del pudor áspero

En sociedad[4] se teme, se odia, a las personas libres, a las que no manifiestan sus propensiones por el matrimonio.

Un joven en una declaración que hizo a una señorita, tuvo la desgraciada ocurrencia de expresarle: "Es Ud. un sueño de Roberto de las Carreras". La señorita se indignó diciendo: "¡Cómo me trata Ud! ¡Cómo me considera!". El pudor áspero de las mujeres hace que Roberto de las Carreras se considere más seguro entre las patas de un caballo de raza que[5] a distancia de una señorita.

Se observa en oposición con esto que las señoritas en el carnaval echan también su cana al aire. En un baile del Club Español, un joven desapareció en compañía de una señora perdiéndose en las oscuridades de un segundo patio. El joven en el apresuramiento olvidó prenderse la bragueta y entró en la sala aclamado por varias señoritas que le dirigieron a grandes voces bromas y alusiones picarescas. La concurrencia se agitó como un oceáno. Las señoritas miraban gozosas la abertura del pantalón exclamando:"¡Qué poco disimulado eres!¡Le vamos a contar a Marieta! ¿Donde la dejaste, che?" [6]

¡Hijas de María!

---

1. ([los manotones explosivos])
2. ([de carnívoro])
3. ([emponzoñados])
4. ([se apuñalea con directorios a personas libertinas])
5. ([por detrás])
6. ([fue en el suelo!])

Pudor apático

Es notable la insensibilidad filosófica de las mujeres en lo que se refiere a escenas de la vida libre que se representan en el teatro o desfilan en la novela. Su pudor en cierto punto no se agita gran cosa cuando se las noticia de algún rapto pasional, de algún hecho que ellas juzgan como impúdico pues, incrédulo como es, no da fe sino al juicioso amor uruguayo que desemboca en la sacristía. Este carácter apático de las mujeres tiene que ver de cerca con las uniones sexuales. El casamiento es casi siempre consecuencia de la vanidad de la mujer que desea obtener el triunfo de ser elegida y el instinto genital del hombre. La mujer uruguaya, falta de imaginación, llana, sin ideales, sin sensibilidad, ni gusto artístico, disciplinada desde que nace a resoplidos de pulmón por el jefe de familia, habiendo respirado durante toda su vida una atmósfera de convento, no elige: acepta como marido al primer hombre que se le presenta siendo este del agrado de sus padres. En las sociedades cultas, aunque los matrimonios son más o menos convencionales, el amante reivindica para la mujer los derechos del amor. En Montevideo las mujeres se unen sin pasión con el primer venido y lo que es grave ni sueñan en tener amantes[1]. En cierto modo pareceríales elegir un impudor pues, eso de fluctuar entre la carne más o menos bien modelada, de preferir al joven de 25 años que tiene más cálida la sangre que al de 40, representa para ellas una indelicadeza latente. Es así que casi siempre, si es fiel y trabajador como ellas dicen, lo mismo da Apolo que Tersites. La hermosura y el intelecto nada pesan en su balanza. Prueba que rara vez una señorita deja por otro a su pretendiente. El pudor apático de nuestras bellas se resentiría, con ocuparse tanto de los hombres. Hay que hacer notar que el 70% se casan por despecho con cualquier insignificante debido a que un novio las ha dejado, lo que apoya nuestra aserción de que jamás eligen. No obstante el ardor político y hasta religioso rompe en nuestras mujeres su natural apatía. Una señorita a quien la mamá le daba instrucciones

1. ([son víctimas])

severas repecto del matrimonio, respondió que a ella le agradaría tener un marido siempre que este no le contrariara en ideas de partido y de religión. De solteras y luego del matrimonio son víctimas inconscientes de una rutina convencional y monótona, encariñadas naturlamente con el varón al que consideran dueño absoluto de su voluntad. No piensan nada propio; no tienen un solo deseo que contraríe los del marido. Aman hasta los defectos de este y culpan los propios sufrimientos que el hombre determina a los azares de la fortuna y a la voluntad de Dios. No hay en el mundo una mujer más enemiga de la emancipación que la uruguaya. Aman la esclavitud; algunas dicen con orgullo que necesitan ser manejadas con modos ásperos por su esposo y que deben a este todo lo que han sido. Expresan esa sumisión canina llamándolo con respeto el padre de mis hijos. El marido corresponde a esta teúrgia llamando a su mujer en tono sacerdotal, con arrobamiento místico en el que existe un dejo de humildad salvaje: mi señora, enorgullecido de que sea casta aquella que Dios le ha dado por compañera.

Otra faz del Pudor Apático.

Se sabe que muchas mujeres no experimentan las sensaciones conyugales debido a que los maridos no les revelan el placer, consecuentes en sus principios severos de moralidad de que las esposas deben conservarse castas, como antes del matrimonio. Por su parte, mujeres en su pudor apático no se inquietan al verse condenadas a perdurable abstinencia. Muy al contrario experimentan una satisfacción deliciosa al considerar que sus esposos las tratan como a divinidades sagradas y andando el tiempo se convencen que el placer les está prohibido como los judíos el manjar de cerdo. El marido es un segundo padre y es incapaz por lo tanto de abrirles los ojos. Creen las ingenuas que la sensualidad es un privilegio del marido, cosa de los hombres, como ellas dicen. Por eso durante el acto guardan a gusto del sultán una circunspección religiosa. No mueven un dedo; ni un suspiro se les oye. Están como sonámbulas con los ojos fijos en el techo aguardando con toda paciencia a que el esposo cierre la canilla. Una señora declaró

a unas señoritas que ella se encontraba lo mismo que antes de su matrimonio, que su pureza no había sufrido ninguna alteración. La señora tenía el aire de no encontrar virtuosas a las que pensasen lo contrario. Unas de las señoritas puso cara de ingenuidad diciendo que le parecía imposible. Otra repuso con viveza que ella concebía perfectamente el milagro.

Por otra parte, según declaraciones de médicos, hay muchas mujeres que debido a la frialdad de su temperamento no conocen el placer. Tienen vino Priápoli en las venas. Naturalmente sus esposos no han descorrido nunca el velo de este fenómeno. Pobres mujeres unas y otras! ¡Qué las compensará de los supremos dolores del parto! Son malas negociantes.

Aconsejó a las primeras que se rebelen contra los maridos y se agiten a su gusto. Para las segundas no hay remedio.

De un punto de vista científico nuestras mujeres son, como diría Spencer, hembras salvajes. Sustancialmente primitivas, viven todas para la especie, para el aumento de la sociedad. En ellas se suprime el individuo y solo queda el eslabón orgánico, despachadas en su destino como carne de matrimonio.

[...] con deleite su perfume, me abrevan en los humores de la vagina.

Por el honor de la sangre como dicen los uruguayos, se va al terreno, se cometen crímenes, se ponen locas, se bebe bicloruro, se escandaliza la sociedad. Y todo, válganos Dios, porque los alveólos neutros de los celosos varones son dínamos en comunicación con el clítoris de las mujeres. Ese capricho de ubicar el pudor de las mujeres en una parte tan débil, tan irregular, tan traviesa, tan tentada, tan impresionable, tan mimosita, tan golosa, con un buraco abierto por la naturaleza para que el enemigo se deslice, no se aviene con la gravedad de la honra, con el dolor de la resistencia, con el énfasis catoniano de este sentimiento, alma del teatro español, Cariátide polvorosa de las charlatanerías medievales. Así como los cascabeles que se ponen a las mulas de las cordilleras para que no sientan el cansancio, el hombre, el déspota, el dueño de todos los siglos, ha colgado de las mujeres,

envuelto en oropeles vistosos y sonoras declamaciones, el elogio de la honra para que las esclavas no se den cuenta de la pesadumbre de la que son objeto.

A propósito el verso de Calderón:

> Al rey la hacienda y la vida
> Se ha de dar; pero el honor
> Es patrimonio del alma
> Y el alma solo es de Dios.

Pobres mujeres, víctimas seculares del sofisma monstruoso de la impostura de los charlatanes, de la sugestión de esas fieras celosas que se llaman hombres! Rebelaos. ¡Romped de una vez la servil cadena que durante largas centurias os ha hecho padecer vigilias dolorosas! ¡Odiaos menos entre vosotras, no reparéis en las libertades de vuestras compañeras, no queráis ver siempre los gansos del Capitolio, los cómplices de la delatación, ayudando a vuestros déspotas en sus planes egoístas! Nadie más que los hombres son vuestros enemigos. Eso que ahora llaman pecado será sin duda el deleite social el vino hermoso de los siglos venideros. Pensad que la honra, ese mamarracho de la barbarie, contraria a la naturaleza no puede bajo ningún pretexto tener ubicación en vuestro organismo. Pudo haber sido colocada, entre los dientes o en las axilas si le hubiese antojado al déspota dominador.

Sonó la hora de vuestra libertad esclavas deliciosas. No tenéis más que pedir y el mundo será vuestro.

Haced arcos a la [...]

Cet ail de basse cuisine (Verlaine)

Pudor virgófago

Se da el hecho típico de que los hombres consecuentes con su pudoroso desprecio por las queridas no se enamoran de mujeres casadas, ni de artistas, ni de amantes sino de vírgenes insospecha-

bles[1] y entre estas mismas buscan [a] las católicas que se distinguen por sus prácticas exageradas. Los liberales uruguayos son los primeros en procurarse una mujer católica, la que luego induce al marido a las prácticas de la religión acabando por convertirlo. Varios esposos uruguayos, que de solteros se distinguían por la prédica de doctrinas filosóficas bastante adelantadas, han concluido por ser católicos. He conocido algunos heroicos apedreadores del Club Católico[2] que se indignaban más tarde si su mujer por pereza suprimía las visitas a los templos y en particular a los confesionarios. Estos se debe a que en su concepto el catolicismo asegura la fidelidad de las esposas y que la confesión [...][3]
[...] hace el temperamento, de las mujeres, si por acaso es brioso el efecto de una regadera. Por otra parte sólo el amor de las vírgenes merece a su sentir el calificativo de ideal. Siendo semi-bárbaros los orientales y por un atavismo charrúa de los más sorprendentes gustan de las vírgenes como los salvajes. Sueñan con el deleite supremo de ensangrentar el lecho en medio de un paroxismo agudo, trepitando, rugiendo, braceando en la delicia, babosos de satisfacción, entre suspiros ahogados y vértigos de cachondez. Es por eso el afán que manifiestan por la higiene espiritual de las solteras. Las cuidan como los eunucos a las pensionistas de serrallo, maniobrando para el efecto con el chisme y la delatación.

Son en resumidas cuentas una mezcla de salvajes y cristianos de las catacúmbas. Durante las vigilias del celibato se pasan lustrando a puño la sangradera costosa[4] que hará su debut triunfal en la noche de Himeneo. Los tres vintenes como ellos dicen valen más que todo Rostchild.

Nada mas típico de los uruguayos que su religioso [...] castidad, en cuanto se trata de las novias y [...] casamiento es cosa seria, dicen, arrugando el ceño, con los ojos bajos [...] es una hembra[5]"

---

1. ([impolutas])
2. ([hace cosa de 15 años])
3. Folio extraviado. (Nota de los transcriptores)
4. ([la noche de Himeneo han de hará [sic] saltar en pedazos])
5. Agregación reordenada por los transcriptores que comienza a partir de esta frase y concluye en: "Ojo mi amigo!", probablemente perteneciente al Pudor Virgófago. (Nota de los transcriptores)

Es sin duda el matrimonio
Según se acierta o se yerra,
Gloria o infierno en la tierra
Don de Dios o del demonio;

Es una grave medida
Que mucho se ha de pensar,
Y es bueno para no errar
Pensarla toda la vida.
(Francisco Acuña de Figueroa)

Tienen la obsesión diabólica de los cuernos. Es por esto que son celosos y [...] a sus mujeres, no dejándolas ni a sol ni a sombra. Recientemente un uruguayo a quien su esposa abandonó del brazo de un bonaerense hizo vestir de luto a sus hijos dándoles a entender con aparato tan fúnebre la muerte de la honradez.

Es cosa interesante escuchar las opiniones de los uruguayos en materia de relaciones cupídicas. Todos los paladines de la juventud opinan como un bizarro Tenorio con quien tuvimos el siguiente diálogo:
- "¿Qué tal esos amores?"
-"¿Ud. lo ignora? ¿No sabe que es una casquibana; que no ha sabido tener en consideración mi comportamiento de caballero[?]"
-"¿Qué ha ocurrido?"
-"Empezaré por referir a Ud. mi delicadeza. En cinco años de amores nunca le falté el respeto; me hubiese guardado bien de tutearla y menos de proponerle una caricia. Me hubiese parecido que la manchaba tocándole un cabello, que cometía una profanación; siempre quise conservarla pura, para que llevase dignamente los azahares cuando nos uniéramos en matrimonio. En la vida le he causado el menor disgusto, la más leve inquietud con exigencias indignas de un amor tan puro como lo era el mío."
-"¿Por qué ha dejado Ud. sus relaciones?"

-"He roto porque no ha sido una señorita como yo soñaba. Una noche la encontré en la puerta hablando con un individuo de esos audaces que no conocen la vergüenza ni por los forros. Yo la amaba con tal delirio que la perdoné, previniéndole sin embargo que si otra noche la encontraba con aquel granuja rompíamos los platos. Ella me prometió enmendarse. Pero fue inútil su arrepentimiento. Algunas noches después la encontré con el dragón y no tuve más recurso que enviarle todas sus cartas en un sobre enlutado."

-"Pero amigo, Ud. ha procedido con mucha debilidad. Por qué no trató de dominarla desde el comienzo de sus amores? A las mujeres, como dice Nietzsche, hay que hacerles entender a zurras lo que no entienden con la [...]"

-"¿Ud. se ha enloquecido o habla en broma? ¿Quién puede ser tan cobarde para tratar de ese modo a la dueña de su corazón [?] Sepa usted que si yo la hubiese dominado no sería para mí quien era; me hubiese parecido una mujer vulgar; a mi me gusta la mujer fuerte, que tenga a raya a los hombres, una verdadera amazona que sepa con una mirada hacer temblar al más fuerte. Esa es la mujer que vale. Convénzase mi amigo que cuando se domina una mujer se pierde por completo la ilusión-¡Cualquiera la engaña! ¡Pobre del que se case con ella; del que le dé su nombre[!] Por mi parte le garantizo que mujer a quien me bese está perdida. De eso a lo otro no hay más que una paso.

La mujer se vuelve sinvergüenza con mucha facilidad.

Ojo mi amigo!

Pudor morfeico

Las uruguayas para dormir se hacen un peinado en extremo ridículo. Consiste en estirarse el cabello[1] como carpeta hacia atrás lo más posible, haciendo rematar sobre la nuca en[2] unas trencitas o caireles que a modo de colas de ratón cuelgan de un rodete

1. ([a modo de alfombra])
2. ([unos caireles, en unas colitas de ratón que se sostienen])

nudoso torcido como una cuerda y acribillado de horquillas. Este peinado montañés, muy parecido al de las inmigrantes de Nápoles y Galicia, les hace caras funambulescas de vejetes[1] pelados. Las cabezas de las señoritas dan la impresión de cocos.

Este es un artificio pudoroso al sentir de las uruguayas las cuales opinan que conservar durante la noche un peinado elegante es propio de locas.

Una doncella satisfecha con su peinado pudoroso exclamaba: "¡Qué bien estoy así; qué fresquita!", burlándose de otra que no usaba ese artificio.Y proseguía:"¡Qué asquerosas, qué sinvergüenzas las que duermen de peinado!"

Otro caso. Una porteña preguntaba a una señorita de Montevideo: "¿Qué peinado me haré la primer noche?". (Estupefacción de la uruguaya): "¿Qué preguntas; no sabes hacerte la trenza?". Y agregó: "A los maridos les gustan las mujeres hacendosas y no las cocotonas". Otra decía con énfasis inapelable: "Una señora que realmente es señora se hace trenza para dormir". Otra: "Anoche no me hice trenza y mi marido me gritó tanto", dando a entender, babeada de satisfacción, la delicadeza del esposo. Algunas señoras [...] extreman la castidad [...] peinado nocturno poniéndose cofas. Complementan el hábito severo con el uso de un [...] cerrado hasta las orejas.

Pudor prostibular

Las cellencas criollas por un atavismo de pudor se resisten a los acomodamientos más adelantados de la lujuria. Las extranjeras[2] se ríen de estos escrúpulos de las uruguayas. En concepto de estas el placer debe llegar a cierto punto y no parar de ahí. Riñen como agrimensores por pulgadas y nada saben de la geometría de Venus.

Se da el caso de una cumbleza [sic] con cinco meses de prostitución, que se resistía ferozmente a ser gozada por un

---

1. ([trasnochados])
2. ([desencaja la mandíbula de tanto reírse])

hombre que no la solicitare largo tiempo.

Después de una ruptura de camisa y forcejeos desesperados cierto individuo que la codició tuvo que desertar de su temible empresa hasta nueva resolución de la Troyana. Hechos como este se repiten a cada paso.

Pudor galante

Las pocas "Safos" que existen en Montevideo son a cual más pudorosa. Resisten en primer término a dejarse admirar su desnudez y sin mucho abrigo y poca luz no se abandonan a los brazos del amante. No quieren saber de los refinamientos sibaritas de la sensualidad parisiense; imponen gravemente condiciones para el acto -no tocan toute la lire. Por el contrario solo chapurrean estilos criollos de mecánica lujuria en una vieja guitarra.

Se da el caso de una mujer galante de Montevideo que imploraba de un parisiense (juntando piadosamente las manos): "¡Por Dios, lo más natural posible!"

Pudor saturniano

Parecería un horror a los uruguayos que los hombres se bañasen junto a las señoras, como sucede en todas partes del mundo. ¡Hasta en España! Un fluminense enloquecido con nuestras aberraciones locales se expresaba del siguiente modo en el hotel de los Pocitos haciendo alusión al divorcio masimo [sic] de las desnudeces montevideanas: "En mi tierra no se creería que la gente de esta sociedad lleva el pudor hasta el oceano. En todos los países civilizados que conozco los seres humanos, sin distinción de sexo, penetran en los baños públicos con la tranquilidad con que se pasean en una plaza". Acaso los uruguayos no han caído en la cuenta que el frío de las aguas neutraliza los alborotos de la carne.

A lo que parece el rigor oficial de esta ridícula autonomía no está lejos de tener constancia y fuerza de juridicción en el código civil o bien en las severas faltas del derecho de gentes. Existen

como se sabe algunas líneas de frontera marcadas con cuerditas entre los países acuáticos de ambos sexos.

La castidad prohíbe terminantemente a los hombres que se acerquen a la barandilla de las fuentes a cien metros de distancia de donde [se] zambullen las señoras. Esto, sin embargo, no quita que las mujeres pasen cuando se les ofrezca junto al baño de los hombres. Se sabe que las señoritas no miran en público lo que no deben!

Cuántas entre las hechiceras de Montevideo no harían con el escandaloso que las mirase en el baño lo que la pudorosa Diana con Acteón el cual, como se sabe, fue convertido en liebre por las flechas de la virgen y devorado por sus propios perros.

¡Con el pudor de las montevideanas hay para crear una Mitología más asombrosa que la de Grecia! ¡Aunque con olor a guisado!

Pudor[1] religioso

Este pudor es muy joven; tiene apenas un lustro. Considerando Monseñor Soler y algunos otros prelados que es una inmoralidad y una falta de respeto a Jesuscristo que los hombres se hallen en los templos junto con las mujeres ha [...] la separación de los sexos, señalando la nave central para las señoras -y el trasero de las colaterales para los hombres- . Se evita, con esa determinación, el roce de las carnes y los asfixiamientos de calor que producen en un lugar santo las enaguas y los pantalones, a efectos de inconsciente una impudorosa promiscuidad.

Durante las solemnidades las iglesias dan la impresión de lujosas caballerizas con apartamientos separados para animales de distinto sexo.

1. ([feudal])

Pudor parental

Entre todos los pudores este es uno de los más furiosos y el que entraña más solapamiento[1]. Es, por decir así, el alma de este pueblo [...] en que el individuo desaparece para dar lugar a la familia y [...] interés de uno abarca el interés de todos, llegando a conmover pieza por [pieza] el mecanismo de la sociedad. El pudor parental corre libre[mente] por todos lados de casa en casa, de boca en boca, como el aire como las epidemias como el polvo, como el bostezo[2]. Hermanos, primos, abuelas, nueras, cuñados, son unas hidras del chisme y la delatación [...] cuidando de común acuerdo con una solicitud ridícula, con una [...] ignominiosamente servil, con un entusiasmo rufianesco a las [...]vias de la tribu. Hasta los amigos de los parientes de la enamorada [jue]gan un rol interesante en esta gimnasia de la lengua, en esta justa [...] la envidia y de los celos, en estas matemáticas del convencionalismo [...] de la hipocresía. Creen los chismosos de la aldea [que] cumplen [...] un deber de amistad, velando pudorosamente por las devotas de Himeneo[3]. Y a este solo título vomitan sin cesar a los padres, hermanos y aún a la protagonista todo lo que se hable de ella y de su pretendimiento terminando en un dictamen coercitivo y pesetino cuyas expresiones son las siguientes: "Es una vergüenza para el apellido -no puede perder tiempo- qué dirá el mundo- es necesario- cortar de un golpe- puede presentarse otra buena suerte Hay que echarlo inmediatamente". En cuanto a ella se la amenaza con el casamiento o se la lleva a la estancia.

Valdría la pena hacer un libro para anotar un sin número de casos pertenecientes a este género de pudor en el que no hay uruguayo que no incurra y domicilio que no sea una Pyrámide, una Palmira de leyendas. Nace este sentimiento de que toda una familia se juzgue solidaria de la conducta de la novia. ¡Debido a tal creencia llegan los arcángeles custodios sentirse vivir bajo las

---

1. ([más bajeza, más indignidad])
2. ([como la basura])
3. El papel que contiene este fragmento del texto se encuentra muy deteriorado. (Nota de los transcriptores).

faldas en comunión sentimental, en consustanciamiento místico con los ardores de la hermosura!

Lo que distingue propiamente a este pudor es el carácter de hacheros, de guardias imperiales, de pontífices de Israel que se abogan [sic] los hermanos y parientes de las señoritas.

Cada uno de estos es como el Don Juan de Núñez Arce: delator, juez y verdugo. Tienen por lo común a su servicio una policía londinense de voluntarios que les rinde cuenta de lo que se susurra, de lo que se hace, respecto de los novios quienes pasan a ser en consecuencia los presuntos reos de la agrupación.

¡Guárdenos el cielo de esta Triple Alianza del[...], Chisme, del Pudor y de la Hipocresía![1] ¡Qué form[...] cia! Es algo rastrero, volátil, nadador, trepador, chupador, que anda a saltos como la pulga[2], erizado, punzante, ovíparo, multiforme, dúctil, elástico, maleable, cabalístico, intangible, que anda en los elementos, acuático, [...], que hiere por todos lados, de distintos modos, en diversas partes. La naturaleza es impotente para luchar con ella. Sus castillos navegantes, nos [...] aeróstatos de guerra, su[3] lidita terrible[4] se introducen por los agujeros de las cerraduras, se esconden en los abanicos, se parapetan en los cafés, batallan en las azoteas, parlamentan en las conferencias, espían en los balcones, evolucionan en las tertulias, acampan en las calles, acechan en las esquinas, triunfan en las amuebladas. Los duendes de Perrault y la pulga de Victor Hugo no tienen la picardía, ni la astucia, ni la ligereza, ni la constancia de esa triple conflagración nacional, alma capitalina de los valientes uruguayos. El ejército de que [...] es tan variado como el de Aníbal. De carácter ecuménico[5], figuran en sus filas el mozo de cordel, el carbonero, la sirvienta, el guarda-tren, la

---

1. A partir de aquí hasta: "Que se alimentan del mismo pudor que respiran", corresponde a una agregación del Pudor Parental reordenada por los transcriptores.
2. ([lumínico pegajoso])
3. ([dinamita])
4. ([su electricidad pavorosa])
5. ([mercenario])

señorita, el repórter, el conserje, el barredor, la huevera, el joven, la discípula, el diputado, la adivina[1], la partera y hasta el Presidente de la República.

Todos saben a uno los secretos de cada cual; todos se los comunican; el changador no ignora lo que pasa en el palacio; el médico sabe todo lo que ocurre en el conventillo. Si vosotros no gritáseis, gritarían las piedras, dijo Jesucristo al entrar en Jerusalem. Del mismo modo puede afirmarse que si los hombres no hablasen, hablarían los buzones. Y todas las mañanas hubiera de caer como un copioso maná sobre Montevideo. Un granizo de anónimos interrumpiendo el tránsito. Calumnia quien tal dijo: se dice que las paredes oyen. ¡Es el país quien oye!

Sigamos con el pudor parental. Se nota que los hermanos son más guardianes y agresivos que los padres y demás miembros de la familia. Continuamente se da el caso de incidentes y atentados de que son protagonístas los celosos fratellos de las novias.

El pudor parental lo experimentan aun los libertinos, aquellos que se precian de poseer ideas adelantadas, de última moda y combatir a todo trance los imbéciles prejuicios de las mayorías. Indudablemente no la pueden remediar. Ellos se sienten así como violados en la persona de sus hermanas. El espasmo del connubio les viborea en los intestinos. Se diría que viven dentro de sus allegadas. Que se alimentan del mismo pudor que respiran.

Pudor injusto

'La moral en este país es carne pura. 'La calumnia y el robo no escandaliza[n] a los uruguayos. Ultimamente se ha llevado a cabo en varias oficinas desfalcos considerables sin que nadie se indigne de lo acaecido. Al contrario se compadece a los autores del hurto porque se les destituye públicamente de sus cargos y todos tratan de disculpar a los[2] lazzaroni; dicen refiriéndose al delito: "Un mal momento; se trata de un excelente padre de familia, de un esposo muy honrado"; nadie les niega el saludo -sólo a los

1. ([el bohemio])
2. ([piratas])

libertinos se les desaira después de una aventura. Es de notar que los orientales son en extremo aficionados al harmonium- ; no aumenta el número de los desfalcadores; día llegará en que se marquen con el dedo los empleados sin tacha pues, a los [sic] que se ve, la tendencia a quedarse con lo ajeno es algo innato en esta gente pudorosa. Esto hace parecer que el robo es inherente al pudor. No deja de ser un atavísmo salvaje esta falta de escrúpulos aristocráticos de los que comen con los dineros del estado. Mas lo cierto es que los ladrones y hasta los asesinos no son delincuentes al modo de los sacerdotes de la lujuria. Un crimen no causa tanto alboroto como una aventura galante, como una disertación libertina sobre las caderas de una casada, como [el] susurro de un adulterio. A este respecto la gente es severísima, implacable. No hay perdón para los devotos de Afrodita; aquellos más moralizadores no separan, sin embargo, en calumnias a todo trance, a las personas que les son adictas y, en lo particular, a las mujeres que frecuentan la sociedad. Se da el caso de que por la noche se juntan en los cafés y restaurants quince o veinte jóvenes evangelistas para matar el tiempo como ellos dicen . El verdadero fin de tales concilios es hallar en broma, inocentemente, con términos vulgares, acribillados de inmundicias de baño bajo, de las señoritas de Montevideo que tienen más lindas piernas, de los cachos o quesitos que ellos se comieron en matrimonio, así que ejerzan una profesión o consigan un buen empleo. Estos corrillos se constituyen en tribunal supremo cuando se trata de juzgar las ligerezas de una señorita que [se] halla a solas con su novio. Cuando no hay asunto de interés palpitante se calumnia alegremente; cada cual refiere a sus aventuras tras de las puertas, en las escaleras y sobre los divanes. A veces resulta, cuando crece el entusiasmo y ellos se olvidan de su papel honroso, que la casi totalidad del bello sexo no son tan vírgenes como parecen, a pesar de que rato antes las señoritas de Montevideo eran, a juicio de los camaradas, síntesis de virtud, ejemplos de alta moralidad. Si se halla en ese momento algún libro pornográfico en vísperas de aparecer, todos a uno recobran la razón, como el ebrio a la visita del peligro. En un espasmo profético se yerguen indignados y profieren anatemas

contra el escandaloso que se atreve a profanar la santidad de los clítoris. El veredicto es terrible para el acusado y termina luminosamente en consideraciones ditirámbicas sobre el pudor y el respeto a las señoras. Momentos después, terminadas las efervesencias , alguien dice: "Muchachos, vamos al bajo" Y todos se precipitan a la puerta gritando: "¡Un escote; a lo de las andaluzas!"

Inmediatamente, de dos en fondo, dados del brazo, a marcha regular entre carcajadas[1] , agrediendo a mano a las sirvientas, (cazando [...]) se dirigen a la calle Santa Teresa la alegre comparsa de los montevideanos.

Pudor espía

Este pudor omnipotente, cabalístico, enmascarado, misterioso como la masonería, resume el mayor número de actividades de los uruguayos y constituye el ejército permanente de los maridos de Montevideo. Nace de un sentimiento de moral colectiva; es un alerta de conservación; un instinto dinámico de eunucos y guardadores de mujeres, que velan por el honor de los hogares.

Hermano legítimo de la paz armada que tanto cuesta a las naciones, debe tener representación en el próximo congreso del desarme que se efectuará en Bruselas.

Los hombres de Montevideo se parecen a las solteronas por la chismografía fruto del celibato, del onanismo. Son excéntricos, envidiosos, irascibles, con emulación por las queridas ajenas. Los que a falta de dinero no han podido casarse tienen el hígado infectado. Este órgano no desempeña en los uruguayos otra función que el chisme[2]

Los uruguayos son espías por temperamento. Hombres de todas las edades, mujeres de todas layas, se ocupan con deleite de averiguar lo ajeno. La delatación es intuitiva en esta gente severa. A semejanza de indios los uruguayos poseen, tratándose del espionaje, sentidos en extremo agudos y sus percepciones se

1. ([vociferando])
2. ([Esa castidad!])

verifican con una rapidez pasmosa. No se les escapa nada a los uruguayos ni siquiera una aguja cuando se empeñan en seguir los rastros de los pecadores. Rastrean admirablemente como los perros de Diana. Dragones de mirada cabalística adivinan a las mujeres bajo el misterio de los disfraces! Gatos satánicos agujerean con sus miradas las cortinillas de los carruajes! Gozan, a semejanza de los bochimanos, de una vista telescópica. También pueden competir con los kanos del Indostán los que, segun Spencer, ven tanto a la simple vista como hombre con anteojos. Asimismo poseen los uruguayos un oído delicado no tanto para la música como para escuchar los pasos de Mefistófeles, las sandalias de Afrodita. En este sentido sobrepujan a los abispones, a los tipis y a los indígenas del Brasil de los que refiere Herndon que oyen cosas imperceptibles para los europeos. Hasta en esto de la superioridad de facultades perceptivas se parecen a los salvajes uruguayos, lo que confirma, bajo otra faz, nuestras aseveraciones sobre los caracteres primitivos de esta sub-raza.

Espionaje público

Cuando pasea un hombre con una señorita todo el mundo se conmociona, la gente sale a las puertas, se asoma por los balcones, escruta por los resquicios de las ventanas; se preguntan con tono misterioso: "A dónde irán?"; "¿De dónde vienen?"; "¿Lo sabrá la madre?";"¿Quiénes son?";"¡Qué pícaro; no se podría avisar a un celador! ¡Y qué joven que es la muchacha! ¡Pobrecita, cómo se pierden esas niñas! Esos padres que las dejan solas. Y se la mira por todos lados."

La gente se para; se ven rostros afligidos [...], huraños; los cocheros de los vehículos dan vuelta y se hacen guiños con los transeúntes. Los guarda trenes sonríen canallescamente; los conductores de los tranvías tocan la corneta: "Bartolo tenía una flauta con un augerito [sic] solo". Los casados miran a la señorita con aire de jueces demostrando un ansia loca de ser fiscales de menores. Es de notar la obstinación [...] de la mirada en que la crucifican. La asociación de estos babuinos es tan simple, tan animal, tan refleja; cuando ven dos amantes se les representa el acto y sus bocas se

fruncen, se dilatan con una risilla concupiscente de mono que se masturba a la vista de una mujer. Por el contrario cuando ven dos esposos se les aparece el [...] sacramento, la sotana, el campanario el principio de la virtud; se hacen a un lado y bajan la vista con respeto.

Una familia pagó a una sirvienta para que dijera a una señorita que no es hija de sus padres, sino que fue sacada del Expósito, cosa que la señorita ignoraba. Otro caso. Una sirvienta iba todas las mañanas durante un tiempo a intersarse por el clítoris de una señora preguntando si el señor había pasado la noche en casa. Una señora de la alta sociedad, que da los más espléndidos recibos en sus salones, hablaba con un periodista. Inmediatamente el esposo de la señora fue acribillado a anónimos. Hasta se le mandaron mensajeros informándole de las citas y de quien era el galanteador. Como si esto no bastara, un grupo de moralistas ideó el siguiente proyecto: retratar el adulterio con una instantánea del seductor y la señora in fraganti sorprendiéndoles en el Cementerio Central. La fotografía, fiel a su cometido, fue presto a referir al marido la infidelidad de la esposa. Hallábase la familia en plena mesa. Y en el momento de servirse el postre un criado entró con una carta dentro de la cual venía la delatora instántanea. El esposo sufrió un desmayo.

Formaba parte del proyecto, la impresión de un libro con ilustraciones donde se refería la aventura con todos sus incidentes. Miles de ejemplares serían arrojados como una banda de mariposas desde el Paraíso de Solís en una noche de gala.

Un policiano reconociendo una señorita fichada -tocó pito. Acto continuo se presentó a caballo el oficial inspector quien ofreció a la señorita con ingenua curiosidad [sic]. Fuera luego [sic], tranquilamente, después de haber cambiado con el subalterno una risilla de cachondez.

La misma señorita penetró en una casa de alquiler con ánimo de visitarla. Un uruguayo que hubo seguido sus pasos, entró detrás y púsose a olfatear, como perro cazador, descarada-

mente en presencia de la dama por todos los rincones del domicilio, sin olvidar el water clows [sic] y los altillos. El uruguayo creyó apresar una cita. Buscaba con ojo pícaro el hombre que la señorita debió de haber escondido misteriosamente.

Otra aventura
El gran complot

Recientemente ha conmovido nuestra aldea, ha hecho ruborizar hasta los huesos, la campaña de un tutor byroniano con su pupila, una estrella descarriada de la moral ambiente, prima del corregidor, en cuya sangre italiana, cardenalicia (el cardenal Rampolla, el futuro Papa, es tío abuelo de la señorita), arde el fuego del Vesubio, fermenta la combustión imperial de los Borgias y los Boccaresa. La noticia descuajó la sociedad, cundió como el incendio en una usina. Todos se preparan al ataque. Por donde ellos pasaban se interrumpía el tránsito; la gente llenábase de horror como al toque siniestro del carro de los bomberos. Se dio aviso a la Policía y merodearon los agentes alrededor de la pareja. En las tiendas se suspendía el crédito a la señorita. Ningún hotel les quiso dar alojamiento. En las casas amuebladas se les despedía de mal modo, se los miraba con desconfianza. Por fin encontraron donde pasar la noche.

Habiendo sabido, por los espias voluntarios en inusitado movimiento, el paradero de la pareja, unas señoritas fueron al hotel a prevenir al gerente que tenía en su casa una prostituta de Santa Teresa. Una de ellas alquiló una pieza de hotel para estar en el asunto haciendo al dueño varias algaradas, gritándole, loca de indignación, que de cualquier modo debía de arrojar a la señorita del hotel, que el novio traficaba con ella. La espía, rodeada por sus relaciones, llamó a la sirvienta preguntándole cuantos hombres le había traído el novio a la señorita durante el parto; que si la señorita pasaba hambre. Habiéndosele contestado negativamente, manifiestó la espía que era de la conveniencia comercial del joven tenerla gordita.

A los pocos días de haberse efectuado la aventura, cuando la multitud tuvo conciencia de aquella ostentación zafada de amor

libre; curtida por el latigazo en plena frente de los libertos exóticos, cuando sufrió hartería de mil vértigos fulminantes, de mil puntazos cardiacos. Cuando los lidiadores hicieron brotar el humo del testuz de la nación, se sentía el chasporroteo de la carne provocada; la sociedad, tomando altura de represalia eficiente, fingió no advertir el paso de los amantes cuando estos se presentaban en público a marcha de emperadores.

Fue como un desde [sic] legal a los que [...]. Un estigma de silencio, una ejecución de vacío. ¡Los megalómanos del país fingieron tener enajenadas las percepciones, indiferente la sensibilidad, el ánimo hiperbóleo ante la sacrílega pareja nunciadora del escándalo que marcaba con orgullo acto de las rebeldías!

Un uruguayo amigo de la señorita pasaba por delante del Hotel. La princesa al verlo, enarboló entre sus manos el primogénito regalo como para que el súbdito se descubriese humildemente.

No lo hubiera hecho. El rebelde con brusquedad dio vuelta el rostro.

Otra aventura

Un joven tenía amores con una casada de la sociedad. Los amigos del marido se turnaron para seguir los pasos de la mujer y evitar que esta se viera con el galán.

Uno de ellos de palabra fácil, persuasiva, fue comisionado por el grupo para hablar a la señora solemnemente y convencerla de que no debía continuar faltando a su marido. El comisionado cumplió brillantemente su misión evangelista; presentándose a la señora la cual, en un principio creyó que se trataba de un chantage. Sofocada, entre temblores de indignación, la señora expulsó con violencia al diplomático. Poco después Montevideo en masa comentó el fracaso de la cancillería. Y como estigma, se negaba el saludo al galanteador, del que se dijo con acritud: "Ha perdido una señora! Ha manchado un hogar! ..."

Ultima aventura

Una de las señoritas más bellas de Montevideo salió de su

casa escoltada por su novio en dirección a una calle sospechosa. Esto llama la atención de un espía del pudor el cual sigue a la pareja. La señorita penetra en una amueblada. El espía durante el trayecto requirió la asistencia de varios conocidos para atestiguar el hecho. Interin duraba la merienda de los novios, partieron del grupo cinco ayudantes de campo, mensajeros espías, que dispersaron la noticia hacia los cuatro puntos cardinales. La sociedad se trasladó presurosamente, en alas de la denuncia, al barrio infecto. No faltaron las bicicletas. Los teléfonos funcionaron. Hervía la indignación. Al salir por separado los novios [...]

[...] por una avenida de por [...] batahola de lenguas bifurcadas triunfantes, ante el vivae del grande ejército de los espías[1].

El jefe de línea, el delator generalísimo recibió noches después una condecoración de sangre en medio de la cabeza, un corona de ñandubay .

Desde entonces la señorita cambió de nombre. Virguito.

Para dar una idea suprema de este policianismo de la familia uruguaya cuyo engranaje complejo, cuya elaboración cosmopolita, las clases de la sociedad enmaraña prodigiosamente como las algas subfluviales del Amazonas, referiremos el caso de un sirviente el cual tenía una novia que no usaba velo al salir a la calle. Esto notado por los patrones de los amigos del sirviente, se conceptuó impropio; y en este sentido se le hizo saber ceremoniosamente al novio el fallo de la censura incitándole con calurosos consejos a que amonestase a su prometida.

La declaración entre los uruguayos asume proporciones paquidérmicas escandalosas. Es por eso que ni los sirvientes connubian con los hijos de los patrones, ni con los visitantes de la familia. En Castillo de Campaña una mujer del servicio insinuóse a un huésped de Montevideo con demostraciones halagüenas. El

1. Desde aquí hasta "mucho cuidado señora!", se trata de una agregación reordenada por los transcriptores probablemente perteneciente al Pudor Espía.

huésped ofendido fue inmediatamente a expresar a la señora la conspiración de la sirviente diciéndole con dignidad: "Es Ud. una ramera en vez de una criada; mucho cuidado señora!"

Ultimo momento. Gran aventura con pleito y divorcio.

Ha electrizado al mundo social el nudo de una aventura . Protagonistas: Un médico y la consorte de un espléndido comerciante.

Tipos:

El médico: Bajo, moreno, bigote oscuro, sin barba. Hipocritón; cejijunto; moralista; hombre de cátedra; de cuna inmigratoria; tímido; blanco; reservado; excéntrico.

La consorte: Una bellísima señora; intelectual[1] , nostálgica de Paris. Una italiana de fuego.

El comerciante: Un libertino dilapidador; un magnífico sultán que tuvo amantes en su propia casa: que afrentaba a sus mujeres ostentando sus conquistas[2] ; un macho dominador; un discípulo de Nietzsche.

A una orden del médico la señora enferma. Este dispuso después de auscultarle a solas que se separase del marido inmediatamente sin lo cual él no respondió por la princesa. Luego, transcurrido un tiempo, el mal se desarrolló como el médico lo había previsto y hasta la bella señora. El nigromante habló al marido que se dispusiera a gastar $ 20.000, enviando a la paciente a un sanatorio de Alemania, donde podría recuperar en dos años la salud que le faltaba. El acto de separarse en el muelle los esposos fue hondamente conmovedor. El marido por un momento olvidándose de las amantes y de los veinte mil pesos no pensó más que en la ausencia, consolado por el médico que le decía, palmeándole con suavidad: "Piense Ud. en la salud de su mujer. Qué hermosa, qué gruesa saldrá del sanatorio."

1. ([soñadora])
2. ([con espectable infidelidad])

Es imposible decir lo que lloró la señora. Al poco tiempo fuese el médico tras ella con ánimo de consolarla. La señora salió a los 15 días del sanatorio dada de alta por un mensaje que le envió el médico desde Paris. Ambos, enteramente libres y alegres como dos gorriones en la primavera, echáronse a correr el mundo en alas del placer que es el mejor sanatorio para las señoras lindas. La señora recibía mes a mes del afligido esposo cinco mil francos para atender a sus gastos y pagar el sanatorio, dinero que la señora gastaba en su convalecencia y en retribuir escrupulosamente los consuelos del doctor.

El chisme estaba en acecho como un ave inmigratoria de alas negras y mirada perforante. Varios uruguayos habitués de nuestra legación escribieron un telegrama desde París dirigido al[1] esposo de la Princesa y en el que se delataba la perfecta salud de la señora, su regocijo perverso, su infidelidad turista. Entre tanto el marido era un buzón de anónimos. Se le metían entre las piernas, ágiles como busca pies; saltaban a sus bolsillos como langostas en fuga, corridas por el viento, anónimos que él hallaba a la mesa, junto al plato, como una lista del menú, entre las sábanas, al acostarse y en el estribo del coche.

El marido que era un escéptico sonreía de los anónimos atribuyéndolos a bromas de los íntimos. Su mujer escribíale a menudo diciéndole :"¡Cuándo saldré de este presidio! Me aburre el sanatorio. Dile al doctor lo que me prueba el tratamiento"

Finalmente una carta extraviada del doctor a la señora hizo saber al marido, con gran contento de los espias, los amores de la princesa con su médico afortunado[2]

Coincidió con el descubrimiento de la carta el arribo a Montevideo de la señora y el protagonista[3] . Ella muy delicada como siempre, con aire triste, protestando de las rarezas de los alemanes. "¡Cómo extrañaba a mi médico!", decíale al marido,

---

1. ([inconsolable])
2. ([y lo bien que... las medicinas del sanatorio])
3. ([enfermos uno y otro]) [illegible]

"¡Veinte mil francos tirados!"

En posesión del asunto, el magnífico mayorista - que es todo un hombre de mundo, de carácter acerado- mandó, con exquisita diplomacia, en busca del doctor quien llegaba en su carruaje poco después repitiendo su estribillo profesional: "¿Cómo anda la enferma? ¡Cuánto mimo!"

"Soy yo el enfermo", dijo el esposo y, llevando aparte al médico, le presentó la carta traidora Sucedió una cosa inesperada. El amante desplomóse ante el marido. Un ataque de nervios inutilizó al doctor y el marido muy galante tuvo que hacer sus veces, atendiéndolo como a esos casos con éter y fricciones en las sienes de Agua Colonia. Un criado daba aire con una pantalla. Seguían las convulsiones: por fin a los diez minutos, una aguda crisis de llanto dio término al accidente. Al volver en sí, tartamudeó el amante con mansedumbre infinita una[s] excusas que dieron lástima: "Un mal momento, un mal momento", decía, "Ud. sabe lo que le quiero. Un hombre en mi caso es digno de compasión". El esposo muy amable, sereno, como marino avezado a las tormentas del mundo, obsequió con una taza de té a su paciente, diciéndole: "Tome Ud. doctor: esto es bueno para reponerse; no está envenenado. ¿No quiere unos bizcochitos?"

El marido acompañó al médico hasta el carruaje, estrechándolo con ironía: "Hasta el pleito", le dijo al saludarlo, "Guarde bien la bolsa; le regalo mi mujer".

<u>Consideraciones</u>

Don Juan ha muerto. Esta aventura señala nuevos rumbos al teatro, a la novela, al Poema. Hasta ahora el burlador, el cínico, el hombre espiritual era el amante. Desde hoy es el marido. Montevideo ha cambiado la faz del arte. <u>Voila l'imbecil</u> . Un amante que en vez de erguirse soberanamente, con gallardía satánica, se prosterna ante el conyugado al [que] debiera acribillar frases de sarcasmos explosivos!

Los honores del triunfo pertenecen al esposo. El Viejo Comendador [...] vengado de Byron.

En verdad que tal marido no era digno de ser cornudo.

¡Aberraciones de la fortuna!

El modo de ser de piedra de las mujeres da lugar a un ecuador muy caprichoso en nuestro mundo femenino. Se conoce a las galantes por las que pegan al frito y a las que no lo son -por las de coño duro : a esto se debe que en el concepto general las amantes son prostitutas (pegadoras). Esto se ve en la sociología donde se habla del temperamento de las mujeres.

Sospechada una señorita de tener relaciones con un joven; fue seguida por una rufiana. Como hemos dicho se dividen las mujeres entre las que pegan y las que no pegan. Las primeras se conceptúan inexpugnables, como plazas fuertes y el dirigirse a ellas despierta escrúpulos de moral. Es considerado como una bacalada de chiquillo, como una pedantería tartarinesca como uno de los más intensos despropósitos. Todos se dirigen a la que afloja[1]. A semejanza de los visabostas que esperan impacientes el bosteo de la vaca para lanzarse en montón sobre el manjar codiciado.

De todos modos hay que hacer honor a la ingenuidad de los perdigueros montevideanos y a su espionaje habilísimo. Cuando ya no haya país, cuando la patria se liquide, cuando se cierren las puertas del comedero político, los orientales podrán hallar colocación ventajera al sevicio de las soberanas, en la policía del Czar de Rusia, entre los bomberos más famosos de las Europas[2] muniéndoseles de automóviles y bicicletas para el mejor éxito de las campañas.

Otra faz de la inmiscuidad[3]

Un marido traficaba con su mujer la cual pertencía al más alto rango de la sociedad[4]. Presentábase la señora con el descaro de un astro (Victor Hugo) en los escritorios, casas de comercio, en

1. ([se dice entre las camaradas, se aconseja a las desorientadas, por qué no te le vas al humo?])
2. ([sería tenido en gran estima el cuerpo de espía uruguayo])
3. ([del espionaje])
4. Decíale el marido: "Si no traes dinero para comprar leche te partiré el corazón de una puñalada. Ya sabes tú que Vicente no puede pasar sin leche ¡Vicente, un hombre débil!". (Nota del autor).

la Bolsa, en el Palacio de Gobierno y en las oficinas públicas convidando a los hombres de fortuna al paladeo sibarítico de su carne ilustre, prestigiada por el timbre de un apellido patricio. Decía la Cleopatra, cambiada la salutación: "Soy hija de Fulano de tal y me acuesto con usted por cien pesos"; o bien , simplemente: "Yo soy changadora". Habiendo llegado a conocimiento de un compatriota bien encumbrado que la Cleopatra era víctima de la voracidad comercial del monstruo, marido de la señora, trató de intoxicar a este comprando, para el efecto, al maitre de hotel del matrimonio. El marido estuvo en las fronteras de la Parca por un milagro del bicloruro.

Pudor exofagal o elefantiásico

Se sabe que las mujeres después del parto deben permanecer inmóviles durante algunos días y fajarse cuidadosamente para evitar el desquicio de su cuerpo , que las carnes se desborden. Las uruguayas voluntariamente no se fajan, ni permanecen inmóviles por lo que se explica su obesidad delantera, la gelatina tembladora de su plástica. Tienen el orgullo de que su vientre abulte, la coquetería franciscana de su deformidad multiplicadoras testástiquicas, gruesas como coliseo; exhiben el pedigre [sic] de reproductores de catergoría, la protuberancia hermosa de sus talentos vaginales, el miriñaque materno. Ocurre preguntar si Santos Dumont no sería más feliz en sus excursiones tomando por aeróstatos el vientre de una uruguaya. Una señora que se faja, que cuida de su cuerpo, parece sospechosa. Se le dice con extrañeza que para qué se preocupa de sus formas puesto que ya tiene marido. Hecha la conquista la hembra debe deformarse. Una señora delgada no inspira respeto, no tiene aire de señora. Parece algo volátil, poco serio, arte picola . De esto se desprende que la balanza es quien da título de representación a las uruguayas. Cierto que la adiposidad, la amplitud ensoberbecida de las carnes acorta el paso a las matronas y pone en sus monumentos una pesadez arqueológica de[1] escombro documental , un ritmo de

1. ([ruina monumental])

buey solemne. Estas barrigas sugieren vagamente a Guerra Junqueiro: "Asoman angulos faciaes d'una / bestialidade espesa que horroriza".

Pudor exclusivista

Las señoras no bailan más que con sus esposos en las tertulias. Las iniciadas recientemente ostentan un aire compungido de garzas melancólicas. Los ojos se les caen sobre el pavimento. Los maridos hieráticos pasean con sus mujeres con pompa china. Una legitimidad, un derecho, algo así como el viático, como la constitución de un imperio.

Pudor político

Los políticos del país deben[1] guardar continencia[2].

De lo contrario la censura periodística y el clamoreo privado previenen al escandaloso haciéndole entender que no hay política sin moral.

En distintos casos hubieron de haber interpelaciones a Presidentes y ministros por haber estos incurrído, según el espionaje público, en delitos de lujuria. A Julio Herrera tratósele de impedir el paso a la Presidencia con el pretexto de que sus órganos genitales iban a trabar todo el mecanísmo de la administración[3]. Un soltero, se dijo, no puede ser el jefe superior de un pueblo porque la nación uruguaya no es sino un inmenso hogar. Agregaba un periodista, enemigo de Julio Herrera: "Quien no sabe los deberes de un padre de familia no puede ser un buen gobernante. Este hombre ha vivido entre rameras; sus manos sacrílegas, manchadas por el libertinaje, no pueden penetrar en el santuario de las leyes". A tal grado llegó la excitación de ciertos grupos contra el celibato de Herrera que se trató de hacer una solicitud al hombre público, encabezada por varios amigos para que se casase.

---

1. ([observar una conducta moralísima por lo que se refiere a cosas de la carne])
2. ([fuera del matrimonio])
3. ([ya que su celibato alegre y poco juicioso hubo dado ...])

Un íntimo se expresaba de este modo, hablando a nuestro héroe: "Cásate Julio, la diadema de la esposa será la del gobernante". Por fin el descarriado libertino prohibió terminantemente que se le hablase de matrimonio con esta enérgica frase: "¡Son Uds. procuradores de mi presunta esposa!". Hay que advertir que las solicitantes se habían entendido para el caso con la proyectada presidenta. Los emisarios corrían locamente de casa en casa buscando firmas.

El fracaso de Julio Herrera, sus desventuras, el odio de sus enemigos, la animosidad de la prensa, del alto comercio, de los hogares montevideanos y hasta de la plebe, se debe atribuir a su fama de libertino, a no haberse manifestado un uruguayo ni ~~conyugal, a que premió con sus favores gubernativos a las artistas,~~ a las amantes, a las bohemias de los tálamos. El grave comercio, la plaza, los altos círculos lunátiles, los hombres de finanzas execraron al elegante quien cruzó con el látigo de su desprecio[1] a la moral montevideana, brindando finamente porque llegase la hora de que los burgueses conservadores anduvieren en alpargatas. El Petronio no honró jamás con su presencia las tertulias de los club-sociales. Su carruaje se dirigía triunfalmente día a día a casa de las Pompadour, con gran escándalo del villorio.

Todo el mundo se ocupaba de las aventuras del galante[2]. Se inquiría donde su cuerpo descansó la noche; en qué morada se efectuó el pecado.

Llenábase de rubor la gente en el teatro viendo al gobernante dirigir impasible sus anteojos a los muslos de las danzarinas, a las palomas de la cazuela, a sus amantes que ocupaban los palcos delanteros y encendía en sus trajes maravillosos, en el prestigio asiático de sus joyas, el éxito de la representación, humillando a las villanas legítimas de nuestra aristocracia burguesa con la altivez de su gracia. Los personajes de la sociedad, las matronas de Montevideo no concurrían a las fiestas de su palacio cubierto, desde el vestíbulo hasta la alcoba, de estatuas desnudas, de

---

1. ([al sofisma])
2. ([la orgía])

motivos orgiásticos, de hermosuras prohibidas como el huerto de Satanás. El obispo entraba con los ojos bajos. La casa del gobernador daba una idea del programa sultanesco de su vida refinada, del erotísmo selecto de este Luis hermoso. Entusiasmaba de indignación a los copetudos que el parisiense, de espalda a los problemas administrativos, se ocupase con preferencia de la troupe de una Compañía. Posteriormente uno de los indignados exclamaba de que sobre las ruinas del ídolo de las amantes: "Este hombre no hay duda que sería un Bismarck si se hubiera casado satisfaciendo el gusto de la sociedad; lástima grande, su celibato lo ha perdido" [sic].

El éxito de la política, como el de la literatura se debe entre los uruguayos al pudor. Les obcede [sic] el catecismo como si [se] tratara de impotentes seminaristas. Todos los grandes problemas se relacionan con la moral. El zaumerio [sic] de la familia debe invadir la Casa de Gobierno.

El Presidente debe ser una matrona; la carne es el país.

Pudor indumentario o etiquetado

Las señoritas usan ropa interior de género ordinario, de vela de buque, bien atrabancadas en sus calzones. El pantalón francés, abierto por delante, se considera impúdico; nadie lo acepta. Lo mismo sucede con la ropa fina adornada con puntillas, encajes y lazos, que se juzga como el pantalón francés de la calle Santa Teresa. Con las trencitas que figuran cuerdas de buque y la vela de lona, las uruguayas desafían las temperaturas de la carne. Las señoras usan un traje austero en relación con sus dignidades; uniforme liso; nada de cortes airosos, gorra, pocas alhajas; se permiten a lo sumo un violáceo episcopal, un gris taciturno, un pastel enfermo, una fantasía para casadas. A las señoras les está prohibido pintarse el rostro, encenderse los labios , dorarse el cabello. Un marido manifestó que si su mujer le pidiera permiso para usar afeites él la mataría de una bofetada ; y que si los usase sin su consentimiento, la consideraría adúltera.

Los uruguayos con ese olfato que les es peculiar conocen a la distancia a los esposos y a los que no lo son ya sea por el modo de

caminar, por el garbo, por la indumentaria, por la serenidad hierática, por el volumen parsimonioso de los primeros, o bien, por el aire libre, por la ligereza de gorrioncitos, por la sonrisa revolucionaria, por la marcha polirítmica, por el traje alegre, por la esbelteza de los que entienden el amor como el Ingenuo de Voltaire[1]

Con frecuencia se oye decir en un balcón o tras de una reja: "Mira que monada; estos sí que son casados. ¿No ves? Tiene vientre la señora. ¡Y qué moderadito el color de la bata!" También se oye exclamar: "Mira mamá, qué rico este matrimonio. Son recién casados porque ella tiene cintura, ¿no ves? Qué juntos van.¡Y qué señora, así da gusto!Lleva un traje liso para no llamar la atención y nada de escote ni de pollera ajustada".

Las modistas de Montevideo ofrecen la pudorosa particularidad de ser anti modistas, es decir, enemigas de la moda. Las extranjeras no le van en zaga a las uruguayas y parece que consultan con el señor obispo antes de decidirse a elaborar la ropa conforme a los modelos que llegan del Viejo Mundo.

Una, la más eximia, hace propaganda por lo que llama con énfasis sacerdotal, traje señor, "toilette monsieur" . Colores oscuros, pocos pliegues, nada de escote; voilá "la toilette monsieur" que la erudita pregona.

La tal modista esconde los figurines de la tentación en que aparecen vestiduras con escotes para calle y para paseo, de modo que persuade más fácilmente a la clientela de que nada es más hermoso que una rica "toilette monsieur". No le falta elocuencia, parábolas, gestos aderezados, verbosidad de peluquería para

---

1. Con este personaje simboliza Voltaire la razón de la Naturaleza sobreponiéndose al dolor y a la estupidez atávica. Desentendiéndose de jueces y sacerdotes penetra el buen hurón en la cama donde su novia hallábase entregada al sueño. Esta despierta con sobresalto sintiéndose presa de los voraces abrazos de su idolatrado ingenuo, de las deliciosas quemazones que le produce el mozo en sus desnudeces más recónditas. Apenas atina helada a decirle: "Qué quieres, hurón mío; qué haces; te has vuelto loco?" "Me caso. Me caso", es la sola respuesta del razonable galán. Y, en efecto, se casaba el hurón hace dos siglos como se casan hoy los que no inclinan la [...] ante la más baja de las supercherías, ante el más ridículo de los [...] de la sociedad (Nota del autor)

conocer a sus visitantes y sobre todo a las artistas que el escote no es bonito, que no hay nada que parezca más a una señora que un cuello altito, que llegue hasta la barba. Con este motivo tuvo una larga reyerta con Lafons empeñándose en desvestirla por "a + b= x" que la moda del porvenir sería, [...] indudable[mente], la "toilette monsieur" y que, para entonces, todo el mundo se acordará de su predicción.

Una señora que ignoraba el álgebra y que por consiguiente no se convenció con las razones del "a + b=x", pidióle un escote de último capricho. Entonces la modista, algo picada, expuso que tenía previamente que hablar con el marido de la señora, no fuera a creer que era ella, la modista, quien le metía esas ideas en la cabeza. Agregó con gravedad: "Una modista sin conciencia no es modista".

Se sabe que en París estan en uso unos escotes hasta el ombligo, cosa por demás naturalísima. Tal moda en Montevideo se consideraría monstruosa. ¡Ay de la que confundiendo a Montevideo con un barrio de París, se atreviése a salir de escote[!] Sería conducida a la Jefatura como escandalosa, por el primer guardia civil que la notase. Los hombres se creerían en el legítimo derecho de asaltar sus desnudeces y es seguro que la infeliz entraría en el calabozo con los senos en pelota. Los uruguayos, que son menos que inocentes, llegarían a considerar que la mujer se le ofrecía del modo más ostensible al enseñarles públicamente lo que es secreto del matrimonio.

Por un fenómeno inexplicable los uruguayos respetan los escotes en la Opera y les parece tan natural en ese sitio como que las mujeres se desnuden para bañarse. La carne no les tienta en las funciones líricas. Será porque la música neutraliza los efectos de su cachondez hidrófoba o bien será porqué será pues, que los uruguayos tampoco podrían explicar el porque de su ridiculez. Al drama no se va de escote porque el drama es serio y porque los uruguayos consideran que el arte dramático no ocupa los honores de la música. Parte esta convicción filosófica de que en la ópera hay a la vez drama, canto, orquesta (esto y mucha cosa que no se vé; la ópera es más compleja). Habiendo más ruido en el escenario

tiene que ser la ópera infinitamente superior al drama. ¡Bien por los uruguayos!

Una señora se presentó osadamente de escote en el drama ocupando una localidad muy bien situada. La gente se sobrecogió como si alguien se hubiera puesto a bailar en un entierro. Los hombres pasaban por turno detrás de la señora haciendo como que buscaban el número de su sillón y, con un exquisito disimulo de comisario de investigaciones, se inclinaban con avidez echando una mirada en el escote para sondar hasta adentro una mirada lechosa de neófitos de pecado, de niños masturbadores en que dejaban el alma. Los uruguayos son respecto a las mujeres como los inocentes que dejan los ojos en las vidrieras de las confiterías. Se contentan con poco nuestros ilustres cachondos: ¡Mirar[1] muchachos! ¡No ser tontos! ¡Más eso que hacerla con aceite!

La indignación contra la señora dentro de bastidores debió salir en los diarios. Algunos habitues decían: "Esta hecha una bufa" (Bufa quiere decir en uruguayo: mujeres que se adornan con elegancia). Entre nuestras mujeres que se visten con más sencillez que las amas de llaves y las aparadoras de París, las bufas son detestadas, bien que apenas haya media docena. Se oían voces en los grupos como las siguientes: "Hay que echarla del teatro";"Es un escándalo que se la admita". Un uruguayo se permitió decir que la señorita estaba muy elegante. Otro que lo oyó repuso sin conocerlo:"¡Tiene Ud. muy mal gusto!"

En Montevideo se consideran sólo elegantes los trajes moderaditos. Cierta modista rival de la citada, se indignó ante la insistencia de una cliente que le pedía un escote que no fuera toilette monsieur por lo cual dando pruebas de despecho malhumorado presentóle la madama un escote de orgía que abarcaba espalda y vientre, diciéndole con sarcasmillo:"¡Va Ud. a estar muy espléndida!"

La elegante tuvo que llamar al orden cierta vez en que la insurrecta insistió sobre la razón de poner al traje cinta negra en vez de malva y granate como se le exigía. La modista exclamó con

1. ([que la mamá no les va a prohibir])

tono recriminatorio: "La gente va a hablar mal de Ud. señora y también de mí".

Sólo en Montevideo se puede encontrar modista que en vez de hacer el reclamo de la moda, complacen en todo a sus clientes y fomentan el buen gusto, hacen propaganda ardiente por los hábitos monacales y no tienen en su paleta otro color que el oscuro.

Hay otras modistas que sin hablar obran a su voluntad con política espartana, haciendo caso omiso de la clientela. Estas agrandan los trajes, abultan el vientre, dejan la falda suelta, anchota. Tratándose de señoras ellas no hacen el traje al cuerpo y multiplican su ingenio para dejar a sus clientes sin cintura y sin contornos.

La creadora de la toilette monsieur al ver a una elegante, partidaria del escote, con un traje ancho desgastado, moderadito, exclamó embelesada, conmovida hasta los huesos, abriéndole los brazos como a un hijo pródigo:"Ahora sí que es Ud. una verdadera señora; una señora elegante!

Pudor literario

"El arte sin pudor es letra muerta". El estilo evocador, disonante, plúmbeo de los albatros enunciadores de nuestra grave literatura, de las pitonisas que cantan desde su trípode los secretos del Porvenir, impide que se escuche el frufrúo de la manera suave y deleitosa, el lánguido fraseo de la pereza galante, de la hermosura entregada, de las aspiraciones quejosas en que se inician las flores lúbricas.

El Pensamiento que no huele a doncellas inmaculadas, a flores de naranjo, a mirra de consistorio, se considera fácil, superficial, sin mayor importancia, arte de juguetería, pedregullo del ingenio, travesuras del escándalo.

La emoción por la desnudez, por la juventud violenta,[1] por los filtros satánicos de las enajenaciones espasmódicas, por los misticismos de la plástica omnipotente, se atribuye a espíritus

1. ([por los desvíos del placer neurótico])

enfermos, a oscuros alienados que aterran en su aljaba las visiones de la anemia, de una intelectualidad hecha a remiendas, sin erudicción, sin bríos, sin aliento filosóficos para ceñirse en lo alto.

Menfis, Atenas, Alejandría, Sybaris, Babilonia, París, el arte de las civilizaciones mismas de las carnes floridas de las sensibilidades complicadas, de los cansancios elegantes, no simboliza otra cosa para los primitivos uruguayos que una irreverencia por el deber, que un atentado a la lógica, que un descarrilamiento de la razón severa, gracias de libertinaje, embriagueces de trasnochaciones que pasarán con el tiempo sin arrugar la frente de Minerva y sin haber empollado, para los siglos futuros, el huevo de los inmortales.

Armand Silvestre, Swimburne, Pierre Louis, Baudelaire, Mendés, Oscar Wilde, Paul Adams, D'Anunzio son para los uruguayos personajes ficticios, algo así como sombras shakesperianas que velan en las librerías. Puede darse por seguro que si estos autores hubieran nacido en Montevideo, existirían en el concepto de locos, delincuentes pues la moralidad del país juzgaría como tales a quienes le brindaran en bandeja de oro la sabrosa carne de [...]

El pudor literario explica perfectamente el fracaso de algunos libros eróticos, confeccionados con arte, de un sensualismo ducal. Una obra de arte género subversivo, publicada no ha mucho, causó pánico en el país. Hubo un complot de silencio. Los críticos y la prensa se aliaron con las familias para apagar la llama; los catadores retóricos enmudecieron sensatamente. Las librerías rechazaron el libro; en la bolsa los traficantes bramaban contra el autor, olvidándose de los negocios.

Los intelectuales negaban a la obra valorización artística. Un escritor achacóle con irritación dos peros gramaticales. Los megalómanos exclamaban con altura que definir caderas, que ocuparse de las curvas de una señora, es un asunto imbécil. El público parecía dar a entender que hubo esperado del autor una obra seria, de alcances sociológicos, de utilitarismo para el país. Es una obra pésima, es una obra inmunda; exclamaban los sucios, crispados de indignación, se trata de un pobre loco; semejante

librelo [sic] debería ser quemado en medio de la plaza. La zafia aldea enroscóse como una víbora contra un periódico amigo que hizo elogios de la obra.

En este pueblo salvaje existe, al parecer, un código no escrito para los literatos. En él se marcan temas, el autor debe ceñirse a la legitimación vigente de los gustos montevideanos. Se pueden escribir cantos a la patria, novelas sentimentales, panfletos económicos, oraciones políticas, piezas inocentes, para el teatro, tesis de sociología y de estética literaria. Nada de carne. En todas partes del mundo una obra de gran estilo siempre sonó por el asunto que le da vida, por la belleza desinteresada, por el mérito intelectual que la realza. En nuestro país no reconocen las prerrogativas del arte que es como quien dice potestad de los pueblos, el derecho de gentes, las libertades del individuo.

Una faz interesante del pudor en la literatura

Ha llegado a tal extremo la furia de la castidad, la neurosis anticoitiva que el señor Sierra, hombre de letras del Uruguay ha escrito todo un tratado contra la calle Santa Teresa. En tal libro se sustenta como tésis sociológica con absurdo de fisiología, la necesidad absoluta de dar fin a la prostitución. El tratadista después de hacer una pintura horripilante, un desnudo viscoso , un cuadro vivo de lo que ocurre en esa calle, parece dar a entender que la moral de los hombres consiste en privarse del connubio hasta luego del matrimonio. El señor Sierra ni piensa en las amantes, ya sea porque no las hay en el país o porque no concibe que las tengan los uruguayos quienes, como se sabe, pasan de un salto desde el prostíbulo al hogar, que es como si dijéramos, de cama a cama...

Demás es decir que el libro del señor Sierra aunque produjo gran alboroto y fue recibido con muestras de entusiasta aprobación, no pudo conseguir que los mismos que aplaudieron, abandonaran a las prostitutas... Uno de los lectores más amigos del señor Sierra exclamaba con un desplome de incertidumbre: "¡Qué diablo, tiene razón! ¿Pero qué hacemos si se nos quita Santa Teresa...?

Este pudor de la literatura tiene por fundamento filosófico la conservación de la honra, la propiedad de la mujer. Temen los[1] moros uruguayos, los esclavólatras feministas, los cabañeros conyugales, que se les hurte la esposa, que la corrupción las contamine, que las pervierta una sonrisa del Lucifer hechicero, que la carne ignorante de sus compañeras se exaspere con violencia en posesión de los secretos que a Salambó se prohibían. Ellos ven el Mercurio de la diosa insomne ofreciendo [...] explosivas sexo inerte de las esposas. Temen las revelaciones del placer, los halagos de refinamiento, los guiños de Mefistófeles que la nueva de la libertad futura electrice las virgenes matrimoniales. Un libro erótico se considera entre [...] maridos un crimen de lesa-hogar.

Por las mismas razones se explica el triunfo de obras mediocres, de glosas serias sin sustancia creadora, que vienen a reforzar el andamiaje pétreo de la moral vigente, que pasan de largo por el clítoris de las mujeres reconociendo la soberanía conservadora de los patrones de Montevideo. Estas obras son las que los maridos hipócritamente clasifican de serias, dando a entender con esto que la gravedad barbuda es inseparable eterna de la virtud apostólica. En este mismo concepto juzgan lo grave como profundo, como intelectual en esencia. Es por esto que se les compara como rayo del Sinaí, como el ceño de tetragramatrón, el aire metafórico de ciertas literturas. Nuestros autores son policías de la castinencia, guardianes del matrimonio, palafreneros del statu quo, ayudas de los maridos, candados medievales de las esposas uruguayas. Los maridos, almibarados de gratitud, remuneran con el incienso, con la admiración estrepitosa, con el elogio glorificante, a los literatos castificadores. Hasta los solteros toman parte en este hosana. Ellos en posición de que serán esposos, se precaven contra el peligro. Pues en su concepto aplaudir a los moralistas es echar tierra a los libros revolucionarios, es poner la planta a tiempo sobre la cabeza de la serpiente. ¡Válganos Dios! ¡Todo el mundo es marido! Por lo pronto los futuros cónyugues tienen temor de que sus novias lean

1. ([Otelos de la burguesía])

los libros eróticos. La virginidad, como ellos dicen, es un cristal transparente, no hay nada mas delicado, cualquier aliento lo acompaña.

Mujeres vi de virginal limpieza.
Entre altas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse ví, y en lodo y pesadumbre.
(Espronceda)

En concepto de un escritor uruguayo es absolutamente imposibie rehacer una virginidad. (Traslado a un fonologista):"Tu eres mujer, un fanal. / Transparente de hermosura,/ Ay de ti! Si por tu mal./ Rompe el hombre su locura./ Tu misterioso cristal."

Extrañándose un estudiando [sic] que en el texto de literatura no se hubieren incluído los cantos de Salomón, interrogó al catedrático sobre ese particular. Este dijo simplemente:"¡Cómo quiere Ud. que en un libro serio se estudien inmoralidades! ¡Salomón es para la calle Santa Teresa!"

No soñó nunca Henrique Heine en nuestra cachondez escrupulosa, virginal, al concebir su frase munificente sobre el espíritu de la Biblia: "Le mot se trouve dans une modite sacre qui dorme le friscon".

Es notable el concepto que el desnudo merece a los uruguayos. Un nuevo charrúa queriendo probar el ningún valor literario de una obra sensualista exclamó con sarcasmillo:"Me hace bailar el mono".

Este mismo catador decía de Armand Silvestre:"Un chancho!"

El pudor literario; es legítimo de España, como todos los demás pudores.

Refleja la llama roja de la inquisición; es un personaje del Escorial; ha dormido durante largas centurias en las celdas de los conventos; el Index cristiano lo enarboló sobre un cilicio; desde

Cádiz hasta Madrid los antiguos caballeros paseáronlo triunfante; las bibliotecas de Castilla le sirvieron de tabernáculo; las vírgenes de Zaragoza lo abonaron con su perfume.

En el día los escritores de España continúan con entusiasmo defendiendo este pudor. Los hombres de periódico y de novela, los lingüistas, los filólogos, los coleccionadores , los poetas, los corresponsales, de común acuerdo fustigan el naturalismo cárneo, los derechos que la razón acuerda a la mujer, la libertad del connubio, las mieles que el esposo disfruta a la anatomía.

En diccionarios, léxicos, prólogos, traducciones y siluetas biográficas se estigmatiza con irritación a la diosa sensualidad, se definen los placeres de los nervios como vicios repugnantes, no se quiere saber nada con la arcilla combustible, [se] le teme, se le excesa, se le rebaja como si los hombres fueran de cartón y esta materia [...]capamiento, con hinchazón de náuseas diése del modo que el perro al gato a su enemiga la carne.

El pudor literario de la decrépita España enloquece a la Verdad, trastorna la inteligencia, derriba las leyes del buen gusto, se burla de los autores, modela a capricho las tesis de los sociólogos, corrige el pensamiento, disfraza los estilos, entra a degüello en las academias, castra la antigüedad, cristaliza el paganismo, convierte a Venus en la Virgen Madre, hace español Kaliodama,[1] fraile a Sócrates, moralista a Dumas, montevideano a Byron (Núñez de Arce)

Ejemplos

El Honor de Schuderman es, como se sabe, una obra cuya tesis libertaria combate el sofísma ridículo de la honra en las mujeres. La traducción castellana de El Honor es traidora del dramaturgo pues exalta el sentimiento de la honra o, lo que es lo mismo, afirma todo lo contrario a lo que dice Schuderman. Los traductores hispanos llaman cándidamente a este degüello atentatorio "adaptar la obra al gusto de la Península".

---

1. ([Buda y Horacio])

La Fortain de Goncourt se convierte en muchacha pudorosa, viendo asi que la protagonista es una histérica sin escrúpulos que naufraga en el delito.

El pacienzudo Menéndez y Pelayo, coleccionador galante de las odas de Horacio, ha suprimido dos de las mejores silvas del amigo de Mecenas acusándolas de que ofenden a la moral en los siguientes términos de su advertencia al público:"Es forzoso eligar [sic], entre las que conozco, las menos malas, para que ninguna de sus poesías liricas deje de leerse aqui; fuera de las dos odas del Epodon "a una vieja libidinosa" las cuales por su extremada obscenidad, que llega hasta lo soez, y tabernario, no parece bien que corran con romance, ni menos en un libro popular y destinado a la común lectura.

Recientemente el español Bartolomé Amengual ha traducido unos retazos del Quo Vadis? , los únicos que merecen el honor de la lectura, por la decencia de las deconfeciones.

El señor Amengual ha creído aleccionar a Sienkiewiez dándole al mismo tiempo una prueba de alta estima.

Ha corregido paternalmente las escenas del polaco con el apoyo más entusiasta del arzobispado de Sevilla quien da a enternder que el autor habíase internado en casa de Petronio sin acordarse de San Pedro. Reconoce el protagonista que la purga de Amengual ha sufrido gran efecto en la novela Quo Vadis?.

Por su parte los editores acribillan las obras que se traducen al castellano con infinidad de notas impertinentes, doctrinando contra los autores, haciéndoles sofistas o libertinos, indultándolos en ocasión a veces con indulgencia. Roen, de paso, los trozos atrevidos, las ideas pecaminosas que en su concepto atentan contra la moral de España.

Resultan, las más de las veces, la obra traducida, un debate universitario interrumpido, fogozo, en que un honrado librero de Madrid combate con sus lóbulos catecismales la tesis de los ilustres.

Las amantes españolas no asombrarían al mundo a no ser por las literaturas extranjeras que las han estereotipado, que las han fundido en el metal diuturno. Ha sido necesario que, lisóforos

venusinos de la estatura de Byron, Merimé, Chateaubriand, Dumas y el gran Alfredo oficiaran [...] a las divas de amor nacidas en la tierra de la molicie y el vino. Que Biset en un desdoble mosaisco melodizáse a Carmen con música española en la que hay sollozos árabes, nostalgias de torero, cóleras del mar Cantábrico, celos de pantera, enloquecimientos de crótalo, desmayos de zampoña, languideces de guitarra.

Cádiz gracias a Byron ha venido a resultar inglesa, del mismo modo que Sevilla por los favores de Merimé es una ciudad de Francia.

El Don Juan, personificación del hombre libertino, del Satanás moderno, la paradoja humana que estremece con sus apóstoles la bóveda social de los hogares, fue obra del bardo inglés que dio relieve inmortal a su figura insolente. Inés la encantadora reina del edén de Andalucía, el asfódelo milagroso de la gruta de sal, fue absorbida por la literatura de Albioni. El gran romántico la sacó a fierro del vientre constreñido de la católica España. Y así desfilan adoptadas regiamente por el arte de Europa y las Eloísas y las Dolores, las Eulalias y las Emas.

España no existiría si no fuera por sus mujeres, aquellas hembras tempestuosas que algaraban de su religión para huir al desierto en brazo de los musulmanes que escapaban furtivamente de las celdas bajo los disfraces de la seducción; aquellas que en el seno de las cartujas, bajo el calor de las fiebres espasmódicas se dirigían sonambuleando a las alcobas de los frailes jóvenes para ofrecer a Atenea la inviolabilidad de sus carnes martirizadas por el hábito[1]. Gloria a las emperatrices que naufragaron en semen, las que[2] de lascivias galas, néctares lubrificantes y lenguas apetitosas sufrieron grandes harturas, las que se abandonaban en los campamentos tricolores, donde cernióse el águila de Napoleón a los heróicos franceses, saludando en las quintaesencias paganas el desmayo sabroso, en brazos de los bienvenidos el baleo enagenante, el placer filosofal. Es una calumnia de la historia, el más grueso

1. ([roídas por el rabioso deseo])
2. ([probaron humedades tibias])

falso de los maridos de España, que las nietas de los árabes hayan luchado contra los franceses, arrojándoles agua caliente. Por lo contrario un escritor galante de aquellos tiempos felices asegura que los bellos oficiales del Emperador eran disfrutados por las madrileñas que, escapándose a los padres y a los esposos, iban a pedir posada, locas de sensualidad, en las tiendas de la conquista. Al retirarse Napoleón de España los franceses lloraban amargamente teniendo que abandonar una plaza de concupiscencia, una mina de mujeres encantadoras[1]

En cambio las uruguayas no se entregaron a los valientes del Brasil que vinieron con Lecor, ni a los hermanos ingleses que se apoderaron de Montevideo. ¡Qué degeneración de raza! Los árabes no conquistarán este mendrugo; no lo han de convertir en un venero de amantes importando el vino del Chiraz en nuestra cepa criolla.[2]

¡Abandonemos a las uruguayas!

¡A Madrid libertinos! ¡A Cádiz, el paraíso Andaluz!

Allá nos esperan impacientes la Padilla encantadora con celos de potranca turca, la Montálvez, son el segundo turno; escapada al imbécil Pereda! Currita Albornoz, la víctima[3] coloma [sic], Teresa la sensual sonámbula, la amante de Jesús convertida por los montevideanos en la protectora de la inmundicia; las Venus efervescentes de Espronceda y Campoamor, las ninfas semi-desnudas que viven entre los naranjos en la verdosa Granada, las golondrinas de los patios andaluces estrelladas de claveles, eróticas de perfume, que sueñan lánguidamente con ojivas, torneos, cabalgatas y aventuras.

¡A España libertinos! ¡Despreciemos una vez por todas a las vírgenes del Uruguay! Corramos a plantar nuestro estandarte en

---

1. ([y algunos hijos que le dejaron para recuerdo])
2. ([Nadie espera la resurrección de esta carne cadavérica de las mujeres del país])
3. ([cristiana de padresito])

el seno de las Madriles. Hay un harén [en] el mundo donde se habla nuestra lengua. ¡Vamos a ser sultanes!

Afortudamente para el romance, para el orgullo del sexo, la propaganda de la continencia ha tenido que deshacerse en España luchando con el jerez bravío de la sangre, mezclada con el Málaga insurrecto que la caliente Arabia puso en el odregodo.

En nuestro país el catolicismo ha triunfado sin esfuerzo.

El vino Pinápolis que mezclado con leche ingenua de los tambos circula mansamente por los caños de nuestras hembras, se ha ofrecido sin condición a los sofismas tiránicos del tiempo oscuro. De allí que las montevideanas anémicas, tan distintas de las briosas reinas de la metrópolis, jamás se desboquen, jamás rompan el freno despidiendo en un balance a su cabalgador tomando campo abierto con rumbo a los gloriosos destinos de la belleza.

Pudor consejil

Este sentimiento colectivo es congénito en los uruguayos. Converge al matrimonio, a la honra y a la moral privada. Diluvia contínuamente alrededor de los noviazgos y tiene por divinidades el juez y el sacerdote. "¿Cuándo se casa? No puede hacerla perder tiempo . Es una señorita muy virtuosa; le ha sido muy constante. ¿Qué espera? ¡Cómo hablará la gente!" Así se expresan los intermediarios, los corredores de matrimonio, mostrándose amables o duros según las circunstancias, y el temperamento del galanteador. En casos graves constituye una alianza instigadora entre las familias y los amigos. Todos a una intervienen solemnemente con diplomacia estudiada, invocando las sombras de los muertos, poniendo por anatema el mito de la mancha, el arsenal de la crítica, el degradamiento del nombre. En todo lo cual persiguen, los muy ladinos, recurriendo a la tragedia, el acollanamiento ante el código de los dos amantes, de los imprudentes cínicos que viven, como se expresan ellos, en escandaloso concubinato.

Cuando se trata de encubrir un adulterio, de poner tierra a un escándalo, de reconciliar novios o cónyuges se ofrecen, nuestros corredores a los interesados, con una galantería deleitosa de

abate de Palacio en tiempo de Luis XIV. Con el índice puesto para Misterio[1] entre una turba de rufianes ceñudos y apesadumbrados que se esmeran en su misión ortodoxa de componer el hímen, deslizar un anillo.

Pudor[2] de arrepentimiento

En concepto de los montevideanos las mujeres que han cometido una falta deben arrepentirse, mostrarse compungidas, no salir a la calle, retirarse a la campaña, hacer penitencia, visitar mucho los templos.

Sus amigas hablan con turbación religiosa de que un pícaro la engañó, de que la joven ha tenido una desgracia. Parece darse a entender que la señora no ha tenido ninguna complacencia en su desventura; que por lo contrario ha sufrido. No se concibe que la delincuente no haya cambiado de fisonomía, que tenga un aspecto normal, que no se afloje, que se muestre en público, que no haya desmejorado. Esto parece una desfachatez absurda. En cambio se espera que la recién casada se transforme favorablemente en menos de 15 días, que florezca, que primaverice, que aumente el volumen, que su rostro se tiña con los más vivos colores matinales. Sugiérese que la casada tiene la concesión de goce, el privilegio de la cópula divina. El dulce le hace provecho. Verdad que una digestión tranquila es la base de la salud.

Una amante recién estrenada hallábase de visita en casa de una plebeya. Después de un rato de silencio se la trajo con insinuaciones al campo de batalla ... Se habló de honritá [sic]. Las circundantes tomaron aire sacerdotal de confesores benevolentes. Se miraba con tristeza, con desesperación a la pecadora. Parecía rogársele que llorara que se desahogase, que refiriese su desventura que ellas la consolarían. Después de todo no era la primera: "¡Dios ama a sus ovejitas; es tan misericordioso; quién no tiene un mal momento!"

1. Montaigne (Nota del autor)
2. ([judicial])

Deja, loca mujer la danza impura,
Arroja tanta gala mundanal,
Y en vez de la brillante vestidura
Toma de penitencia ancho Sayals

Elévense tus pieses ejemplares
Al Dios que "la luz sea", dijo, y fue:
Arrójate a los pies de sus altares,
Y exclama un mar de llanto :"¡yo pequé"!

¡Vuela, que un solo instante de tardanza
Las sendas de salud te cerrará;
Y do caba aliento tu esperanza
Reprobación eterna encontrará!

(Adolfo Berro)

El arrepentimiento de la virgen nada vale [para] la familia, no se quiere la conversión sino la muerte de la pecadora. Con un radicalismo que asusta los padres se oponen tercamente al enlace de la hija pródiga con el infame seductor. Se considera imborrable una mancha entre los muslos. En tal circunstancia un casamiento parecería el colmo de la desvergüenza, una ceremonia cínica, la legalización del vicio. "Con cualquiera menos con el cómplice!" , profieren inconmovibles los hermanos de las señoritas. Los bondadosos amigos de la pareja son los que hacen al matrimonio. El pleito concluye en una trans[...] no obstante la frialdad de la familia es eterna como la del polo.

Pudor conventillero

Cuando se conoce la falta de una señorita en un hogar, las señora y todos los miembros de la familia la insultan a grandes voces. Suele haber agresiones a puño y amenazas de Buen Pastor.

Una señorita amante se hallaba haciendo compras en casa de la modista. Unas personas de su amistad que vieron entrar a la señorita, se precipitaron tras ella desde una casa de enfrente, sin

sombrero, en traje de matiné, dando gritos, descompuestas como Ménades furiosas, como demonios borrachos. Clamaban fuera de si; dirigiéndose a saltos a la modista: "No le fíe, no le va a pagar, échela, que es una loca, acaba de tener un hijo".

Pudor turista

Un montevideano hallábase en París, en carácter de Plenipotencia. Algunos compatriotas visitáronle en su casa. El les dio noticia de la vida de París revelando a los parvenus que ese desborde [de] placer y de inmoralidad atribuído a la ciudad maldita es un prejuicio del mundo, una preocupación; calumnió que París, respecto al orden social, es semejante a Montevideo, que las orgías, los escándalos, las perturbaciones de la capital de Europa son charlas de los libros, "inventos de los novelistas".

La compañera de uno de los visitantes se convenció de la verdad de este juicio al ver algunas señoras de la aristocracia, las cuales le sorprendieron por su seriedad y compostura. Como la honesta cónyuge escuchara que las señoras de París solían tener amantes a discreción, pensó hallarles el aire descocado, libre, el sello del libertinaje en el vestir, en el modo de caminar. Viendo el porte severo de las aristócratas parisienses decía la señora edificada: "Qué seriedad, qué corrección, qué juicio! No miran! Es una calumnia que las parisienses tengan amantes!"

El Señor Ministro, jefe del grupo, dio instrucciones terminantes a uno de los montevideanos sobre la conducta que debía observar en las carreras de Auteil:"Se le acercan a usted muchas mujeres, pero tenga usted cuidado en entablar conversación con ninguna. Se comprometerá ud. muy seriamente; enterraría su reputación"

El ministro en las carreras hizo saber a sus compatriotas, a las familias, a sus huéspedes, que los hombres elegantes, regios que acompañan a las demi-mundo no eran personas honorables, sino caballeretes decorativos, pagados por aquellas locas, vestidos por ellas mismas para que las acompañaran en público.

Pudor antidiurético

En todas las ciudades civilizadas del mundo hay de distancia en distancia, desde .... orinaderos para hombres y señoras, lo que es bastante lógico y no debiera asombrar a nadie, no obstante, gran escándalo causó entre los uruguayos la colocación de los orinaderos en la Plaza Independencia. Los periódicos, olvidándose de la política, se dieron a maldecir en sendas elucubraciones al malhadado invento del Municipio. La vecindad de la Plaza solicitó de la Junta que los quioscos fueran retirados, pues era algo monstruoso que las señoras desde los balcones presencien las entradas de los individuos a sitio tan inmoral. Se decía que desde un balcón puediérase distinguir las piernas, hasta las rodillas de los hombres que orinaban (que tanto da verles las patas a la sota; cuando se trata de adivinar muy picarescas....) Por lo mismo, los solicitantes basándose en que las señoras no se conformarían con verle apenas los pantalones a los individuos, rogaban a las autoridades la supresión de los meaderos.

Pero esto no fue nada comparado con lo que aconteció dos años hace cuando la Junta tuvo la buena ocurrencia de colocar dos quioscos en la Plaza de Constitución. Fuera de sí la gente bramaba enardecida, aduciendo las más raras argumentaciones contra el criterio científico de la honorable Junta. Levantóse la prensa en masa. La Razón, el periódico antidiurético por excelencia (nefritis por antonomasia) se ocupó durante quince días , en editoriales muy bien fundadas, de la medida higiénica del Municipio, tildándole de sucia, disparatada y escandalosa... Se adujo que la Plaza Matríz era unos metros más corta qué la de Independencia y por lo tanto no podría permitirse la colocación de los orinaderos; que las señoritas de las calles Cámaras e Ituzaingó tendrían que privarse, por sus novios y por sus vecinos, del placer de estar en los balcones durante las mejores horas. Un periódico dijo que para bochorno demasiado con que los angelitos de la fuente de dicha plaza estuvieran enseñando a las señoritas que las contemplan de soslayo, muchas veces al día, los órganos genitales sin el menor disfraz... cosa por demás extraña a nuestras costumbres... Hasta no

faltó quien, dirigiéndose a la Junta, exclamase:"¡Por Dios! ¡Por la Santísima Trinidad! ¡Qué ridiculez! ¡Qué sacrilegio: una letrina frente por frente a la Asamblea, al escudo de la Nación! Solo en este país, se pueden ver tales cosas. ¡Qué dirán los extranjeros!" Al fin la coalición obtuvo la más ruidosa victoria. La Junta convencida ordenó el retiro inmediatamente de los quióscos... Dos conmociones han habido en el país que se han impreso en el Calendario con eternos caracteres: la muerte del coronel Lamas[1] y la erección de los orinaderos en la Plaza Constitucional. Esto último pareció a los uruguayos tan extraño, tan emocionante, tan inasible como[2] el teléfono sin hilos, como la escritura del pensamiento...

Nadie puede calcular lo que ocurriría en el país si a la Junta se le antojase la colocación de orinaderos para señoras en las plazas de la ciudad, a semejanza de las que existen en el mundo civilizado. No hay duda que estallará una revolución sangrienta, (una Saint Barthelermy contra la Junta). Los maridos puede darse por seguro que considerarían adúlteras a sus mujeres, en caso de que las señoras, apuradas por el orin, entraren a vaciarse en los susodichos quioscos. Son comunes en nuestras aristócratas las enfermedades a la vejiga y al meato a causa, como se comprende, de la continencia aurinaria [sic] a que las obligan los hombres. Por precaución, las infelices no toman líquidos antes de salir y en el momento de ponerse los guantes diluvian[3] en la escupidera.

Las que se ven corridas en plena calle se agachan puritanamente en los zaguanes y en los portones de las barracas y en las obras que se construyen... Otras economizan a la Junta el chorrito de las regadoras orinando con disimulo, mientras caminan... Cuantos Gonzagos que al encontrarse con dichos rastros piensan mal de los perros siendo asi que no son sus perros, ni sus esposos, ni sus hermanitos.

---

1. El autor se refiere a Diego Lamas (Nota de los transcriptores)
2. ([... fotográfica])
3. ([a torrentes])

Pudor entontecido

Una señora muy pudorosa dejaba que su hija regresase de Los Pocitos en tranvía junto a su pretendiente quien durante el trayecto tocaba en piano en los muslos de su compañera. En cambio la mamá no pudo transigir que la[1] flor de Mayo regresase de Ramírez junto a su novio entregada con distracción al masaje caliente[2] del sibarita.

He aquí la sentencia de la madre cuando protestó la esclava:[3] "¡De Los Pocitos es otra cosa!"

Viendo a un amigo que iba de paseo con una niña, un joven se expresaba así: "Yo no lo saludo porque la mujer que lo acompaña puede ser una cualquiera. Es cierto que en París se saluda sin escrúpulos a una pareja sospechosa pero es distinto a Montevideo... Puede ser una prostituta."

Pudor parteril

Este sentimiento se funda esencialmente en el pudor que tienen las uruguayas de tener hijos en casa de la familia. Los sanatorios funcionan en los domicilios de las parteras donde las madres, a precios módicos, son perfectamente cuidadas con oporto, caldos de pulpa, huevos del día.

No obstante, para los lavajes emplean, las cuidadoras, en vez de bicloruro, querosén, vino seco y caña. Las parteras, por orgullo, por rivalidad con los médicos, no admiten la farmacopea. Esto aloca a las pupilas una fiebre posoperal , o el contagio de otros males inherentes al asunto. Las comadronas uruguayas son las grandes enemigas de la antisepsia. No se lavan las manos con la pulcritud debida. Se valen de una botella que introducen en la vagina para extraer la placenta. El corte lo ejecutan bárbaramente con un cuchillo infeccioso. No ligan como debieran el cordón umbilical. Por esto se producen hemorragias torrenciales en las infelices puérperas. El hijo sucumbe a menudo víctima del amor

---

1. ([manoseada])
2. ([diciendo las excursiones mamales])
3. ([de Cupido])

propio de las cirujanas. No obstante las madres disculpan a las infanticidas, como se comprende, y ven en ellas la mano de la Providencia, un milagro de la Virgen Santa. La muerte de la criatura, del fruto de la deshonra, es un consuelo para las puérperas. Un testimonio menos de su pecado.

Aconsejo a las señoritas que a pesar de las comodidades aparentes, del relativo confort de las parideras, del misterio que se les brinda, se enfermen en sus casas, evitando de ese modo el mas serio de los peligros. ¡Qué diablo! ¡La honra no vale la vida! ¡Reflexionen las montevideanas sobre este grave particular!

Se paga tres pesos diarios la discreción, la delicadeza, el sacrificio [...] madama. En algunos sanatorios el abono es convencional. Las enfermas de campaña pagan menos que las señoras de Montevideo. Estas, más conocidas, corren mayor peligro. Se presupone, por otra parte, que el honor de una montevideana vale más que el de una floridense, por ejemplo. Hay honorarios espirituales. Una partera decía, con énfasis de holocausto: "Estas cosas se pagan con el alma!"

El parto y la botica se abonan como extra.

Reglamento de los sanatorios

Hay una hora prefijada para que el amante visite a la señorita. La familia suele verla después de media noche. Las parientes bajan a todo correr del carruaje como si lloviese, envueltas en un crespón. Algunas madres muy recatadas - las primerizas- no se dejan ver hasta la hora del alumbramiento. El amante no asiste al parto. La partera por decoro no lo permite.

Con el objeto de que las puérperas hagan ejercicio, la madama les hace lavar la pieza y arreglar el lecho. En sus relaciones con las pensionistas, la partera, usa un ligero tono despreciativo, decente. Cuando las niñas hablan en voz alta, la doctora les grita con imperio: "Muchachas no armen escándalo".

Ocurren en los sanatorios escenas interesantes. Tres señoritas compañeras de colegio. Se encontraron por casualidad en casa de la comadrona. Cambiados los desvanecimientos y los sollozos

de estilo[1], se entregaron juntas, después de mutuos consuelos, a tejer los escarpines de sus respectivos nenes en animada tertulia. La partera muy galante las convidó con jerez. Al final hubieron risas. Se habló de penes.

Pudor dogmático feudal

Un joven literato hablaba con un eximio personaje de un bando de la política sobre lo agradable de las caricias de una esposa al regresar el marido.... El personaje contestó con indignación que eso era según las mujeres con que se tratara; que él consideraría una grave falta de moralidad en la esposa que se insinuase al marido con la más tímida demostración. He aquí "lo inverosímil en lo cierto", como dice Maupassant. Continuó diciendo el abogado que él pudiera pasar seis meses sin intimidad con su esposa seguro de que su cónyuge no profanaría lo sacrosanto del lecho con la caricia más leve.

¡Qué modo de prescindir de todo derecho de la mujer! Se la considera como un lujo de moralidad.

Con las cosas que pasan en el país podriase componer el código de la risa.

Se conserva entre nosotros el mito español de la casta espera. En España se dice naturalmente que el placer de las cónyuges debe ser moderado.

Nótese que se ha hecho germinar en la mujer un amor propio negativo y para lisonjearla se le dirigen cumplimientos a su vulva; v. y g. casta, digna, muy señora, edificante.

A propósito la cuarteta de Balast, vate doméstico:

Granda [sic] como una espiga,
Lozana como una poma,
Guardera como una hormiga,
Casta como una paloma.

1. ([pataletas de orden])

Es tan exaltada la fantasía de castidad en este bardo que le parecen puras las palomas. ¿Quién le ha dicho al señor Balast que las palomas son menos concupiscentes que las gallinas de las que se dice que son locas de la calle Santa Teresa?[1]. Las infelices gallinas con ver las que alimentan a las esposas después del parto con huevos y calditos, han sido calumniadas por la ofuscación de los maridos. Está por saberse si una veintena de palomas se contentarían con un macho, como lo hacen las amantes de los gallineros. Preciso es rehabilitar a las gallinas. [...]

Esto se relaciona con la preocupación uruguaya la de que un hombre no debe casarse con la mujer que se le ha entregado. Dícese en tal caso:"Se casa con ella después de haberle hecho un hijo. ¡Qué imbécil!".

Otra nota

Un marido viendo unos fotograbados de artistas europeas exclamó con entusiasmo ante una cara montevideana: "¡Qué ideal! ésta será excelente para esposa." Al notar otra de vivaz fisonomía, de aire suelto, clarificó en un rapto de cachondez luciente: "¡Qué hembruna! ¡Qué polvareda! ¡Qué limonero! ¡Qué caderazas! ¡Me le afirmaría por la retaguardia!"

Dogmatismo[2] férreo

En opinión de una burguesa apostólica existen dos pudores: el de la virgen y el de la casada. ¡El uno sucede al otro!" ¡La casada, por modestia, no dijo cual era más noble....!

Una forma de feudalismo

Los uruguayos no quieren ni por broma que las mujeres se agiten en el lecho . Si esto sucediera pensarían de seguro en una iniciación de contrabando durante la pubertad. Verían el arte [...] la prostituta, París ... Perderían la ilusión, como ellos dicen.

---

1. Expresión de los uruguayos: puta como una gallina (Nota del autor)
2. ([infalible])

Traslado a su falta de experiencia como no han conocido amantes los uruguayos, sino viles rameras, conceptúan que el espasmo, que el temblor venéreo no deben sentirlo las honradas. Conceden como mucho que la esposa tenga en secreto sus sensaciones. Se adula en esto la hipocresía de la mujer que debe gozar como los antiguos héroes morían: en silencio. Es un estoicismo agudo, teómano, quintaesenciado. La mujer es siempre mártir, eterna esclava de una lujuria despótica, especulante, de horca y cuchilla, estúpida a la vez, necia y vandálica. Es abstinente hasta en el lecho. Debe parecer siempre virgen, siempre niña, ingenua siempre. El marido debe tener ante sus ojos en el parto y después del parto la beatífica visión del himen, la media luna de sangre. Connubian las mujeres con las manos puestas en actitud de plegaria, solemnes ambos , hieráticos, episcopales. El espíritu Santo las invade, las transporta las penetra. La escala de Jacob desciende sobre el lecho desde el trono del altísimo. El pene se posa en el santurniano como el pan de los apóstoles. Los patriotas, los partidarios, los catones de la República celebran coitos cívicos. ¡El marido reflexiona en que está haciendo un ciudadano y la mujer [una] señorita!

No se extrañe que los montevideanos, tengan como superstición que la mujer no debe gozar. En España, la Santa Sede, la capital pontificia del pudor, reina igual supercheria. Según el dogma sólo el marido connubia. Esto lo dan a entender las novelas de los españoles y lo prescriben severamente los libros de fisiología que son como las biblias profundas en que se consigna la continencia de la mujer. Alejandro Martínez, notable médico de Cataluña, autor de un libro de esta especie, se expresa como sigue:

"Ya hemos dicho que la mujer, en general, es menos sensible que el hombre a la materialidad del goce, pero en cambio suple con otras condiciones de sensibilidad imaginativa las que de lo otro le faltan.

La joven recién casada tendrá a raya en lo posible con cariñosas advertencias los deseos de su marido para evitar que los excesos le hagan caer en la impotencia. De esto se desprende que

la mujer en el instante supremo conserva toda su serenidad de espíritu.

La [f]alta del tamaño en el pene y las escasas erecciones a muchos individuos de efectuar el acto carnal y de [...] en matrimonio, temerosos de no dar a la mujer la complacencia suficiente en tales casos requerida. Esto es un error. La joven [...] e inocente que se une con el hombre en matrimonio sabe cumplir con sus deberes amando a su marido por el alma y no por el cuerpo. Además que no habiendo nunca conocido a hombre ninguno, su inauguración [...] puede vagar en deseos de reflexiones imaginarias. La conciencia del tamaño de ciertos órganos no puede tenerla una doncella antes de unirse. O no es doncella" (Traslado a los frágiles[1] y a los de este pueblo donde no hay adúlteras. ¡Casarse impotentes!)[2]

Sigue el fisiologista:

"La mujer rubia, de piel blanca, linfática, etc., tiene sus deseos casi apagados. Se necesita una serie grande de excitaciones para que llegue a sentir deseo . (Siempre la manía de[3] insensibilizar el clítoris a las mujeres. Aconsejo a los uruguayos que se casen con rubias; estas son las más ideales, hechas como para ellos. De ese modo se ahorrarán el trabajo de velarles el placer) Sería un error profundo en un esposo que se obstinase en obtener de ellas trasportes que su naturaleza repele. (Pierda cuidado el fisiologista que los de por aquí no se obstinarán en semejante cosa) Por el contrario, la mujer morena exhuberante que no se ha entregado a las masturbaciones (ojo uruguayas; ¡cuidado con las velas!) ni está consumida por los excesos (de estas no sè ven muchas por aquí) siente violentamente el goce material (¿con que transigimos con las morochas? Y no hay muchas morenas en España?) y si choca con un marido fatigado o enclenque puede muy bien hacerlo

1. ([impotentes])
2. Los comentarios entre paréntesis corresponden a Julio Herrera y Reissig (Nota de los transcriptores)
3. ([castrar, amputar])

enfermar, si exige la repetición abundante de los coitos y hasta ocasionarle la muerte por consunción o sus consecuencias" (Traslado a los maridos de Montevideo que a los tres meses de su matrimonio andan atáxicos; a los que van a reponerse de l fatigas del tálamo en las estancias departamentales. ¿Cómo es q los uruguayos amantes de la castidad gustan más de las moroch que de las rubias? ¡Misterio ...!)

Pudor inhospitalario

Un joven se presentó en uno de los principales hoteles d Montevideo, pidiendo alojamiento para una señora. Contestóle dueño con un gesto de disgusto que en el hotel no se recibe señoras que no se hagan acompañar de sus esposos. La señora vio obligada a alquilar un marido. Este pudor tiene que ver con congénere el transatlántico de la Compañía de vapores "Canov del Castillo" la cual exige a sus pasajeros, si son hombres, q presenten su fe de solteros o casados y de las señoras que viaj con sus esposos.

Una mujer que alquila piezas en su domicilio y ejerce profesión de rufiana exige a sus parroquianos la papeleta d matrimonio.

En los vapores rioplatenses no se admiten los amantes en corazón del buque, en la cámara. Se los relega como de favor proa, en las afueras del navío, como para que se ventilen y perfume del pecado huya en alas del pampero.

Nunca falta un pretexto en boca del Comisario para satisf cer esta medida; v. y g. que los camarotes se hallan tod ocupados. Los mozos de servicio tienen el aire adusto; sirven c encogimiento, como con repulsión. Si los amantes han pedido u camarote para cada uno, son vigilados por la tripulación cuy individuos se turnan detrás de ellos para evitar que penetren en mismo camarote, esto es que se descarrilen. Si los amantes quedan en el salón, cada cuarto de hora entra un mozo y escru con desconfianza, como un pájaro cabalístico. Se considera que l amantes tienen apetito siempre. No así los esposos que tiene régimen para comer, para tomar el postre, como dice Zola.

(El Capitán como un nigromante misterioso, adivina perfectamente la legalidad de las parejas.)

Pudor abortivo

Este sentimiento sanguinario consiste en hacer abortar a las señoritas para ocultar la deshonra. Se da el caso frecuente de novios, padres y hermanos que suministran el contraveneno para salvar el honor de la probable víctima.

A veces la señorita que lo toma de la mejor voluntad [...]

Aumenta incesantemente la estadística de los abortos, con lo cual se ve que la moral entre los uruguayos no es otra cosa que la hipocresía. Todo se reduce a parecer que se tiene himen aunque para esto, se exponga la propia vida y se desprecie la de los hijos.

Pudor infanticida

En distintas partes del libro hemos hablado de este pudor que consiste en matar los recién nacidos y arrojarlos al aljibe, a la calle o al carro de la basura. Suele haber entre las uruguayas excelentes estranguladoras. Al hijo por lo común lo envuelven en un periódico[1] después de haberlo picado como para hacer pasteles.

Pudores piccolos

Pudor artificial

Una señora pudorosa, enemiga acerba del escándalo dejó que naciera su hijo sin que ella le hubiese hecho ni siquiera una camisa. La madame preguntóle con extrañeza si hubo estado imposibilitada durante el tiempo del embarazo. Y ella respondió muy sorprendida que se le hiciera tal pregunta: "Cómo quiere Ud. que yo le abra los ojos a mis hijos?" Debe saber el lector que la más nena de las hijas no pasa de 20 años.

---

1. ([cortado en cien mil pedazos])

Pudor criminal

El pudor entre los uruguayos asume caracteres alarmantes apunto que el extranjero tendrá que intervenir oficialmente con sus escuadras y sus batallones para que dichos sentimientos no continúen bajo una forma legal, autorizando el crimen en un país que se tiene por civilizado y que en el fondo no tiene más cultura que el Imperio Chino. No vemos la razón porque la Europa puede inmiscuirse soberanamente como árbitro de la justicia, del progreso y del decoro de la Humanidad en los asuntos de Oriente tratando de encarrilar las costumbres de esos pueblos sanguíneos [sic] y estúpidos y no pueda igualmente hacer enteder por fuerza a los uruguayos los principios más elementales de moral sociológica.

Se trata de un pudor educativo, de un pudor con que se nutren los estudiantes de derecho, los futuros jueces de la nación, aquellos que se encargarán un día de fallar con conciencia lo que en la cátedra se les predica.

En Medicina Legal , tratado del autor José Ferrando y Olaondo -obra llena de ridiculeces bárbaras- que lleva el visto bueno de don Elías Regules, y que los estudiantes de Montevideo se tragan de me[moria] [...]

Pudor franco

Una señorita excesivamente delicada enemiga de todo acercamiento con el novio, para quien una caricia es una mancha indeleble que la obsediera hasta en sueños, recibió, en un descuido, a viva fuerza, un ósculo en plena boca.

Muy sutil, muy ingeniosa, para desvirtuar la afrenta, para desmonetizarla, para que se viese claro su inculpabilidad, para que se admirase su espíritu cristalino, resolvió la doncella confesarse en público, como los antiguos que descargaban sus faltas vociferando dolientemente sobre [el] cordero de la expiación...

Convocó sus relaciones a una comida y en plena mesa les dijo, con énfasis de virtud: "¿No saben lo que pasa? ¡Fulano me ha dado un beso!"

Pudor cronológico

Hay novios que embarazan a las señoritas. Interviene la parentela. Se casan. Naturalmente que la señora tiene el hijo a los nueve meses de haberla visitado la célula fecunda que se parece a los congrios y a los seis o siete meses de haberse unido en matrimonio, al destaparse el champagne entre familias, todos se convienen en soportar la nueva que ha visto la luz del mundo un hermoso sietemesino.

¡Cómo se calumnia al almanaque! Los trapos sucios, como dicen los montevideanos, se lavan en la cocina.

Dos niños, hijos naturales de diferente madre, albergados en casa de una familia moral, llevábanse cuatro meses. Esto indicaba claramente que las amantes se habían divertido en una misma época, lo que era bastante feo y había que ocultar al mundo por necesidad. En consejo de familia se decidió que los niños se llevaran dos inviernos, con lo cual parecía que se atenuaba las infracciones de las madres, ya que dos pecados juntos era un escándalo vivo.

Pudor chúcaro

Se ubica este pudor en los alrededores de la ciudad y se hace notar por movimientos regresivos, vueltas de espaldas, cierre de puertas, palideces fulminantes, sonrojos instantáneos y gestos de antipatía. La Unión es la capital y el punto donde residen las autoridades femeninas de este sentimiento arisco, [...], cazurro, desconfiado, misántropo, cerril y escamón. Las hermosas unioneras que suelen asomarse a la puerta o a los balcones para entretenerse mirando pasar carros, dan una media vuelta, espantadas, trémulas, temerosas como los carpinchos que se arrojan al agua al sentir el menor rumor en la selva apenas un montevideano asoma las narices. Cuando el transeúnte, se halla a corta distancia de donde ellas privan con su[1] [...] monástica, emprenden un salto atrás y cierran la puerta estrepitosamente, con ese terror de los niños cuando ven asomar al cuco.

1. ([presencia])

Poco después que el montevideano ha pasado, ellas, con cautela de nutria vivaracha, abren un poco el postigo, atisban picarescamente al extranjero inquietante y sacan una instantánea de su figura y de su indumentaria. Finalmente cuando el desconocido se ha alejado, 100 más por lo menos, asoman triunfantes a la ventanas[1] : toda la familia de los carpinchos.

Pudor insomne

Un matrimonio que vive lejos de la ciudad perdió el tren de media noche que va para las afueras. Considerando impropio que gente de buen vivir pernocte en una casa de huéspedes, se decidiera a no dormir y [...] dirigieron a la Iglesia Matríz en cuyo atrio estuvieron hasta la mañana. Se entiende que no tomaron un carruaje porque juzgaron que eso de coche después de las 12 es altamente inmoral o criminal.

Pudor dantesco

Una señorita tiene un dije que lleva colgado al cuello con esta inscripción:"Húndase el mundo antes que faltar a Dios o a mi esposo"

Pudor retroactivo o pretérito

Un uruguayo tuvo con una amante varios hijos. El más aventajado en ocasión de sacar en el examen la nota de sobresaliente, solicitó de su padre como gracia de extralista, que se uniera en matrimonio con su madre, a lo que contestó el uruguayo con gravedad de profeta: "¡Yo arrojaría sobre mis hijos una mancha indeleble si me saliera casando con la que fue vuestra madre ilegalmente, vergonzosamente!" El estudiante comprendiendo las razones que asistían a sus padres, admirando su profundidad, se abstuvo de continuar.

Fin de los Pudores

---

1. ([en compañía de sus mamás y de sus buenas hermanas])

La cachondez

Psicofisiología de los uruguayos (continuación de los caracteres emocionales). Irregularidad de su naturaleza. El medio físico en relación con el temperamento. Antítesis de los caracteres. Las nórdicas y las pampeanas. Las desequilibradas. Predominio de la cachondez. Ocurrencia de esta baja sensualidad[1]. Influencia en el lenguaje. Grados que adquiere.

Uno de los fenómenos fisiológicos más extraños se observa en el colectivismo de nuestra sociabilidad respecto a nuestras mujeres. Las que no son glaciales de una carne efímera, vácua, insustancial, exánime, hiperbórea, de un temperamento incipiente, impávido, inactivo, atrofiado, inmueble[2], achaflanado, glúteo, anestésico, insaboro, indiscernible, son, por el contrario, cachondas, de una[3] sensualidad de puchero, potencialmente inaudita, de concupiscencia plenaria, elefantiásica[4], pedestre, etiópica, promiscua, diluviana, porcina, consumidora, intemperante, pleonástica, paroxismal, eruptiva, caudalosa, inenarrable.

Esta clasificación no alcanza al sexo fuerte, porque todos los uruguayos son cachondos superlativos, capaces de repetir el treceno de los trabajos del gran Hércules "que fue el deshacer cincuenta doncellas en una noche"[5]

---

1. ([contaminación de los caracteres emocionales]) Este punto lo desarrollará en otro capítulo de Los nuevos charrúas.
2. ([acuático])
3. ([concupiscencia de olla])
4. ([prepontente])
5. Voltaire -El ingenuo (Nota del autor)

Varios son los agentes de esta oposición antípoda en los temperamentos femeninos. La balumba inmigratoria en primer grado; luego el bodrio conyugal entre las clases; la sangre profanada, sucia, turbulenta, todo un revoltijo ecuménico en las capas del rebaño. Por lo demás se sabe, que en las razas inferiores, como lo afirma Spencer, la irregularidad obra a capricho y el mundo de los caracteres ofrece dislocamientos agudos; incoherencias y desórdenes que pasman al observador. De un cálculo aproximado resulta que la mitad, más o menos, de las uruguayas son burdamente sensuales. Las restantes son catalípticas, témpanos fecundos de la especie, aparatos para hacer hijos. No hay tibias entre las uruguayas, [lo que] induce a juzgar, como una de las causas más eficientes de la oposición climatológica de su sangre, la variedad de las temperaturas, el antitético sube y baja de los termómetros, las bocanadas libidinosas del Viento Norte a las que suceden los repentinos refagueos del Pampero, y los [...] polares del Viento Sur. A un clima que no es templado, ni regular, ni culto, ni estable, no pueden corresponder mujeres de un temperamento fijo. Deben existir cachondas alentadas por los alsegos tropicales de las selvas brasileñas; por el meridiano fogozo -que visita la sensualidad de los titis-; y[1] muñecas de nieve insípidas, de carne[2] enbalsamada que viven del amparo del Polo Austral y con los chuchos de los desiertos pampeanos.

De este modo las uruguayas se dividen en pampas y frigoríficas o polares, y en selváticas[3] nórticas o cachondas. (¡Oh, delicia del milagro!).

Los vientos cachondos y frigoríficos tienen la virtud de mantener en el país dos familias de mujeres rabiosamente diversas; por lo que el Uruguay es como ciertas montañas del Ecuador y de Andalucía, donde se reproducen distintamente las floras del equinoccio y de los climas fríos. A las cachondas, pertenecen las variables o desequilibradas que son las que se corresponden con el estado del tiempo.

1 ([mujeres]); ([pelotas])
2 ([cadavérica friaca])
3 ([Tropicales indígena])

Según prive el Sur o el Norte se muestran frías o cálidas y es por esto que se confunden facilmente con las pampeanas por cierto estado de serenidad glacial que las invade cuando el Pampero y los alientos del Sur azotan al territorio. Pero en cambio si los vientos del Brasil queman el aire, se exitan afichadamente; su carne se estremece; presa de los apetitos más apremiantes de temblores de animal en celo. Las desequilibradas varían constantemente. En tiempo muy reducido se hielan o se calcinan, según las variaciones atmosféricas y las temperaturas de las diversas estaciones. Extraviados, confundidos, sin saber a que atenerse, los cazadores galantes se llevan sendos chascos apuntando en el momento menos propicio cuando el Pampero anestesia celosamente la carne de las tentadas. Las cachondas llegan a su mayor grado de excitación en las horas de la siesta, inmediatamente después de la comida, de ocho a once de la noche y al venir la madrugada. La primavera es por excelencia la estación en que florece la cachondez.

Luego en el verano, por ser ésta la época en que más sopla el Viento Norte, las cachondas llegan al delirio; se encabrita su sensualidad; ignoran lo que hacen cuando se hallan con un hombre[1].

En varios capítulos (de este libro y sobre todo en el que antecede) me he ocupado, refiriéndome al pudor y a la hipocresía de los uruguayos, de las cachondas y de las frías, de aquellas que con un traje de recato insospechable, y de bondad amorosa, penetran en los aposentos de Lucifer, de las que se ocupan tranquilamante de dar tetas a los hijos seis meses en el año y también de no dejárselas tocar por nadie; ni se le ocurra a la honoritá.

Pero es el caso que conviene gravemente a los fines de esta obra dejar detalle por detalle, constancia de todo lo que concierne al país, y es por esto que nos ocupamos con detención del temperamento de las uruguayas. De las pudorosas hemos hablados

---

1. El fragmento que abarca desde "A las cachondas, pertenecen las variables o desequilibridas (...)" hasta "ignoran lo que hacen cuando se hallan con un hombre", se trata de un agregado del autor reordenado por los transcriptores.

suficientemente; de las frías no cabe apenas hacer una alusión pues, como todo lo frío no tiene gracia y además debe considerarse que están muertas por su misma temperatura, no dando nada que decir con su estéril abstinencia, ni cómodo solteraje, o su maternidad de bestias mansas.

En cambio la cachondez es manantial milagroso de sensaciones lozanas, de interesantes vicitudes, de terremotos de escándalo, de anécdotas espeluznantes, de mágicos episodios, de mitológicas ridiculeces.

No hay oro en el mundo con que pagarla y así como hace mis delicias y hará sin dudas las de mis lectores, hubiera enloquecido de desboramiento al gran Voltaire y hecho envejecer de[1] risa a Byron y Henrique Heine.

Entro pues en materia, al hombro el documento humano y con el país a la espalda.

Por lo que se refiere a la cachondez y a lo que con ella reza, nuestros hombres se dividen en maridos, cabañeros, maridos cornudos[2] (hay unos cuantos más de lo que parece), en novios onanistas que se contentan con mirar a las novias y masturbarse, en paraninfos - moralizadores (que abundan entre los estudiantes y en la aristocracia), en Terencianos[3] [sic], en ovejistas (los uruguayos rurales, la gente de las estancias que tienen por mujeres a las ovejas), ambulantes (entre los que se notan muchos sifilíticos y atáxicos), algunos tienen mataderos.

Las mujeres se dividen en histéricas-masturbadoras (que despedazan velas)[4], en consolatrices (que usan consoladores comprados en los de Miller), en homífogas (que se comen a los maridos), en uterinas (que connubian con los sirvientes, con los cocheros y con los niños), en canidólatras[5] (que viven con perritos

---

1. ([ironía])
2. ([dragones que se pasan la vida en las esquinas])
3. Probablemente se refiere a Teresianos, nombre que el autor le otorga a aquellas personas que concurrían a la calle Santa Teresa. (Nota de los transcriptores)
4. ([y enflaquecen por momentos])
5. ([perrunas])

amaestrados), en tortilleras (que cohabitan con hermanas de clítoris desarrollados, amigas marimachos), en buscadoras (que van a las amuebladas) y en prostitutas (las de la calle Santa Teresa).

Libertinos no hay más que tres; uno se halla en Buenos Aires.

Amantes, no alcanzan a media docena.

Concubinas abundan en todas las clases[1] .

Faces y recurrencias de la cachondez

A lo mucho que el lector conoce sobre la lujuria de pone y saca de los uruguayos, hay que agregar algunos casos importantísimos, de intensa vivacidad, que en nada desmerecen de lo apuntado hasta ahora.

Cachondez fulminante

Un abogado muy distinguido casó no ha mucho con una hermosa señorita de la sociedad, que atrajo en todo tiempo el mimo de los salones con sus ojos tenebrosos. El nido de la pareja ubicado en la calle Carmen 25 fue objeto, inmediatamente, de los telescopios de los espías incansables como siempre, por acechar embelesados la mortecina luna de las delicias nupciales. Los estrategas del espionaje, vecinos del palomar, tomaron, desde el siguiente día de la boda, las avanzadas más altas: en las azoteas y miradores contiguos, procurando no ser vistos en el momento, robar con la instantánea, la silueta de los novios. El plan, hábilmente combinado, tuvo un éxito maravilloso gracias a la paciencia y al sigilo de los que le fraguaron. Durante nueve[2] días no aparecieron los novios por el patio de la casa. Era indudable que dormían. Por fin el décimo[3], siendo las dos de la tarde, la novia con su atavío de nieve, hecha un hada deliciosa, halló el mármol del zaguán, sentándose regiamente en un canapé soberbio y amplio,

---

1. ([de la sociedad])
2. ([Quince días])
3. ([estaban reposando durmiendo rendidos por las emociones ante el altar por el sermón que sufrieran en la iglesia cuando el cura los bendijo])

de seda malva y granate. A punto de dar un grito de satisfacción, los incansables espías; no obstante, el triunfo no estaba sino a medias asegurado. Pasó una hora, dos, tres horas.

Los espías aguardaban, detrás de una chimenea, con una paciencia apostólica, sacando las cabecitas, como animales silvestres que temen al cazador. Por fin, eran casi las cinco, cuando la novia dio un salto distendiendo los brazos en una efusión de loca[1] incrustándose en un hombre que abalanzó frenético, metiendo su cabeza de oso[2] en el escote blanquísimo. Dos mundos[3] polares descubrieron los Colones de la fotografía brotando del corpiño de la emperatriz[4]. La lucha duró un minuto. La ninfa vencida, ajada, descompuesta, destartalada se dobló sobre sus rodillas, desplomándose en el pavimento. Entonces él, baboso de concupiscencia tomóla entre sus garras y la arrojó violentamente sobre el canapé, gastándola, mordiéndola a su sabor, mientras la enagua de la prisionera desprendida, rota acaso, flotaba entre ambos como un victoria[5] de potencia bruta.

Durante algún tiempo no se habló de otra cosa en nuestra sociedad.

A todos hizo gracia el entusiasmo de los novios y parecióles el acto más natural de los que es. Un uruguayo idealista que comentaba el asunto exclamó transportado:"¡Cómo se quieren; así da gusto!"

Las instantáneas del incidente se deslizaban con sigilo a precios aristocráticos.

Cachondez alevosa

Hace cosa de año y medio casó triunfalmente con una bella uruguaya, un fino animal criollo de barba y bigote negro, corpulento y sólido como un castillo. Sin duda no hubo, a semejanza de

---

1. ([en dirección a un bulto nervioso que la abalanzó])
2. ([desaforado])
3. ([de marfil])
4. ([desposada])
5. ([de bandera de victoria])

otros a quienes les da mucho que pensar el suceso de la primer noche, meditado un plan sesudo para escurrirse en el lecho de los desposados, cosa por demás difícil sabido que a las[1] selváticas pudorosas les duele, les llega al alma el aparato demasiado grande de los uruguayos. Sucedió, pues, que la novia libre de su ajuar nivoso se arrebujó entre las sábanas, aguardando al príncipe celestino[2] que, sin que ella lo sospechara, se desnudaba[3] pared por medio. Abriéndose de súbito las puertas, un orangután[4] se presentó solemnemente a la vista de la conyuge, quien loca de terror al verlo, clamaba:"¡Socorro, socorro! ¡Dios me proteja!" En el instante perdió el sentido, quedándose sumida en un letargo apoplético.

El uruguayo completamente desnudo, ennegrecido de pies a cabeza por un[5] matorral de pelo, se hallaba en el medio de la alcoba ebrio de cachondez[6] . Cuando la novia volvió en sí, parecióle haber soñado con un animal tenebroso que tenía bajo el vientre una[7] trompa inverosímil.

Este es el único caso en que la cachondez fracasó.

Cachondez reflexiva

Con frecuencia nuestras niñas rechazan un novio porque no tiene suficiente cuerpo -formas de hombre- como ellas dicen aludiendo a la adiposidad de los varones. Por una asociación simplísima juzgan que la sangradora fálica debe estar en consonancia con el volumen del todo. ¡Qué inocentes nuestras señoritas! ¡Cómo se equivocan! Sepan ustedes que los hombres finos y esbeltos y delgados son los más nerviosos y los más armados. En París, las grandes hembras se enloquecen por los ágiles[8] cuyos

---

1. ([uruguayas nórdicas])
2. ([al dandy elegantísimo])
3. ([en secreto dentro del cuarto]). ([Silenciosamente: en la vecina alcoba])
4. ([peludo])
5. ([de un vello boscoso])
6. ([más era una alimaña que un ser humano]). ([aquello fue un milagro]). ([aquel disfraz solemne]).
7. ([cañón enorme])
8. ([y ceñidos de carne que tienen la virtud de multiplicarse])

nervios inquietantes hacen prodigios en el lecho, por los taumaturgos de la carne que hacen brotar con su vara milagrosa un manantial de agua surgente sobre los muslos de las[1] sultanas.

Una señorita de Montevideo rechazó las galanterías de un caballero, porque este era delgado, según lo dijo ella misma confidencialmente. Una amiga tuvo con la señorita el diálogo que sigue:

- "¿Por qué no lo atiendes? Es rico, buen mozo, de familia."

-"¡Bah; todo eso que me importa; más valiera que tuviese carne; yo no quiero un marido que se esté cayendo!"

-"¿Y a tí te gustan los gordos?"

-"¡Cállate con los flacos; que cosa tan triste tener que abrazar huesos, el hombre hombre debe ser gordo!"

Se adivina en la preferencia de nuestras mujeres por la robustez, una burda glotonería, una espesa sensualidad de baja salud, un apetito cuartelero de hembra exhuberante, que da la preferencia al rigor sobre el refinamiento, a la cantidad sobre la especie. Ellas no poseen ese tacto electivo, sutilmente culto que se educa en las mujeres europeas a efecto del intercambio sexual con gentes civilizadas en el placer.

A nuestras cachondas les gusta un hombre carnoso, con músculos de locomotora, de composiciones taurinas, cuya viril sangradora penetre hasta las entrañas[2].

Cachondez parturienta

Es inmenso el número de señoritas y de consortes de Montevideo relacionadas con las parteras. Existen veinticuatro o treinta doctoras que reciben en su casa, a hora de consulta, multitud de jóvenes[3] y heridas en la parte más delicada. Fácil es hacer

---

1. ([propietarias])
2. El fragmento que abarca desde "Se adivina en las preferencias de nuestras mujeres" hasta "cuya viril sangradora penetre hasta las entrañas" está reordenado por los transcriptores.
3. ([y matronas])

el cálculo de las que abortan clandestinamente, ilustrando de ese modo nuestra anémica estadística. Varias parteras nos han manifestado que concurren a su domicilio mensualmente, como término medio, treinta pensionistas, de las cuales veinte son señoras y las restantes señoritas.

Operación 35 parteras
x 30 abortantes

Resultado 750 [sic] que abortan con felicidad

Hay entre todas, una partera excelente que es el crédito de la sociedad cachonda. Esta recibe hasta cincuenta lesionadas, un mes con otro, todas señoritas, poque la partera, ella misma lo pregona, no quiere tener asuntos con maridos. Es la única doctora de quien se fían los médicos, porque usa permanganato bicloruro y ácido fénico en vez de querosén, aguarrás y orines. Los médicos -podemos asegurarlo- conocen punto por punto la cachondez uruguaya. Ellos son los grandes conquistadores los que hacen cornudos a los maridos en Montevideo. Se sabe por confesión de las parteras que no hay médico que no tenga sus conquistas en la sociedad. Trátase de señoras o de señoritas ellos acaparan sigilosamente todas las frutas del mercado de esta sensualidad ciega y barata[1] . Natural es que las nórticas [sic], que no eligen, para quienes todos los hombres son iguales y algunos no tan buenos como los perritos, se entregan al que les ofrece más seguridades de guardar el secreto, como asimismo ocasiones más propicias[2] . Para esto no hay nadie como los médicos. Sus consultorios son logias de lujuria gruesa. Sus carruajes, tálamos ambulantes. No gozan de ese privilegio nuestros abogadillos, los gacetilleros de nuestras crónicas sociales, ni siquiera los grafómanos onanistas que siguen creyendo a pie puntillo en la fuerzas de las uruguayas.

1. ([son tan egoístas que no le dejan nada a los abogados ni a los literatos masturbadores])
2. ([de comer el puchero]). ([para consumar el acto])

Se puede afirmar en consecuencia, que los médicos son los grandes patronos de las selváticas, los reemplazantes afortunados de los perritos, las velas y los consoladores.

Al domicilio de la sabia partera que he citado concurren las esclavas de nuestros médicos abortadores. Uno de estos mandó nueve; otro siete y el que menos un par de señoritas románticas y muy devotas. La partera es moralísima[1] . Gusta nuestra madama de las mujeres fecundas, elogiando su placidez que les permite ser madres. Esto lo dice la partera sin creelo, sólo por halagar a sus relaciones; pues interrogada por un libertino acerca del temperamento de las uruguayas, respondió: "¡Las que vienen aquí son mujeres muy calientes; tienen petróleo en las venas; hay algunas que son histéricas, verdaderamente terribles!"[2]

Esta partera es una defensora acérrima del aborto. "Crea", nos decía, "es hacer obra de virtud, evitar el escándalo[3]. ¡Cuántos maridos no mataron a sus mujeres; cuántos suicidios, cuántas cárceles; cuántos cornudos vencidos de vergüenza sino fuera por este aparato!" Y diciendo esto me enseñó unas tenazas que saben más de honoritá que todos los maridos juntos.

-"Yo", agregaba, "soy una mujer de sacrificio; estas cosas sólo las premia Dios; yo tengo más secretos que un confesor. ¿Acaso las mujeres dicen la verdad a los curas? Van a la Iglesia para engañar a los maridos. ¡Ah, si esta cama hablase! Usted no, pero si usted fuese casado quizás se cayese muerto de terror, oyendo el nombre de su esposa. La mitad de las mujeres que hoy figuran en Montevideo me deben la Vida, la salvación de su honra."

-"¿Ud. les ha compuesto la honra?"- me atreví a decir.

-"Si señor"- repuso la partera sonriendo- "pero es el caso que cada cuatro meses se la descomponen y yo soy después la que tengo que estar dale que dale con el espejo y con las pinzas."

-"¿Qué tal le pagan?"- le dije.

---

1. El autor apunta una agregación que aparentemente se encuentra extraviada.
2. ([no hay hombre que las satisfaga a las mujeres])
3. ([y tantos muertos por disgustos])

-"Eso va bien. ¡Cien pesos, precio fijo, a los médicos! A los clientes pobres cincuenta pesos. Hay que ser caritativa."
-"Dígame,"- seguí diciendo- "¿entonces abortan muchas?"
-"¡Bah, usted no sabe! Todo Montevideo aborta"- repuso la partera, sin dar importancia a lo que decía- "¡Cuántos disgustos habría en los matrimonios si se conocieran las personas que se han sentado donde usted se sienta! ¡A cuántas señoritas antes de ponerse los azahares, les he puesto con esta mano las tenazas eléctricas y el espejito! No me hable usted de vírgenes."
-"¿Pero cómo es eso que aquí nada se sabe? Porque a usted no se [le] ocultará madama, que nuestras mujeres son demasiado virtuosas en concepto de los uruguayos."
-"Virtuosas; me río yo de la virtud de Montevideo; yo se las he dado por cien pesos."
-"Entonces, ¿es cuestión de hipocresía?"
-"¡Ah sí ,sí! Ningún país conozco, donde haya más hipocresía que este. Tenga usted seguro que si acá no se abortase, al cabo de algunos años habría tanta gente como en mi tierra[1]."

Pensé luego en la hipocresía de los uruguayos; se la adula, se la fomenta.
-"¡La cosa es no dar escándalo! ¡Qué vicio tan inocente! Resulta de este modo que se convierte en un sacrificio, en una virtud cristiana, el más feo de los pecados de los que dieron muerte a Jesús."
-"¿Cómo se las arreglará la hipocresía para luchar contra el espionaje y el chisme de los uruguayos, contra la envidia insidiosa de las solteronas histéricas, de los onanistas, de las aristocracia, de las frigoríficas charlatanas, de las tortilleras católicas y las perrunas[2]?"
-"La respuesta es bien sencilla aunque simule una paradoja. Entre bueyes no hay cornadas. El espionaje, el chisme, al envidia, todas estas cosas son moralistas en nuestra tierra, tienden a hacer el bien tanto como la gazmoñería. El mismo chisme que la debiera burlar no es el chisme del escándalo, el chisme de la alegría, es el chisme

1. Rusia. (Nota del autor)
2. ([de las homófagas])

reservado y condicional, el chisme hipócrita; el espionaje que la debiera descubrir es silencioso, reconcentrado, discreto, la envidia que debiera devorarla es diplomática, tierna a veces, conciliadora. Se nota a más que los espías, los chismosos y los onanistas son hipócritas[1], divertidos. ¡Por consecuencia unos y otros constituyen diversos poderes de una sola administración!"

¡Viva la Alianza!

Aborto filarmónico

La madama enternecida con la discreción, con el disimulo de sus pensionistas, con lo bien que se conducen respecto a la observancia de las prescripciones, nos dijo:

-"Así da gusto; son todas muchachas buenas, gente honrada la que viene a mi consultorio. Yo no quiero pueblo, chusma de los suburbios. Métase usted en negocios con la plebe y estará usted en la cárcel inmediatamente. Si yo asistiese a una cualquiera, pobre de mi. La policía, los jueces, las acusaciones, la prensa. ¡Cuánto barullo! Porque una mujer de esas, si por casualidad enferma con el aborto, lo dice a todo el mundo y quien paga es la partera."

-"Dígame señora, ¿son guapas sus clientes; para sufrir abortan con dificultad; cómo anda su naturaleza?"

-"Perfectamente señor; a pedir de boca; ningua se queja; así como les place el hombre y se enloquecen por el gustito, sufren la operación sin exhalar un lamento. 'Quien quiera celeste que le cueste', como se dice. Algunas de mis muchachas son muy nerviosas; y en el momento de hacerles la operación[2] muerden la almohada que es un gusto. Algunas se meten el pañuelo entre los dientes; hay otras que chupan un caramelo[3]. Pero es sencillo el asunto; dura cuando más un cuarto de hora: se trata de un almuerzo a la minuta con la cabeza abajo y las piernas al aire (¿Zola?). Sí, de un pinchacito y luego estopa, estopa, un relleno de algodones en el boquete."

-"Entonces,"- insistí-"¿abortan facilmente sus muchachas?"

---

1. (]los generales de grado treinta y tres de])
2. ([que es muy sencilla])
3. ([como por distracción)]

-"Le diré a usted. Viene aquí una que es la reina de las criollas. Yo la despacho en cinco minutos. Luego en su casa aborta tranquilamente tocando el piano. El aborto y la pieza concluyen juntos."
-"¿Y para qué la música; se aplica el arte a la obstetricia? ¿Beethoven es un abortivo? ¡Ja, ja!"
-"¿Usted se ríe? No hay purga como la música; es excelente para hacer bajar la sangre."
-"¿Cómo hace la señorita para burlar la vigilancia de los padres? ¿Y el óvulo, y la criatura, el envuelto?"
-"Se lo pasa el novio por la ventana."
-"¿Y la cuestión de la regla; por qué usted sabe que las mamás revisan cada treinta días los trapos de la menstruación?"
-"¡Oh, si se dan maña! Con un frasco de sangre de la carnicería y unas vendas mojadas en ese líquido que ellas se ponen en la cosa, todo se acabó."
-"Dígame señora, ¿cuál es el médico más afortunado entre sus amigas?"
-"¡Oh, se hace usted el que ignora! Usted bien sabe que el petizón, el blanquillo. ¡Es un peine! A mi me ha mandado nueve. El enano es muy astuto. Quiere estar solo con sus enfermas; así lo hace entender a la familia a quien aleja del cuarto de la paciente con el pretexto de concentrarse, de auscultar en el mayor silencio, sin que nadie lo distraiga. Habla poco: su casa inspira respeto. Las familias acatan su excentricidad de sabio. Es el picarón más serio que conozco. El sabe donde tiene que auscultar a las señoras. Muchas le llaman: ¡mi mediquito! Otro que usted también conocerá nació de pie para el amor. Una casada muy histérica tiene locura por él. La señora en sus ataques grita furiosamente que quiere verlo. Entonces el marido, tratando de complacerla, va en busca del doctor quien calma a la señora en menos de diez minutos dándole buenos consejos un poco abajo del vientre.

Cachondez bellaca

El joven que se casa con la señorita que es su amante, con la que se le ha entregado sin intervención del juez, es objeto de sarcasmillos amargos, de censuras picantonas.

Acéchalo por todos lados una mueca de imbecilidad jocosa. Se le llama tonto, infeliz, niño, lelito. Se oyen frases como estas: "¡Ah bruto, casarse después que se la tiró!"; "¡En vez de buscar un virgo; algo nuevo!"; "¡Qué idiota unirse con una hembra!"; "Debería vivir con ella y buscar otra decente para casarse"; "Lo que está roto no tiene gracia"; "Después que se comió el gajo guardar la cáscara".

Muchas lo compadecen y dicen con protección, como quien discute un delito: "¡Bah, si la quiere; no es tanta la vergüenza, él es quien la deshonró!"; "¡No se reían; hay que tenerle lástima; pobre gente; quién no tiene un mal momento! ¡Demasiado suspiran con su desgracia!"

Cuando el público conoce la iniciación de una señorita, ésta es objeto de sonrisas picarescas, por parte de los jóvenes de la sociedad y de los changadores estacionados en las esquinas. La gozan con la mirada. Sus rostros expresan para con ella una intensidad de lecho. Se le ofrecen; la interrogan; se muestran plácidos como si la señorita hubiese dormido con todos. Las mujeres las satirizan con viajes agresivos[1].

Es un fenómeno extraño[2]. En todas partes del mundo los que se burlan delicadamente son los amantes; los sistemáticos que rompen con la sociedad; los audaces superiores que embisten con su travesura el engranaje burgués. La virtud es seria; y esta seriedad parece representar lo inamovible de los principios vigentes. Entre nosotros sucede lo contrario. Las casadas y las puras son las que ríen. La virtud mofándose del vicio es algo que pasmaría si se supiese en Europa. ¡Qué paradoja ingenua! ¡Qué salvajes divertidos! ¡Se piensa en una monja riéndose de[3] Voltaire!

En esta tierra primitiva[4] todo se halla de revés.

¡El Uruguay es San Antonio de cabeza en casa de la madame!

---

1. ([en realidad se piensa que la amante puede ver de todo: se halla a completa disposición del que])
2. A partir de esta nota, hasta: "Este es un tonto no sabe aprovechar" se trata de una agregación intercalada por el autor.
3. ([Byron, de Apuleyo, de Anacreonte])
4. ([que es la trouvai del ridículo])

Es perecer de risa el concepto de la fidelidad que tienen nuestros cachondos. Según ellos una amante se halla a disposición del primero que la solicite. Sólo la casada es fiel. También en esto último se hallan los uruguayos de espalda a la Europa. A propósito el siguiente diálogo entre un moderno charrúa y un joven que aspiró en un tiempo a unirse en matrimonio con una dama que hoy es su amante:
El charrúa, con sonrisa picaresca dirigiéndose al ex-dragón: "¿Y usted qué hace? ¿Qué tal es esa señorita? ¿Tuvo usted algo con ella? ¿Qué discreto, no? Es natural, usted un hombre de dinero tenía que ser el preferido de la niña."
El ex-pretendiente: "En efecto; tengo medio millón que hubiera servido para los lujos, para los caprichos de mi señora."
El charrúa: "¿Y por qué no le dio usted esos lujos de soltera, a la señorita?" (Volviéndose a un amigo que escuchaba) "Este es un tonto, no sabe aprovechar."

Cachondez pública

Las esposas cuando marchan de paseo convierten en rufianes a los transeúntes, haciéndoles espectadores de sus mimos azucarados. Finjen no reparar en que les están mirando y ostentan con orgullo, retozan su felicidad meliflua. Durante los espectáculos tienen actitudes lánguidas; se adormecen contemplándose en un transporte hipnótico, de teorifistas; se hacen guiños picarescos de ilusas virtualidades; una mímica simbólica de cosquillas que se escucurren de caprichos indóciles de carne acometiva [sic], de enervantes travesuras bajo sábanas; melodizan unos runrunes aterciopelados con variaciones quiméricas, quejiditos de la rana, inhalaciones armónicas[1] abreviado [sic], de lúbrica onomatopeya, ambiguas lamentaciones de algo que se vacía de ondulaciones paroxismales, de fatigas postdatadas, de errabundas epilepsias, de valores ingniscentes; de todo un caló delicioso cuyos signos son: "¡Yi-mikica-chitu-pipipipi-piu-rrricuriquita, bichu, titicho-

---

1. ([espolvoreo])

chocha; fififi!" También usan otras telegrafías; se sonríen con deleite dejando asomar la lengua; se oprimen los pies por debajo del asiento, se entrelazan las manos furtivamente y suspiran con misterio, cual si quisieran decir: "En ti pienso amado mío, monono mío, pichón mío, condoncito [sic] mío[1]. ¡Cuántas caricias te haré esta noche! ¡Te voy a volver loco! Hoy llegaremos a siete."

Algunas pierden la vista y los oídos en ciertos momentos solemnes de ilusión benedictina, de súplica ruborosa. Ponen ojos de palomo, de carnero moribundo; como higo que chorrea, cae baba de sus labios y entonces blanda, cautelosamente, inclinan la cabeza, y dejándose ir sobre el consorte, quien oculta su emoción con gran esfuerzo, refatigado en la butaca, fingiéndose el distraído, mirando para otra parte, haciendo por parecer bien a su esposa, atizándoles las guías para con una ostentación arzobispal de acartonada etiqueta.

El público edificado, enternecido, los contempla llenos de una curiosidad benevolente y hasta con cierta gratitud. Las madres entre tanto los señalan a sus hijas.

Cachondez[2] platónica

No hay delicia más sabrosa que contemplar a los novios casi pegados, abstraídos, hipnóticos, mirándose fijamente en los salones y en los espectáculos. Sus ojos idos en extenuación fluídica tienen la vaguedad vítrea, la quietud bobática de los ojos de muñeca: se reconoce en ellos la mirada lechosa[3], afligente, polarizada, idiótica [sic], rendida del masturbador de oficio que trata de fijar la imagen para recurrir de ella.

Los extranjeros se admiran de esta y otras manifestaciones de onanismo público que constituyen el orgullo de la sociedad montevideana. El pacdock [sic] de Maroñas, el Prado, el [...] son los sitios preferidos de los cachondos platónicos. En tales sitios, era el embeleso de las familias la temporada anterior, dos novios a

1. ([estás muy mono])
2. ([Dragoneadora])
3. ([llena de angustia])

diez grados que se adoraban en posición de poder hacerse un hijo. Ambos, con la cara como si hubiesen estado cerca de la cocina, mirábanse angustiosamente. Poco a poco, en el calor de la querella, él la arrinconaba contra un pilar y sus piernas, en descuido inocente, toparon con las muy hermosas de la señorita. Ella por no desairarlo dejóse estar muy a su gusto cada vez más encendida. Un espía matemático[1] observó que la distancia se acortaba por momentos, a rítmicos intervalos entre las líneas equinocciales de ambos jóvenes... Cuando los novios se despidieron rendíales la fatiga. Tenían bajo los párpados unas minas de carbón.

Cachondez pateada

Los uruguayos en París son objeto del ridículo por parte de las cocottes, quienes se admiran de su potencia asnal y al mismo tiempo de su zafia grosería, de su plebeyismo libidinoso. C'est une e pirie (panadero, palabra con que se afrenta en París a la canalla lasciva), dicen los parisienses, aludiendo a nuestros bárbaros que ignoran hasta las fórmulas elementales, las fortunas más simples y la política de estilo, cuando se hace sociedad en cama con una reine de plaissir.

Un uruguayo que concurrió al último certamen de París, se hizo presentar a una cocotte muy distinguida. Apenas la cocotte hubo quedado en corsé cuando el uruguayo volteóla sobre el lecho, subiéndosele encima de un empuje con rigor de jinete de araucaria, al mismo tiempo que decía echando manos a los senos de la señora: "¡Hembraza, hembraza, verás que polvo!"

Repuesta la cocotte del susto, comenzó a bailar un cancan sobre el vientre desnudo del uruguayo a quien sacó del lecho a patadas furiosamente gritando: "¡Gardez, votre argent, salot[2]. Allez, achetez une vache!"

1. ([agrimensor])
2. ([guarde su dinero; vaya cómprese una vaca])

Cachondez negociante

Cuando alguna señorita, por inconstancia rechaza al novio (lo que sucede muy rara vez) alegando que no lo quiere, la mamá con ayuda de las casadas de la familia, se reúnen para persuadirla de que lo debe aceptar. En tono de firmísima convicción se le dice: "Tú no tienes experiencias; tú no sabes; el cariño viene después ..." La cachondez en este punto no anda desorientada. Las señoritas son agradecidas... Cuando prueban de ese dulce idolatran al esposo. "A nosotros" le dicen "que te aconsejamos, nos ha pasado lo que a ti; recién de casadas hemos sabido lo que es amor. ¡Cásate, cásate; cuanto antes, hija mía!"

Cachondez ovejista

Muchos ignorarán que la gente que se ocupa de la hacienda, los peones de las estancias, connubian con las ovejas. Estos[1] mansos animales reemplazan a las mujeres en el interior de nuestra salvaje tierra. Excepción hecha del capataz o de uno que otro peón, quienes se permiten el lujo de tener su china por los alrededores, el resto de la gente no toca una mujer, a veces en todo el año, para lo cual tendría que trasladarse a las poblaciones de importancia, distantes leguas y leguas del establecimiento donde ellos viven.

Hallándome de paseo en una estancia, interrogué a su dueño, acerca de como hacía esa pobre gente para dar satisfacción a sus necesidades fisiológicas, no acertándome explicar la indiferencia que se nota [en] esa humanidad apática de nuestros campos.

-"¡Qué inocente!" - me dijo el estanciero-"¿Para que sirven las ovejas? ¿Se van a masturbar los peones como hace la juventud montevideana, los mequetrefes universitarios?"

-"¿Las ovejas? ¡No diga! ¿Cómo lo hacen?"

-"¡Es muy sencillo; cada peón tiene la suya, perfectamente enseña-

1. ([animales mansos y adaptables a los apetitos de la carne humana])

da! Ellas conocen a su marido; no vaya a creer que disparan. ¡Bien que les gusta! Al principio cuesta bastante; es cuestión de manea, patadas y de encierro en el corral. Pero después, en el medio del campo, donde se quiera; el animal es inteligente. Con que la llamen es bastante. Ustedes en Montevideo no saben nada. Viven como en la luna."

Cachondez artificina

El onanismo mujeril ha tomado en nuestra tierra un incremento prodigioso. Tiene que ser así. Las mujeres, obsedidas por la honoritá, con terror al embarazo, se rehúsan a los hombres, y prefieren ser devoradas en el silencio de la alcoba por vicios solitarios a que se entregan las calenturientas. ¡Qué necias, y qué inocentes! ¡Qué virtud tan complicada las subyaga! ¡Qué zonza hipocresía! ¡Qué temores tan primitivos!

Entre nuestras masturbadoras hay eruditas e ignorantes y brutales. Las primeras efectúan la operación con aparatos a propósito; las segundas, suavemente con el dedo; las últimas, despedazan velas de estearina; y no faltan en este grupo las que se sirven de una botella. Son frecuentes las operaciones a la vagina para extraer fragmentos de vidrios que se quedan en el conducto cuando se rompe la botella. Nuestros cirujanos las hacen con toda felicidad.

Se extraña que las eruditas no se entreguen a los hombres; pues ellas que saben de consoladores no debieran ignorar que hay varios modos de impedir el embarazo, de poner a salvo la honoritá al aproximarse el monstruo, como ser pastillas, onigaciones de permanganato y laxantes. Sin embargo a este respecto hay una ignorancia crasa en nuestra sociedad.

Por último debe hacer constar que existen entre las eruditas muchas pobres (Cordón, Tres Cruces, Arroyo Seco, Barrio Reus, Aguada, etc.) que no teniendo para consoladores, tienen que emplear la vela. Entre todas las onanistas estas son las únicas que se entregan por desesperación, cansadas de angustiarse sin encontrar el placer que los aparatos proporcionan. La Casa de Müller gana cien pesos al mes en la venta de consoladores para Montevi-

deo, Buenos Aires, y centro de la República. Es la única que tiene concesión del gobierno en el Río de la Plata; concesión secreta se sobreentiende. [En] esa casa tan vulgar la apariencia es un sitio de conspiración de la cachondez. Tiene tesoros escondidos que son una curiosidad. Müller da a las señoritas el anuncio y reclamo de los aparatos que consuelan con este título: "Objetos graciosos de arte para señoras". Hay también aparatos para hombres. Consisten estos últimos en un objeto de mórbido cauchuit con un alveólo contráctil, de distintas dimensiones y un receptor interno que se llena de agua tibia. Los marines marineros compran en lo de Müller estas vulvas artificiales a precios reducidísimos.

Por lo que respecta al uso que hacen de los aparatos las eruditas cachondas, se sabe que uno solo de estos objetos presta sus auxilios a varias personas consanguíneas o allegadas por una relación estrecha.

Exíste una familia muy haigh lifb [sic] que usa consoladores, incluso la casada. Esta recuerda los niños que tienen teta y se ayudan [de] biberón.

Una consolatriz agradecida a los favores del chiche, lo llamaba tiernamente: "La salvación de mi honra".

Cachondez ambulante

Es inmenso el número de las señoritas y señoras que concurren a las amuebladas. De ello pueden dar razón infinidad de burgueses con dinero, diputados, artistas de zarzuela, generales, concesionarios comerciantes y viejos libertinos a cuya oferta sigilosa las selaváticas obedecen con laudable mansedumbre. Cuando se trata de cachondas de alta alcurnia o estrenadas recientemente, el precio [es] convencional. Algunas por amor propio se rinden a un regalito. Los intermediarios de que se valen las cachondas es gente disimulada y experta que viste perfectamente y se introduce en los salones y en las casas de familia. Algunos de estos rufianes tienen toda la apariencia y hasta el nombre de personas distinguidas. Las mujeres, tienen más habilidad para estas cosas, su servicio se remunera copiosamente. Las nórticas reservadas de las esferas sociales, que se comprometerían si se

descubrieren sus travesuras, no aceptan a ningún precio la solicitud galante de los escritores escandalosos. Temen la indiscresión literaria; que los cínicos artistas inmortalicen su pecado; que se vean cuando menos piensen en pelotas sobre una página. Yo alabo su previsión. En Europa los autores voluptuosos, como Pierre Louis[1] y D'Annunzio, son diputados por las mujeres, los enloquecen a solicitudes, son los dueños de las princesas. Los sugestionan soberanamente. Las lectoras se sienten acariciadas por el libro, compenetradas con el autor en un mismo rapto de sensualidad. Aman porque admiran, porque piensan, porque sienten. Exhiben a sus queridos intelectuales, hacen gala, se enorgullecen de la conquista de un genio. Las uruguayas esconden a sus amantes en el canasto de la ropa sucia; tal es el concepto de la sensualidad en esta metrópoli de cachondez.

Prueba inductiva del comercio de los uruguayos

La vida en Montevideo no puede ser más cara. Se trata de una aldea arruinadora, de un monstruo para cuya alimentación todo dinero es insufiente. Sin embargo de esto, numerosas familias, cuya renta se sabe que es bien escasa, se sostienen de un modo dispensioso, con gran lujo, llevando un tren aristócrata. ¿Quién les da para esos rumbos? Hacen ellas con ochenta pesos lo que Cristo con los panes. Claro se ve que esas familias connubian clandestinamente. El milagro, el prodigio espiritista, lo hacen en las amuebladas, con un medium que no duerme.

Se sabe por los espías que en muchas casas respetables, en horas tenebrosas, se sienten desde el rez chausse, ruidos de orgía, movimientos peculiares de lechos agitados.

Las señoritas entraines[2], clientes de las amuebladas, que parten mitad a mitad el beneficio con la madama, tienen tarifa como los cocheros. La hora: cinco pesos. Cinco minutos más, se consideran como media hora. Se paga adelantado. La intérprete se

1. ([Armand Silvestre])
2. ([en juego, con sus años de aprendizaje])

entiende sobre cuestión de rebaja, día y lugar de audiencia. El carruaje se queda por lo común a dos cuadras del sitio malo. Los cocheros tienen su pudor. No les gusta aguantar la vela, como dicen los uruguayos. Los sitios más mimados son la casa de Bartolo, en el camino de Larrañaga, hotel y parque para familias, que ostentan el candoroso título "Los amigos"; el restaurant Long Chang - que está en el mismo paraje y que se considera la segunda estación de la cachondez; la "Bella Helena"- decana de las amuebladas, varias en la calle Reconquista y otras muy secretas, muy decentes, muy aristocráticas cuya dirección me reservo.

Para disimular, para despistar el espionaje, tienen novios las cachondas, a los cuales no les adelantan ni un beso. Los novios hablan con orgullo de su virtud blindada, de su nivosa delicadeza[1].

Las ayunadoras sonambuleando, con los místicos arrobos de la visita oficial, no se sospechan que tras ellas corre sigilosamente con rumbo a Larrañaga un tributario de cachondez.

Cachondez[2] refinada[3]

El sueño de los libertinos[4] de la calle Santa Teresa es tener un matadero; vale decir una casa o algún cuarto donde poder llevar de noche una mujer de esas reservaditas, que llaman ellos. Los terecinos emplatados, realizan esa ilusión de toda su juventud. En calles apartadas de la Ciudad Vieja y de extramuros se ubican estos harenes de los cachondos[5] aristócrata[6] ; de aquellos que están hartos de recorrerlas por los prostíbulos y devorarse toda la lista de los mejores hoteles.

El calavera que es dueño de un matadero de rango se considera entre sus amigos un exigente, un sibarita cortez, un

---

1. ([Los dragones de esquina, los Ellos hacen su visita oficial los jueves o dos veces a la semana y hablan... que a sus espaldas tras ellos corre una amazona de cachondez])
2. ([Mataderil])
3. El siguiente capítulo es una agregación intercalada por los transcriptores.
4. ([los calaveras ricos])
5. ([vivarachos])
6. ([De los picados por el hastío neurasténico])

paladeador de quintaescencias brahamánicas, un[1] hijo de D'Annunzio, un extenuado versátil de liviandades mimosas, un descontento del mundo.

Disfrutan del matadero los amigos del sibarita, con la condición expresa de dividir la mujer con el hastiado exigente, con el hijo de D'Annunzio.

Un paladeador brahamánico que fue a París, volviendo más generoso, con finuras de última novedad, ofreció a un amigo el matadero, manifestándole que lo hacía sin interés de participación.

La noticia cundió como un relámpago por la calle Santa Teresa, dejando asombradas a todas las prostitutas.

Cachondez tortillera

Las Angelas y las Luisas abundan en Montevideo, aunque los uruguayos afirmen que estos vicios son cosas de París. Los frotamientos con el clítoris, no dejan de agradar a las cachondas, sin que su honor se rebaje con ello, pues nada más inocente que dos personas del mismo sexo que se estiman en sumo grado jueguen al matrimonio consolándose mutuamente.

El amor libre es un hecho entre las selváticas. Tomen nota de lo apuntado los novios montevideanos.

Cachondez uterina

Pululan en la sociedad con aire de discreción, las morbosas genitales, las afiebradas del útero, las que padecen ataques de lascivia hidrófoba, las que[2] se comen repentinamente al primero que se les allega. Los sirvientes de confianza, los cocheros y los infelices son los electos de estas victoriosas en cuyos hornos siempre encendidos se cuecen los sagrados panes de la lujuria uruguaya.

Una señorita de la sociedad recogiéndose el vestido en presencia de un criado negro que la miraba desde un altillo y

---

1. ([un hastiado de Montmartre])
2. ([en sus desmayos lúbricos se entregan])

haciendo volteretas graciosamente le decía, mostrándole ya la parte delantera, ya la posterior de su cuepo: "¡Mira el sol, mira la luna!"

Se susurra de muchas señoritas que connubian con los sirvientes a horas en que vuelven del teatro y cuando la familia sale de paseo.

Unas cachondas de extramuros jugaban familiarmente con un mozo de servicio, dándole de pellizcones. La menor en un arranque de travesura lasciva le apretó al hombre "una cosa que hubiera nombrado Quevedo o Rabelais pero que yo reservo por la mucha consideración que las damas me merecen[1] ".

Las azoteas son los templos venusinos donde se efectúan, a horas negras, estas funciones de cachondez gatuna en que toman parte las señoritas y los sirvientes.

¡Oh, si Santos Dumont diera un paseo en su globo por las alturas de la ciudad!

¡Es seguro cayera con las cosas que vería!

Cachondez[2] canisólatra

Las ovejas y los perros llenan en nuestra República las funciones sexuales de las mujeres y de los varones. Los hombres de la Enciclopedia, los sonámbulos Juan Jacobo Rousseau, D'Alembert, Montaigne, Raynal, Buffon, Condorcet, Diderot, los demócratas ideológicos, los humanistas más delirantes de la Revolución Francesa, no soñaron con la igualdad en el vasto reino de las especies.

Ninguno dijo: establezcamos los derechos de los animales. Hoy no lo dicen pero lo dan a entender en el país, muchos buenos partidarios de esa nivelación socialista. ¡Por otra parte lo exigen las necesidades de la cachondez! Se impone la fisiología con una ley fatal, ineludible, sorda a los preceptos de la religión, a los anatemas de la Biblia. Si se quieren corregir esos abusos contra natura se hace

1. Voltaire (Nota del autor)
2. ([carnisólatra])

indispensable el envío de un plenipotencia al Viento Norte.

Entre tanto, los Hasskhel, los Darwin, los Boas, los Comtes, sociólogos, codificadores, naturalistas, antropólogos se verán obligados, en lo futuro, a considerar, en honor de los orientales, las relaciones ocultas del ser humano con ciertas especies que le son adictas.

¡Oh qué inocente Voltaire, cuando se pasma, por boca de su Cándido de que las señoritas del Paraguay tuvieran por amantes a los jimios, de que las desdichadas se abracen llorando a los cadáveres de sus raptores! Bien se nota que Voltaire no conoció a los uruguayos...[1]

Forman un grupo importante las damas que se ocultan en el tálamo con un gracioso faldero.

Nuestros hábiles espías han averiguado por medio de la servidumbre las ternuras acarameladas de esos amores secretos entre doncellas y cuzcos.

Largo fuera de referir una historia sorprendente de matrimonios anticanistas que no figuran en nuestras crónicas sociales. Conténtese el lector con una página de esos infolios oscuros que conservo bajo llave en lo más sagrado de mi discresión.

Una familia de la aristocracia tenía un perrito faldero que era un catedrático de cachondez. Hacíase notar este perrito porque se metía con frenesí libidinoso entre las piernas de las mujeres que iban a la casa de visita. Habiendo pasado una doncella la noche en esa casa, despertó sobresaltada por el perro que se le introdujo entre los muslos olfateando con desesperación, emitiendo resoplidos fatigosos. Rechazado el cuzco, se retiró a paso de entierro, lánguido, meditabundo con la cabeza abatida, el rabo a la funerala.

---

1. El mismo a renglón seguido recordándose de Locke, haciéndose el posibilista se adelanta, medio en broma, a la ciencia de su tiempo, cuando dice con hermoso regocijo que los jimios son parientes de los hombres. Desconfío que Voltaire ha dado en ensalzar al mono prescindiendo más que la futura antropología, la sátira que medio siglo después le regalara Fontanes. De cualquier manera los entusiasmos de lujuria de una señorita con un perro y de un hombre con una oveja a los llantos y alaridos de una infeliz paraguaya sobre el cadáver de un mono. (Nota del autor).

Dos lágrimas refulgían en sus ojos de Jesucristo. Era Musset cantando "Las noches" de su primer decepción.

En el pueblo de Sarandí Grande todo el mundo comentaba no ha mucho tiempo los amoríos de una señorita muy robusta, de una tez bronceada y amplias caderas, con un pletórico terranova, una especie de bárbaro Septentrional a quien le huían llenos de espanto las colegialas de la parroquia. El famoso libertino volteaba a la señorita detrás de un cerco en el fondo del corral a la hora de la siesta cuando la esposa, burlando la vigilancia de sus padres, íbase junto a su dueño. Personas que los espiaban aseguran que ese terranova era un hombre.

El pueblo en masa conocía los amores de la cachonda. Se le reían con cinismo, dábanle bromas con Lord[1], los dragones uno a uno la fueron abandonando; el cura la amonestó gravemente; otras señoritas que desde entonces no anduvieron sinó con perros chiquitos, dejaron de visitarla.

Pero todo era inútil; la señorita no abandonaba a su amante, al tirano de su corazón, al que le hizo conocer las convulsiones secretas.

Por último, habiendo llegado a oídos de la familia los amores caprichosos de la doncella, se resolvió cambiarle el perro por un hombre, casándola con el primero que se presentara.

La cosa iba siendo eterna. Finalmente se consiguió que un gaucho adoptase por esposa a la señorita mediante el obsequio pingüe de una estancia y de una buena cantidad de oro.

El día de las nupcias recibió muchos regalos el felicísimo novio. Entre estos descollaba un perro de terracota con una cosa muy puntiaguda sobre la frente. El obsequio lo subscribía todo el pueblo de Sarandí Grande.

Temiendo quien sabe qué, el hermano de la señorita aconsejóle al novio que no tuviese perros en la estancia porque la señorita era muy nerviosa; se asustaba mucho de los perros.

Son varios los amantes que han sido abandonados por perritos. Día a día se introducen estos fieles compañeros en la

---

1. Nombre del perro. (Nota del autor)

confianza de los hogares. La joyería de Müller aterrada por la competencia que le hacen los cuzcos, debe de un momento a otro protestar seriamente ante las familias.

Ultimas informaciones

Tres señoritas eran novias de un perrito. Teníanlo atado a la pata de la cama para que no se cansase con las perras, cosa de tenerlo fresco en la hora de la recepción. Dábanle mucho café para excitarlo. No recibió más mimos ni comió más caramelos el Augusto Alfonfo XIII. Estos amores produjeron indignación en la cocina. La cocinera exclamaba: "¡¡Yo le había de dar perritos... unos baldazos de agua fría en la cabeza!!"

El fosterrier [sic] adorado por las amas era curtido a puntapies por los sirvientes. ¡La moral refugiada entre las ollas! Como en Pat Bulle. El perrito falleció de un ataque a la cabeza, de una insolación entre los muslos. ¡Qué desventura en la sala! ¡Qué regocijo en la cocina! Pocos esposos fueron llorados tan vivamente. Se le enterró en una quinta del camino de Sorchante. Al acto de la inumación concurrieron las dolientes quienes ahogadas por los sollozos tuvieron delicadezas con el cuerpecito amado. Dijéronle al sepulturero: "¡Póngale un papel sobre los ojos que se le van a llenar de tierra!" ; "¡Pobre perrito, pobre Chajá!"

El difunto animalito fue sustituido por un hermoso gato capón de una lengua de terciopelo.

¡Qué infieles las señoritas[1]

Literatura cachonda

Fuera un vastísimo trabajo la prolija enumeración de los díceres corrientes de las diversas clases de la sociedad, los cuales rezan con la lujuria primitiva y canalla de que se trata en este capítulo. Locuciones chufletas, probervios, retruécanos, tugurio carcomido de lepra vergonzosa de laxante pornografía; corre un bosteo popular de retórica de basura, de infecciosidad de capstan,

1. El autor señala una agregado probablemente extraviado

corre de gente en gente, desde el señor hasta el cochero, desde la señorita hasta el criado, desde el joven de familia hasta el vendedor de fruta.

He aquí algunas expresiones de esa pintoresca literatura que hace las delicias de los cachondos y que es la verdadera literatura nacional.

"La tiene más grande que un bañadero de patos"; "Me gusta el virgo trasero"; "Le pega al frito"; "Bah, si es un putón patrio";"¿Cómo tendrá la huevera?"; "¡Qué huasca para enlazar!"; "Se le afirma por la retaguardia"; "Tiene unos ojos que me desabrochan la bragueta"; "No juegue mucho al hoyito"; "Es loco por el bacalao"; "Es un culiador de órdago"; "Anda por el limonero"; "Le va a romper el carozo"; "¡Qué cacho!"; "¡Qué gran quesito!"; "Me saca el perro de las casillas"; "Ni un rayo le parte la butifarra"; "Le sobó las tres ventanas"; "Bartolo tiene una flauta con un aujerito [sic] solo"; "Mamá dora los cuchillos"; "¡Cuánto afrecho en el pesebre!"; "Tiene una lanza macuca"; "Se hace la cusca"; "Sube al palo enjaboando"; "Le saca punta al lápiz"; "Trabaja con la lengua"; "¡Se lo mandó guardar!"; "¡Le hizo sonar los caracuces!"; "Que se ponga en veinte uñas"; "Revolverle los orejones"; "¡Qué lástima no ser perro para tomarle los [...]"; "¡Tiene un pito cojonudo!"; "Se le escapó la mula antes de entrar al corral"; "Se equivocó de portera"; "Que te... tardas en venir"; "Arrímese al asador"; "Moje amigo que todos mojan"; "¡Tiene seca la salchicha"; "Agarráte Catalina que vamos a galopear"; "Aflojale que colea"; "Y salí con la sortijita compadreando en mi tordillo"; "La concha-baba"; "Tu madre es una pu...rísima señora que vive en un quiló...metro de tierra, y tiene la con...ciencia llena de pen...samiento"; "Yo la quisiera per...suadir de que me ha de amar"; "¡Qué polvo morrocotudo si se levanta el pampero"; etc., etc.

Por decencia, por respeto a nuestras damas, me reservo la transcripción de algunos versos geniales que cantó la jeune doree después de media noche en la calle Santa Teresa.

Y se termina la cachondez.

Fin

INDICE

¿Cómo conciliar al cuidadoso, refinado, elusivo y simbólico poeta modernista con el autor de estas páginas? La inteligencia aristocrática de Julio Herrera y Reissig volcó en una prosa torrencial observaciones como las que siguen: "(El) pene (de los uruguayos) constituye la credencial más gloriosa de su rango primitivo (y) debe su importancia fisiológica al amasijo de la masturbación (...) Hecho a mano, desde la edad más tierna, representa un milagro de la gimnasia, fruto indirecto del pudor de nuestras mujeres". O: "Pululan en la sociedad con aire de discreción, las morbosas genitales, las afiebradas del útero, las que padecen ataques de lascivia hidrófoba, las que se corren repentinamente al primero que se les allega. Los sirvientes de confianza, los cocheros y los infelices son los electos de estas victoriosas en cuyos hornos siempre encendidos se cuecen los sagrados panes de la lujuria uruguaya". Del voluminoso conjunto de manuscritos inéditos conocido como **Los nuevos charrúas**, Carla Giaudrone y Nilo Berriel transcriben dos fragmentos: **El pudor** y **La cachondez**. Su lectura revela la compleja, desprejuiciada, cruel, irónica mirada de un artista, pero también de una sociedad que inaugura el siglo con una nueva forma de ver, de sentir, de decir.